

Jacinto Herrero Esteban

EN AVILA; SIN IRA



de Alba
9

COLECCION TELAR DE YEPES

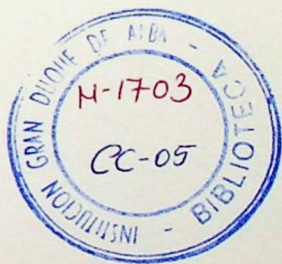
Jacinto Herrero Esteban es licenciado en Filología Románica por la Universidad Complutense. Ha publicado «El Monte de la Loba», Avila, 1964; «Tierra de los conejos», Palencia, 1967; «Avila la Casa», Salamanca, 1969; «La trampa del cazador», Madrid, 1974; «Solejar de las Aves», Bilbao, 1980; «Los Poemas de Avila», Avila, 1982, y «Noche y Día», U.N.E.D. de Avila, 1985.



Institución Gran Duque de Alba

CDU 914.601.89

Institución Gran Duque de Alba



JACINTO HERRERO ESTEBAN

A: SIN IR

I. S. B. N. 84-86930-22-7

Depósito Legal AV - 192 - 91

Impreme: **SERUMAGEN, S.L.** - Carlos Martín - AVILA

Los escritos incluidos aquí han visto la luz en distintas revistas y fechas, a veces años. Fuera de algún pequeño retoque, van ahora tal como salieron en su día. El lector sabrá hallar el contexto —sobre todo temporal— en que fueron redactados.

Como exige el carácter de la colección en que de nuevo aparecen, van primero los que directamente se refieren a Avila. Una segunda parte de lecturas de autores abulenses y notas sobre aspectos de nuestra tierra. Finalmente y también desde Avila, otros nombres que no quiero olvidar y que pueden tener interés para algún lector que quiera asomarse a estas páginas.

J. H. E.



Institución Gran Duque de Alba

INDICE

I. EN AVILA.	7
Viaje a Avila.	9
Nueve poemas de Unamuno y Avila al fondo.	41
1. Poemas	43
2. Avila al fondo.	58
Lázaro de Tormes y Teresa de Jesús.	78
Arenas de San Pedro.	84
El peso de la historia.	88
Langa y su olma.	91
II. NOTAS Y LECTURAS.	93
Entrevista con la M. Teresa de Jesús.	95
Iglesias románicas.	97
Caminar por Castilla.	99
Los cementerios civiles.	101
San Juan de la Cruz, en dos libros.	105
Escribir en Avila.	108
Guía Teresiana.	111
Cara y Cruz de Gabriel y Galán.	113
Viaje a Constantinopla.	119
Los '50 en Avila.	121

Un sombrero lleno de sol.	124
Olímpicos y Parnasianos.	126
Espontáneo y consciente:	128
I.	128
II.	129
III.	130
Adiós a Azorín, desde Avila.	132
Los estorninos.	134
El marco teresiano.	135
 III. OTROS NOMBRES.	 141
Wojtyla, poeta.	143
Thomas Merton.	147
María de Zayas.	150
La cacatúa atmosférica.	152
El disputado voto del señor Cayo.	155
Ezra Pound.	157
Leopardi.	160
Pablo Neruda en el recuerdo.	163
Miguel Hernández.	168
El corno inglés.	175
Flor de Otoño.	177
Ernesto Cardenal.	180
El jaguar y la luna.	184
Emily Dickinson y Pablo Antonio Cuadra.	189

I

EN AVILA



Institución Gran Duque de Alba

VIAJE A AVILA

Hemos llegado, no importa de dónde, y estamos ante esta única y ensoñada ciudad de alta meseta. Importa, sí, que sepamos qué clase de viajeros somos. No nos equivocaremos mucho si suponemos que viajar, abrir los ojos a horizontes nuevos, va inseparablemente unido al afán de conocimiento de nuestro espíritu. Desde Ulises hasta el último cosmonauta, el hombre desentraña la realidad que lo rodea, y se pregunta por sí mismo como Edipo. Así, por esta tierra, el Mancebo de Arévalo anotaba en su *Tafçira*, a comienzos del XVI, como si de un libro de viajes se tratara, las huellas de moriscos que descubrían sus raíces islámicas.

Pero de dos tipos de viajeros por Castilla quisiera prevenir al lector: los románticos, anhelosos de pintoresquismo, buceadores del hecho diferencial, y los noventayochistas, cuyo pesimismo fundamental matizó sombríamente la visión de las ciudades castellanas.

No podré sustraerme a las palabras de Unamuno o Azorín sobre Avila; las tendremos en cuenta, pero procuraremos distanciarnos de ellas y dejarnos prender de lo real. La realidad en Castilla se impone a

nuestros ojos: los contornos son nítidos, la luz cenital apenas deja sombras. Es un mediodía lo que deseamos para nuestra visita a la ciudad y, a ser posible, en otoño, que ya nos advertía Madoz en su *Diccionario geográfico de España* (1845-1850) que «la larga duración de las nieves y la frialdad del aire, efectos de la elevación de su terreno, prolongan la estación del invierno, y le hacen muy rígido e incómodo, aunque sano». Se pasa aquí del invierno al verano, sin apenas primavera; pero los calores estivales proporcionan un otoño claro y transparente donde las rosas de los jardines y patinillos brillan aún hasta las primeras heladas de noviembre. («La elevación de su terreno»: Estamos a 1.126 metros sobre el nivel del mar, en la ciudad más alta de la Meseta).

Otoño y mediodía, ante los muros de la ciudad. Como a los ojos de D. Miguel de Unamuno, tras «el ceñidor de las murallas» Avila *sube* a los nuestros, «y en lo alto, dominando a Avila, la torre cuadrada y mocha de la catedral. Y todo ello parecía una casa, una sola casa, Avila la Casa». Y Unamuno ha anotado la fecha de su encuentro con la ciudad, 25 de octubre de 1921. «¿Qué es esta fecha?», se pregunta. Para nosotros significa, al menos, que estamos en otoño.

A esta casa, a levantarla, según nos cuenta la *Crónica de la población de Avila*, «vinieron gran compañía de buenos omes de Çinco Villas e de Lara e algunos de Covaleda; e los de Covaleda e de Lara venían delante e ovieron sus aves a entrante de la villa, e aquellos que sabían catar de agüeros entendieron que eran buenos para poblar allí e fueron poblar en la villa lo más çerca del agua». El Adaja. Y comenzaron a edificar los muros sobre los restos de una ciudad romana. «La reconstrucción medieval de los muros no se apartó del viejo esquema, sea porque los restos de ellos eran bien visibles, sea porque la topografía no ofrecía alternativas a la elección hecha de antiguo por los romanos» (Rodríguez Almeida; *Avila Romana*); y trazaron los *decumani* y los *cárdenes*, y en su intersección conservaron el *forum*, ahora llamado *Mercado* donde las casas del *Concejo* regirían la ciudad. (Si hemos llegado un

viernes, el mercado nos parecerá *zoco* y los ávidos de pintoresquismo podrán saciar su romántica curiosidad: huevos, flores, verduras, cerámica, gentes de la sierra y del llano voceando sus mercancías extendidas por el suelo, ofreciéndolas como gangas al transeunte o a los corrillos de los que chalanean y regatean los precios).

La Crónica sigue diciendo que aquí vinieron «maestres de jometría, oficiales de fabricar e piedra tallar, carruajes de ingenios, abastança de fierro, açero e ballestones, mucha moneda e seisçientos carros con muchas compañías e ganados». Eran los tiempos de Alfonso VI, después de la conquista de Toledo (1.085), cuando encargó a su yerno, el borgoñés don Raimundo, casado con Urraca, su hija, que repoblara estas tierras, que eran límite con el Islam, o el moro, y seguramente Avila no significa otra cosa que límite o frontera, porque hacia el Sur los puertos altos guardaban estas tierras de incursiones sarracenas, como los muros la ciudad o la casa. Lo que fueran tierras de la Lusitania romana y del Califato de Córdoba, eran ahora frontera de Castilla, avanzada hacia el Sur. Y viendo el tapiz por la otra cara, tierra de Occidente, pues también es límite del Románico, ese estilo europeo que nos llegaba por el Camino de Santiago, a través de monasterios, un estilo de vida, aunque a esta tierra no viniera apoyado por los monjes, sino por el designio de un francés, Don Raimundo. Como Segovia, como Salamanca, Avila es el límite del Románico, de lo europeo.

Gutiérrez Robledo señala dos épocas de construcción y estilo en *Iglesias románicas de la ciudad de Avila*. San Andrés, esa pequeña maravilla de simplicidad, de admirables capiteles. San Pedro, en el Mercado Grande, con su rosetón -hoy mal imitado- como único ojo de luz hacia la tarde, frente a la puerta del Alcázar de las murallas; y San Vicente, esa delicada esbeltez de columnas adosadas a unos muros hermosamente curvos y desnudos en triple ábside, y donde el pórtico recordará el Camino de Santiago, y el sepulcro de los mártires la ingenua y a la vez cruel historia de sangre y de misericordia, aludida en los versos de Berceo:

*San Vicent avie nombre un mártir anciano,
Sabina e Cristeta, de ambos fo ermano,
Todos por Dios murieron de violenta mano,
Todos iazien en Avila non vos miento un grano.*

San Segundo, a orillas del Adaja, que tanto impresionó a García Lorca, si era sincera su prosa, demasiado preocupada de un esteticismo modernista: «Una evocadora ermita románica, relicario de un sepulcro blanco con un obispo frío rezando eternamente, oculto entre sombras...» (Lejos, muy lejos este románico del XII, de la estatua de alabastro de Juan de Juni, aunque el Lorca de *Impresiones y paisajes* los diera unidos en imagen). Y también extramuros, como todas las anteriores, una iglesita ausente, San Pelayo, frente a la puerta de la Mala Ventura, tanta como ella tuvo, cuando emigró piedra por piedra hasta el Retiro de Madrid.

El segundo románico es más pobre, aunque conserve su encanto todavía: San Nicolás, La Magdalena, Santo Tomé el Viejo, donde Teresa de Jesús oía predicar contra las novedades de una monja inquieta y amiga de andar fuera de clausura... Quizá esta iglesia purgó su pecado siendo durante años un garaje: el *Garaje España*; sobre sus muros se leía: «Automóviles de alquiler. Servicio permanente. Grasas, aceites, cámaras y cubiertas. Precios económicos. Teléfono nº 67». Recuperada hoy -¿para qué?- nadie recuerda su irónico destino.

Contemplar estas iglesias románicas nos ha llevado la tarde seguramente. Hemos tenido que bordear las murallas de San Vicente a San Segundo; hemos cruzado luego por la puerta del Adaja, junto al puente romano y hemos subido por Vallespín para ver San Esteban, su ábside románico y, cruzando el Mercado Chico, hemos llegado a la Catedral. Ahora, el sol de poniente pone un reverbero rosado sobre la piedra gris y tosca de su torre. No será diferente a como podremos verla mañana, pero el momento trastorna nuestra visión y le da una magia secretamente peligrosa. Ya no real, legendaria esta torre dura y tenue en su luz y en

su piedra al mismo tiempo. A unas campanadas, revolotean asustadas las palomas. Cada bola que adorna sus aristas soporta una paloma gris y blanca; vuela, se posa otra vez, se disputa el lugar con sus rivales. A esta hora de la tarde quizá tengamos la suerte de oír las campanas de la ciudad. Como Unamuno las oía en 1909 y como Enrique Larreta las dejó reflejadas en *La Gloria de Don Ramiro*. «Nunca olvidaré la tarde -escribe Unamuno- en que desde uno de los torreones de las murallas de Avila contemplaba la Catedral y la basílica de San Vicente, y cómo sentía entonces henchida mi alma de aliento de eternidad, de jugo permanente de la Historia. No quiero describiros aquello; las descripciones son casi siempre una de las mayores calamidades literarias, y el descripcionismo suele ser, de ordinario, señal de clara decadencia artística. Es, además, cosa de receta, que se aprende con facilidad».

«Pero si quiero trasladar aquí, porque no es descripción, lo que Larreta dice de Avila al final del primer capítulo de su novela: «El sol acaba de ocultarse, y blanda, lentamente, las parroquias tocaban las oraciones. Era un coro, un llanto continuo de campanas cantantes, de campanas gemebundas en el callado crepúsculo. Hubiérase dicho que la ciudad se hacía toda sonora, metálica, vibrante, y ascendía entera hacia los cielos, milagrosamente, en el vuelo de su plegaria».

Evocando a Larreta, pasemos por la calle de la Muerte y la Vida, a la sombra cobijadora de la Catedral.

(Un descanso nos vendrá bien. Cerca queda la actual Avenida de Portugal; aquí se multiplican las bodeguillas, pubs, hornos de asar y bares-restaurantes. Avila-la-noche olvida su pasado. Si alguien prefiere algún mesón típico, por el centro encontrará varios. Mañana volveremos al hilo de nuestra historia).

Tan pronto como Dios amanezca -que decían en nuestros pueblos- vendremos a la Catedral. Tendremos mucho que ver y comentar. Pero si la religiosidad impregnaba nuestra visita al Románico, hemos de tener en cuenta ahora que la catedral -como nos advierte Jiménez

Lozano en su *Guía Espiritual de Castilla*- tiene tanto de «Aula Dei» como de «aula populi». El gótico es un arte civil y no necesariamente religioso. Y este arte llenó también las calles de Avila y convirtió el *Oppidum* o fortaleza en *Ciudad*. No sólo la Catedral, en lo que tiene de «aula populi» o casa del pueblo, abierta a todos y centro de la vida ciudadana, sino las casas y palacios que visitaremos recorriendo calles y plazuelas. La arquitectura civil de Avila va del gótico al renacimiento, sin tocar éste abiertamente; aun los caserones edificadas en el XVI, denotan su gusto medieval en la asimetría de los vanos, en los saledizos, casi barbacanas defensivas, en los torreones, algunos adosados a los muros de la ciudad, junto a las puertas, como la casa de los Dávila, para defensa de las mismas. Enteramente medieval la torre de los Múxica, o torreón de los Guzmanes, con almenado y barbacana, con huecos de una funcionalidad caprichosa. Un torreón con fuerza y aire de leyenda, y -según la mentalidad del modernismo literario- a propósito para situar allí la acción de la novela ya citada de Larreta. El palacio de los Bracamonte, o Braquemont, que aparecen en la ciudad en la minoría de Juan II -familia de larga historia: Mosén Rubín, Garci Báñez, pintado por El Greco, Don Diego... ajusticiado en la cercana plaza en 1592-, con su patio porticado, amplio y grave, tiene todavía el tono de la casa grande del medioevo: ¿No imaginamos así la casa de Calisto, al descender las escaleras para abrir a Celestina? El torreón de Velada, la casa de Lesquinas, la de Rengifo, ¿no es curioso que conserven el alfiz árabe enmarcando la portada? Cuando no, el alfiz ha dado paso a dos columnas adosadas y puramente ornamentales que denotan un leve avance estético hacia las formas renacentistas; como en el palacio de Núñez Vela (hoy Palacio de Justicia), en la casa de Vicente Salcedo, de Miguel del Aguila.

El eje sobre el que gira aquel mundo románico hacia estas formas civiles está en la Catedral, el palacio para Dios, el «aula Dei», es también defensa; el ábside es el más señalado torreón de los 88 que tiene la muralla. Sobre la antigua edificación románica, se construye

esta fábrica gótica; sus muchos añadidos posteriores no nos dejarán ordenar un poco nuestras ideas. Toda la Catedral impresiona por su desnudez casi cisterciense; el gótico es funcional todavía, pero la girola con su rojiza piedra vetada, su penumbra casi monacal, le da el misterio religioso que este templo nunca ha perdido. El coro parece dividir en dos el gran espacio abovedado. El espacio libre, como lugar de encuentro, se corta con el trascoro: una delicia de plateresco en piedra caliza, con los apócrifos de la infancia de Jesús. Del coro a la capilla mayor, el espacio se subdivide y adensa prodigiosamente en luz y riqueza de arte y recogimiento.

Otros ejemplos góticos nos restan: San Juan, en cuya pila bautismal fue cristianada Teresa de Jesús, y quizá también Tomás Luis de Vitoria, el polifonista clásico de nuestro siglo XVI; San Francisco, rescatado de la ruina total; allí estuvieron enterrados los Bracamonte. Se ha conservado una excelente capilla octogonal casi intacta hasta hoy. Y al otro costado de la ciudad, Santo Tomás, con sus claustros graníticos y amplios, el recuerdo de la vieja Universidad abulense, el recuerdo también de la Inquisición, de Torquemada. Edificado por los Reyes Católicos, acoge el primer milagro renacentista de Avila: el sepulcro que Domenico Fancelli realizó para enterrar una esperanza de Castilla: el Príncipe Don Juan. Para este príncipe de nuevas formas de vida -si la leyenda de su muerte fuera cierta- un sepulcro nuevo donde el naturalismo se sobrepone a la frialdad del alabastro y el arte dura más allá de la vida. Un sepulcro parejo, el de los ayos del príncipe, se encuentra en una capilla lateral. Si fijamos nuestra atención, veremos que el renacentismo es sólo aparente: los rostros, la armadura, el realismo no idealizado, denotan la huella medieval todavía. Entre Italia y Castilla había ese «al» diferenciador que Isabel, la reina, sabía gustar, a juzgar por el encargo hecho a Fancelli.

Avila llega así preparada a su mejor momento, su siglo de oro. En 1572 tiene 13.000 habitantes -a pesar de expulsión de los judíos-. La actividad es intensa. Los oficiales plateros abundan; los canteros y

alarifes, los cardadores, tundidores, perales, se agrupaban hacia el Adaja en la calle Telares. El comercio en la calle Andrín (hoy Reyes Católicos) comerciantes de Toledo, sederos, importadores de fino lienzo de Contray, de Holanda.

«Avila -escribe Azorín- sugiere la idea de una Atenas gótica. La pasión por la política -ejercitada en la plaza y en la calle- se muestra en alzamientos, revueltas, asambleas subversivas, juntas y ligas revolucionarias». En la Catedral pudimos ver una excelente capilla de ornamentación renacentista donde los Comuneros proclamaron su Junta Santa contra el Emperador. «Toda la ciudad vive intensa vida cívica. El ambiente es aristocrático. Y un momento hay en la vida de Avila en que esta modalidad culmina en una fórmula viva y espléndida -Teresa de Jesús-; una fórmula en que la acción se alía, no a un fin terreno y limitado, sino a un anhelo espiritual, universal, y en que el sentido aristocrático llega a su más alta y refinada expresión: a la *elegancia desafeitada*».

La figura de Teresa devora la ciudad. Ya no podrá hablarse de Avila sin asociarla a esa gran figura que traspasa lo limitado de estos muros señeros y logra dimensiones universales. Un 28 de marzo de 1515 nació en Avila Teresa de Cepeda y Ahumada. Su abuelo, el toledano, vino aquí tras un proceso inquisitorial en la ciudad imperial, y abrió comercio de telas en la calle Andrín. Don Alonso, su hijo, casado en segundas nupcias con una terrateniente de Olmedo, daría el tinte de hidalguía necesario para encajar en el vivir de Avila. Será forzoso recorrer ahora los lugares teresianos donde la huella de la santa andariega esté más presente.

En primer lugar, la Encarnación, donde Teresa entró el 2 de noviembre de 1535 y de donde salió para su primera fundación en agosto del 62. Son casi treinta años de vida los que estos muros encerraron y que hoy nos devuelven la imagen de aquella mujer que buscó su propio castillo interior, su libertad, en la pobreza, en el abandono del empinamiento de la ciudad que la rodeaba. El zaguán ya tiene ese encanto de desnudez arquitectónica de que gustaba tanto Teresa de Cepeda; la cal de los

muros que aumenta la radiación luminosa, los techos bajos de cuarterones sencillamente decorados, el ladrillo rosado, las cocinas humosas con sus cobres brillantes y útiles de azófar. El recuerdo de la música para la recreación: pitos, sonajas, laúdes, tamborines, algún arpa desvencijada. Aislados en lo blanco, un cuadro o una imagen con que volver los ojos hacia dentro y ayudarse en la oración. En algún locutorio con dobles rejas y salientes púas, Fray Juan de la Cruz conversa con la Madre, -¿o no fue así?-.

Subiremos por el arco del Carmen, en las murallas, que sostiene una espadaña hermosa del XVII, arriba siempre «el garabato de la cigüeña», y por la calle de Tres Tazas, Telares, Sto. Domingo, la antigua judería, donde se ve ahora una ojiva deshecha por un balcón posterior, llegar a la casa de Don Alonso, una ceca que él compró en la calle de la Dama. Ahora es una iglesia barroca donde campea el escudo del Conde Duque de Olivares. Una cripta hizo salvar los desniveles del terreno, para hacer coincidir la capilla mayor con el lugar donde nació la Santa. Su imagen procesional y un Cristo *muy llagado* de Gregorio Fernández se destacan del resto del conjunto.

Fuera de las murallas, más allá del Mercado Grande -lo que serían las afueras en tiempos de Teresa- su primer palomarcito: San José. Un conjunto de arquitectura acogedora, nada brillante, que Avila guarda sin saber acaso que esto sea «uno de los hitos de la espiritualidad del cristianismo universal» -en decir de B. Jiménez Duque- «Santa Teresa dejó plasmado aquí su ideal de pobreza que describiera en el capítulo segundo del *Camino de Perfección*». Fueron tres o cuatro casas que, sin planificación alguna, hizo practicables unas con otras; corredorcillos y escaleras, donde un reloj hace sonar su enmohecida maquinaria: «Dame consuelo oír el reloj, porque me parece allego un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida». Aquí escribió Teresa gran parte de su obra y cartas, centenares de cartas.

El reloj marca también el fin de nuestro día.

VIAJE A AREVALO

Descendamos de estas tierras altas y avancemos hacia el norte de la provincia. Encinares y tierra de cantos, dehesas para cotos de caza. (Si tuviéramos tiempo -ya que no podemos acercarnos a las ruinas de Ulaca, o a El Raso, más lejano- podríamos ver algún castro primitivo, Las Cogotas: los cimientos, el trazado de algunas viviendas, piedras de moler, restos de cerámica). Cardeñosa, cerca de la calzada romana, es una población de canteros, lo mismo que Mingorría, pueblos parejos. En una loma puede verse un calvario de piedra berroqueña, como también en toda la Moraña. Hacia estas cruces salía el pueblo en procesión el Viernes Santo recitando los versos de Lope, los *Romances de la Pasión*; aún perduran en Peñalba.

En Gotarrendura, el palomar de Santa Teresa, una de las posesiones de Doña Beatriz, su madre. Teresa, niña, jugaría en este palomarcico, y este nombre dará luego a sus fundaciones. El zureo de las palomas se oiría en el silencio; hay voces que sólo se oyen así; Teresa aprendió a oírlas: Hay voces en las cosas, como Virgilio decía de las lágrimas: *Sunt lachrymae rerum*. Las cosas tienen voz.

En Tiñosillos comienza el pinar que ya atravesaremos hasta Arévalo. Las encinas quedaron junto a Avila; aquí en el llano hay pinos, junto alfares primitivos que dieron cántaros para la siega y los zaguanes de las casas de labranza, porque estamos en tierras de pan llevar. Si hubiéramos venido por Velayos y Vega de Santa María, los panes de trigo y centeno, de cebada, nos habrían dado ya el paisaje de la tierra llana. Pero dije que no adecuamos nuestra visión al clisé noventayochista. Nos sorprenden ahora nuevos cultivos; el girasol, luminosamente encendido en sus enormes flores, el cártamo, algún viñedo verde, dan otra imagen de este paisaje uniforme.

A la entrada de Arévalo, unos viejos molinos a orillas del Adaja evocan un pasado de industrias primitivas. Son edificios de ladrillo y

cal. Aquí el románico se adaptó a estos materiales humildes que los alarifes moriscos trataban con primor. Cervantes, que volcaba su ironía sobre la falsedad de tanto abolengo nobiliario, hace refocilarse a un arriero de Arévalo con Maritornes. Aquella moza chata y carirredonda era de Asturias y «aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana». Cide Hamete Benengeli conocía muy bien a nuestro arriero, «y aun quieren decir que era algo pariente suyo». Era un morisco, «uno de los ricos arrieros de Arévalo». Vaya toda esta ironía para cuando se hable de los cinco linajes de la ciudad, a pesar de que Fray Juan Gil, trinitario que pagó en Argel el rescate por Cervantes, de Arévalo era. Hernández Luquero atribuye a Arévalo

*la gloria de haber dado ocasión a Cervantes
de escribir el Quijote por obra de Fray Juan*

Tal vez sea excesivo.

Otro hombre humilde y joven anduvo por aquí con su madre: Juan de Yepes, venido de Fontiveros, tras la muerte de su padre. ¿Conocería el joven Yepes los escritos del Mancebo de Arévalo? ¿Tal vez el *Libro del esplendor* de Moshé de León, aquel místico judío de la segunda mitad del XIII, vinculado a la tierra de Arévalo? ¿Aprendería en ellos que la desnudez es el camino hacia lo absoluto? Ibn Abbad de Ronda, maestro sufí del XIV, había escrito: «Para el siervo de Dios...la desolación es su hogar, pues en la desolación se apodera Dios de él. En tiniebla, en vacío, en pérdida, en muerte de sí mismo». En una noche oscura, dirá Fray Juan. De Arévalo pasará a Medina como mozo de hospital. Por Arévalo anduvo también Ignacio de Loyola. Y Arévalo ha dado a nuestro arte dos ejemplos de mudéjar inigualable; San Martín y la Lugareja.

San Martín con sus torres gemelas (otro San Martín, la torre, espléndido y mudéjar también, dejamos en Avila, frente al lienzo norte de las murallas). Una de las torres del de Arévalo lleva un ajedrezado de ladrillo que si recuerda el gusto árabe por lo geométrico, contrasta

con el pórtico románico, en piedra, de la fachada. Se da una convivencia de lo islámico y lo cristiano, confirmada por hechos, como el común planto de judíos moriscos y cristianos y el quebrar de escudos a la muerte de Don Juan el Segundo, y el júbilo por la proclamación de Enrique IV.

Y la Lugareja: Nunca el románico más puro de líneas se ha amalgamado con la sensual curvatura de lo islámico como en este templo inacabado. Para ir hasta él bajaremos al río Arevalillo y unas choperas junto al agua nos servirán de guía. Sobre un cotarrito que baja en vertical hasta los molinos viejos, se eleva esta fábrica de ladrillos y cal, de rosa y blanco sobre el azul casi índigo del cielo. Dentro, una cúpula sobre pechinas, peraltada por arcos sucesivos de medio punto, libra una atmósfera luminosa y blanca que nos habla tanto de la desnudez del cister como de la sensualidad musulmana.

Volviendo a la ciudad, frente a las torres de San Martín el ábside de Santa María la Mayor, en ruinas hoy, pero que aún conservaba en su interior deteriorándose un magnífico pantocrátor. Subir desde aquí a la plaza del Real y ver de paso, antes de que cualquier invierno lo derrumbe, el palacio y la torre de los Sedeño. En la plaza del Real no queda sino la nostalgia. El palacio de Juan II -luego covento de bernardas y capilla de Las Angustias- fue derribado hace unos años con tanta saña que no dejaron de él sino un enorme solar inedificable. Porque era un caserón de ladrillos, se nos dice, y ¿es que Juan II podía permitirse los lujos de un podestá de cualquier ciudad de Italia por sus mismos días? Aquel casarón era Historia aquí pasó su infancia Isabel, la católica y ha llegado a ser historia vergonzante.

Queda por suerte el arco llamado de la cárcel, mudéjar también y restaurado. Y sobre todo el puente sobre el Arevalillo, a la salida para Madrigal y Medina. Merece la pena bajar al río y contemplarle en su dimensión verdadera; se diría una catedral mudéjar sobre el agua.

Y arriba de la loma, el castillo. Unamuno lo conoció cuando servía de cementerio. Los muchachos jugaban con los huesos que extraían de

los nichos, como Byron con los restos de los monjes de su abadía de Newcastle. «Horacio: ¿tan poco ha costado criar estos huesos que sólo sirven para jugar a los bolos con ellos?». Restaurado no hace tanto, ha servido como silo de trigo, y ahora para festejar a ministros visitantes con cenas castellanas. Es el tributo a la trivialización. Recordemos, sin embargo, que la reina Blanca de Borbón fue hecha aquí prisionera por Don Pedro («Envió mandar el Rey que la Reina Doña Blanca su mujer que estaba en Medina del Campo, fuese para Arévalo, que allí estuviese en guisa que la Reina Doña María, su madre, no la viese, ni otros caballeros y que la enviaba ya como en manera de presa», escribe el Canciller Ayala).

Habría que pasar también por la Alhondiga, San Nicolás y el Estudio de los Jesuitas, que de 1579 hasta su expulsión en 1767, fueron la avanzadilla cultural de esta tierra. Algunos restos más se han salvado de una ignorante mala racha de derribos: la fachada de los Montalvas, la del Alcalde Ronquillo, el que llevó el proceso contra el Obispo Acuña de los Comuneros, trasladada ahora al Ayuntamiento, piedra a piedra; la fachada del Hospital Viejo, y, aún en pie, la iglesia que los Montalvo construyeron sobre una antigua sinagoga, San Miguel. En algún óculo de ladrillo figura todavía la Estrella de David. Porque la judería de Arévalo, como la de Avila, fue numerosa, y habrá que bucear en esas tres culturas que hicieron la ciudad, si queremos saber quiénes somos.

Aunque a principios de nuestro siglo, todavía se elevó Arévalo como adelantada cultural de su entorno. Periódicos como *La Voz de Arévalo*, *El Despertar*, *El Faro del Distrito*, *El Heraldo de Arévalo*, *La Llanura*, dan idea de que no siempre ha sido la ciudad de las discotecas para mozos de los pueblos aledaños y el mercado obligado de los martes. (De todos modos, antes de irnos de la ciudad, habrá tiempo de descansar en alguna terraza y buscar un mesón donde saborear el cochinitillo asado, típico plato arevalense, a poder ser charlando con algún labrador de estos contornos que nos ofrecerá un buen castellano).

«El tópico ese de lo sombrío de los pueblos de Castilla -escribe Unamuno- es un embuste. Anchas y muy despejadas plazuelas, en que niños, ancianos y adultos toman el sol; la gran plaza del mercado, con sus soportales; mucho cielo arriba y mucha luz en el cielo. Y en derredor una vasta campiña de pan llevar, con acá y allá las manchas verdinegras de los pinares, y en el fondo, uniendo la tierra al cielo, la sierra, coronada de nieve. Y sube de la tierra una gran serenidad a juntarse a la serenidad grandísima, que baja del cielo».

Por esta campiña de pan llevar, sigamos nuestro viaje hacia otra villa importante, Madrigal de las Altas Torres. Acaso nos sorprendan no sólo «las manchas verdinegras de los pinares», sino las parcelas verdes y brillantes de los regadíos. No hay ríos y el agua es subalvea, extraída de pozos y repartida avaramente sobre los cultivos. Este campo ya no es el de «las pardas sementeras», que de las tierras sorianas dejó dicho Machado; sino el fresco verdor regado con la industria de motores y lluvias de aspersor; zonas electrificadas y silenciosas. Las viejas estampas de mulas han desaparecido para dar paso a tractores y maquinaria. Esta mecanización del campo ha hundido a esta tierra en préstamos e hipotecas. Pero es gente -según dicen ellos mismos- que gana un duro y gasta cinco. Una filosofía que les permite soñar y vivir libres en la penuria. Se espera el año entero la cosecha que está gastada ya, aun antes de recogerla.

En Barromán, la iglesia nos sorprende por lo robusto de su ábside mudéjar. Cerca está Madrigal. Si fueron altas las torres de sus murallas de ladrillo y tapia de cal, ahora veremos aisladas y asombrosamente de pie alguna de ellas. Los arcos de entrada se rehicieron, como esta puerta de Arévalo por la que entramos. La pavimentación acertada de la plaza del Cristo nos hará ver el amor que esa villa está poniendo en los restos históricos que le quedan. La plaza es amplia y limpia. A un lado, el corralón que sirve de entrada al convento de agustinas, antiguo palacio de Juan II. Aquí nació la reina Isabel. Esto sólo bastaría para llegar a Madrigal. El caserón de ladrillos y cal está lejos de los palacios

renacentistas de la Italia de aquellas mismas fechas. Juan de Mena que volvía de Roma, pudo comprobar esta diferencia incluso en el idioma, cuando tildaba al nuestro de «rudo e desierto romance castellano». Pero esa rudeza llevaba encerrada una humanidad más honda y quizá también más soñadora. Isabel hizo posible la empresa americana, y otro hijo de Madrigal, Vasco de Quiroga, sería amado por los inditos de Michoacán que le dieron el sobrenombre de Tata o Taita (padre, padrecito): Tata Vasco.

El Hospital de la Purísima Concepción (hoy capilla del Cristo) cierra la plaza al lado opuesto: Una balaustrada de granito defiende una galería apoyada en columnas de buena traza. Al fondo, un torreón, que fue puerta, de la muralla derruida. Pero si salimos al lado de esa torre, un caminito de arena nos llevará al monasterio de agustinos donde murió Fray Luis. ¡Cuánta melancolía! Caído en manos privadas con la desamortización, tan sólo el patio herreriano, de piedra gris, perdura. A Fray Luis le persiguió este sino adverso hasta después de su muerte.

*¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error! ¡Oh deseado
para reparo cierto
del grave mal pasado,
reposo dulce, alegre, descansado!*

Vino aquí Fray Luis el último año de su vida, pero no sabremos nunca si encontró tras la tempestad el reposo anhelado. Su memoria se borra con el constante deshacerse del convento que lo acogió en sus últimos días.

Dos iglesias tiene aún Madrigal: Santa María del Castillo, con ábside mudéjar mal conservado, y San Nicolás, la de la torre alta, cuyo gallo hace volver a los madrigaleños a su villa cada catorce de setiembre. Aquí en San Nicolás, un buen artesonado, sepulcros renacentistas en el

presbiterio, y una capilla convertida en pequeñísimo museo: una Pietá del XV, que antes estuvo en el Hospital o ermita del Cristo de la Injurias; algún tejido nazarita traído de Granada en tiempos de la Reina.

Salgamos de Madrigal por la puerta de Cantalapiedra, la más acertadamente rehecha, quizá por haberse conservado mejor; admiremos sus arcos apuntados de rosado ladrillo y demos una vuelta al contorno de la villa. Famosos fueron los vinos de Madrigal, celebrados como los de Medina por una buena catadora de caldos, Celestina, por buen nombre. *¿Qué fue dello?*

No permitamos que nos invada la nostalgia, que aún nos queda una visita donde casi todo será ausencia: Fontiveros. ¿Qué hay del muchachito, hijo del toledano Juan de Yepes y de Catalina, la morisca? Un convento tardío se nos dice edificado sobre la casa natal de Fray Juan. Y en la enorme y vacía iglesia parroquial, un sepulcro, el de su padre y su hermanillo, muerto de inanición.

Todo esto fue tierra de moriscos. A los llegados aquí tras la sublevación de las Alpujarras, se les llamó «nuestros hermanos de Granada». Catalina, viuda ya, salió con los dos hijos que le vivían camino de Arévalo, a buscar acomodo entre los de su condición. ¿Y no será este origen de San Juan, sin abolengo, el que se anteponga a la apreciación de Gil González Dávila en su *Teatro Eclesiástico* (1650), cuando olvida citarles entre escritores y religiosos notables y sólo le menciona al hablar de las villas ilustres?: «Villa de Fontiveros. Desta villa fue natural el padre Fray Juan de la Cruz, primer Religioso Descalco, de la Orden de los Carmelitas, por quien Dios ha obrado señaladas maravillas». ¡Cuánta sinuosidad, para no decir nada! Pero de Gil González Dávila, que conservó su orgullo hasta en estos detalles y desdeñaba a los no limpios de sangre, hemos olvidado hasta su obra -material sólo para eruditos provincianos-: Juan de la Cruz, en cambio, superó aquellas barreras de silencio y ha proyectado su obra hasta el hombre de nuestros días.

Ahora que anochece y el horizonte va destiñendo su luz rojiza en malva lejanía, dejémonos abandonar a la noche de Castilla que tanto amó Fray Juan:

¡Oh noche amable más que la alborada!

de lejos, se oye el ladrar de un perro de pastor que guarda el hato, y está oscuro.

DE NUEVO EN AVILA

Nos falta tiempo; no podremos visitar en tan corto espacio tantos rincones evocadores como descubrimos al cruzar por Avila. Llama nuestra atención un arco apuntado de ladrillo como entrada de una casita humilde. Tanto la aljama judía como la morisca, en la zona sur, fueron fuertes en Avila. Las dos expulsiones debieron suponer una gran merma de población -quizá no tanto como se ha ponderado, si se tiene en cuenta que 1572 es el momento demográfico más alto de la ciudad-, pero seguramente dolorosas ambas expulsiones:

*Aljama de Avila, ¡ay!, ¿por qué no retorna la paz?
Nos van matando, se nos cuenta diariamente
como el ganado del carnicero.*

Este llanto hebreo muestra ya el deterioro de una convivencia irrepetible en adelante.

El siglo XVII conservará la fachada de una ciudad noble, pero venida a menos. Por aquí anduvo Lope de Vega pretendiendo una cepellanía de la de San Segundo. Las iglesias románicas se llenas de

dorados churriguerescos. Los escudos se multiplican sobre las puertas de las casas. (Lo saben bien los nuevos constructores, ya que es lo único que salvan al derribar lo antiguo).

Del XVIII, la huella es pequeña: ahí queda en pie la fachada del Seminario de San Millán, de Juan Antonio Cuerdo, que intervino también en el Mercado Chico sobre proyectos anteriores de Ventura Rodríguez. Incluso hasta la primera mitad del XIX (Serafín Tapia señala para Avila en 1842 una población de 4.121 habitantes) la ciudad no se recupera. Su extensión es la misma, pero los vecinos se quejan de los ruidos de noche en las casas deshabitadas. Aunque se trató de rehacer la industria y el comercio y superar el bache de «la francesada». El padre de Victor Hugo fue gobernador de Avila en el reinado de José Bonaparte y los impuestos, alcabalas y saqueos del gobierno bonapartista fueron agobiantes. Habrá que construir cuando la población crezca. Las edificaciones nuevas han brotado de la necesidad. El caserío que contemplamos en casi toda la ciudad es decimonónico; casas baratas con más de un siglo a cuestas. Precisamente aquellas casas de balcones con poco saledizo y una reja más funcional que estética; casas de las que hablaba mal en sus artículos costumbristas Larra, que salió elegido diputado por la ciudad, aunque la sargentada de La Granja le privó de ocupar su escaño. Pero este caserío es el que desbordó el núcleo de la ciudad y la extendió hacia saliente.

Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer vienen a la ciudad apoyados por la Reina Castiza. Los dibujos de Valeriano, para el libro que proyectaban sobre los templos de España, tienen el consabido sabor romántico y costumbrista. Todavía los Bécquer conocerán un descampado entre la ciudad y el ferrocarril. Hay una crónica de Gustavo Adolfo en la que más o menos, olvidándose de ser poeta, se deja llevar del mito del progreso que la vía férrea significaba y desea ver derribadas las murallas que impiden abrirse a los tiempos nuevos. Algo así como Madoz, cuando afirma: «Esta fortificación sería inexpugnable en su época; en el día es perjudicial a la mejor y mayor parte de la población

que se halla fuera de su recinto». Juan Bautista Lázaro, que utilizaba el ladrillo con gusto neomudéjar, defendería estos muros y daría soluciones viables para su conservación. una década más tarde (1882), Enrique María Repullés y Vergas reparaba murallas y basílicas.

A principios de siglo (1911, 12) una burguesía más estable inicia una tímida recuperación artística; la Banca Paradinas (hoy Tejidos Catalanes) la proyecta y realiza Isidoro Benito con el gusto modernista que llegaba desde Barcelona; verjas y saledizos en la fachada, ménsulas y molduras, en materiales de yeso y escayolas.

El censo del 31 de marzo de 1984 da una cifra para Avila de 42.185 habitantes, y un total para la provincia de 186.864. No es una población excesiva. Pero los barrios nuevos no han añadido nada notable a la ciudad. Madrid ha sido el señuelo de arquitectos y maestros de obras. La especulación del terreno ha hacinado bloques de viviendas y reducido los jardines y patizuelos arbolados. Algunas plazas, la de Italia, la del Ejército, el mismo Mercado Grande, se recuperan como lugares de encuentro y convivencia. Quizá no sea demasiado tarde. Pero los daños quedan ahí: El acueducto tardío que atravesaba la plaza de Santa Ana desapareció. Adosadas a él, algunas casas tenían su pequeña historia. Jorge Santayana vivió en una de ellas de los tres a los diecisiete años. Ese fue su «locus standi», su lugar para contemplar el mundo, para sentirse ligado a la tierra. Quizá la dualidad Avila-Boston hizo de Santayana ese espíritu de frontera que recuerda Jiménez Lozano en su Guía ya citada: «Si Harward hizo al profesor... Avila hizo al filósofo y, más en concreto, y por paradógico que ello pudiera parecer, al filósofo escéptico». El acueducto partía de la calle de la Luna, junto al humilladero del Cristo de la Luz. Calle de la Luna o Fuente de la Luna, como quiere Rodríguez Almeida: Ese Aqua Lunae valdría tanto como acueducto, si es que el desaparecido de la época borbónica sustituía a otro romano.

Al otro lado del valle, otros manantiales llevarían el nombre de *Aqua Solis* o *Fons Solis*, que explicaría el nombre de *Son-Soles*, centro de la piedad mariana abulense. Las muchachas de Avila se han llamado

durante años Teresas y Sonsoles. La actualidad registra otros nombres como Vanessa, Verónica, Elisabeth, Patricia, extraídos del santoral televisivo, con su gran poder igualatorio, como la muerte.

A Sonsoles subiremos a la tarde, a descansar bajo la sombra de los chopos y a «refrescar las caras e las mientes».

VIAJE A GREDOS

Para una buena excursión a Gredos, habría que buscar los días soleados y largos del mes de julio. No en agosto, por miedo a las tormentas en la sierra. El sol y el aire queman en la altura; mejor será llevar equipo de montaña, o ropa ligera que cubra nuestros brazos y piernas. El regreso será doloroso si llegamos quemados.

Si alguien añoraba lo pintoresco, tiene entretenimiento en el camino. Hemos atravesado el Valle Amblés, esa tierra delicada y severa, con topónimos llenos de extraña sonoridad: Salobral, Niharra; a la izquierda, en lo alto de la Sierra de Yemas hemos dejado Mironcillo, Cabañas, Riofrío, el azoriniano pueblecito de don Jacinto Bajarano Galavis y Nidos. Pueblecitos llenos de interés paisajístico. Baterna, Villaviciosa, Sotalvo, Solosancho...

En Robledillo hemos de comprar una hogaza de pan, para la pitanza del día. Subir luego el puerto de Menga, con un excelente mirador en lo alto y una fuente. Al descenso, la carretera se pierde una especie de hoz, o pequeño desfiladero, la curva cruza el otro lado del barranco por un puentecito. Un peñasco alto, la Cueva del Maragato, trae recuerdos de salteadores de caminos y miedos de pasajeros románticos. Veremos luego pescadores de truchas recorrer un corto tramo del Alberche (a don Carnal *las truchas de Alberche dábanle en las mesiellas*); chopos

y álamos a la orilla, y no muy lejos Navalsauz, donde nació Francisca Sánchez, la aldeanita que Rubén Darío unió a su destino en vida y verso. Francisca estaba en Madrid; no necesitó Rubén venir a Navalsauz ni nosotros entraremos allí, pero aquel maravilloso poema *Focás, el campesino, hijo mío...* no se hubiera escrito nunca sin el amor de esta muchacha de las tierras de Avila:

*Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
Lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...*

Tres ventas vienen a aumentar el *carácter* evocador de viejos caminos: la venta del Obispo, la de Rasquilla y un poco más distante la de Rasca. En Venta Rasquilla pedir unas truchas de río y doblar luego hacia San Martín del Pimpollar. Criaderos de truchas, o piscifactorías que les llaman, y peñascos llenos de piornos amarillos en flor. En lo alto el primer Parador Nacional de Turismo, inaugurado en tiempos de Alfonso XIII. Los pinares bajan en ladera hacia Navarredonda y Barajas, para llegar a orillas del Tormes. Chopos junto al río y pinos en la ladera. Tiendas de campaña con gentes que pierden su tiempo, o le ganan, en plena naturaleza. Pasado el puente de las Juntas, el prado de las excomuniones, llegamos a la plataforma. Se puede alquilar una mula para llegar al corazón de Gredos. Podemos trepar por veredas serpenteantes hasta el prado de las Pozas. Bajar por gargantas y hoces hasta la laguna grande. Cuando la avistemos, nos parecerá en extremo pequeña, como un plateado espejo que nos deslumbrara desde el fondo. La vegetación ha desaparecido; piornos resecos y retorcidos que tendremos cuidado de recoger para hacer fuego y calentar las viandas. Agua no faltará, recién fundida de los neveros, que abrasa la garganta, más que aplacar la sed. Hemos descendido al Circo de Gredos. Ahora cobra su verdadera dimensión la laguna. Los riscos elevados, los Tres

Hermanitos, el Casquerazo, Chuchillar de Navajas, el Almanzor, el Ameal de Pablo, rodean la laguna. Si queremos ascender al Almanzor (2.596 metros), lo haremos de mañana, antes del almuerzo. Habrá que tener cuidado con el paso de los cobardes. Pero llegados a la cima el gozo es grande. Allá, a lo lejos, cruzan un nevero unas cabras hispánicas, lentas, una en pos de la otra, manchas pardas sobre el campo de la nieve; una neblina borra el horizonte a la redonda. Todo es viento. Uno comprende esa teología-hispano-geológica que llevó a Unamuno, tan amante de Gredos, a sentirse un nuevo Moisés, al que Dios hablaba desde la roca. Y «contestando a la llamada del Dios de España que tiene su trono en Gredos» escribía:

*¡Miguel! ¡Miguel! Aquí, Señor, desnudo,
me tienes a tu pie, santa montaña,
roda desnuda, corazón de España,
y gracias, pues que no me sigues mudo.*

Aupado en esta soledad, pisando tierra en esta altura, presentía su intrahistoria y su destino:

*Es todo cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira,
aquí, en tus páramos.*

Hambre de eternidad, pero también de pan, del pan de cada día. Cuenta, en su prosa, cómo el pan se les había vuelto duro y hubo que mojarlo en las aguas recién deshechas de los hielos. Cómo se quedaron en mangas de camisa perdiendo el decoro, «la seriedad de los que están vacíos por dentro». Había acampado dos noches junto a la laguna y había «trepado al montón de piedras que sustenta el risco de Almanzor». La frase me hace dudar de su ascensión al pico más alto. Ocurre esto el año 11; Unamuno tiene ya casi cuarenta y siete años. Pudo subir.

Nosotros, si nos sentimos aún con fuerzas, podemos llegar hasta las cinco Lagunas. Será algo inolvidable. Podemos regresar, subir hoces y trepar por veredas de pastores, con el sol de espaldas, descender a la plataforma de donde partimos.

Hay una carretera que bordea el Tormes que podrá llevarnos a El Barco de Avila. El paisaje aquí es refrescante. Tras la falta de vegetación de la cumbre, ahora junto al río las choperas, los huertecillos de frutales y judías, los alisos, nos transportan a un mundo rústico y bucólico. Esta misma agua que baña la Angostura, La Aliseda de Tormes, los Llanos de Tormes, llegará en Salamanca hasta La Flecha de Fray Luis, en la que buscó «la escondida senda» de los pocos y verdaderos sabios. Quizás los viejos ermitaños, como San Pedro del Barco, en su chozo de la Ribera, encontraron esa senda escondida. Ya setentón, ayudado por un muchacho, iba de su casa natal a su chozo y alternaba sus plegarias con el cultivo de la huerta («por mi mano plantado tengo un huerto»). Allí «le visitaban tejones, raposos, lobos, jabalíes y corzos, y todos abedecían y aguardaban su bendición para volverse a la sierra». Dos corzas servían para comunicarse con su compañero eremita, San Pascual de Tormellas. La leyenda es de principios del XII y la ermita construida en la calle de la Tea de finales del XV.

Los restos de la casa de Don Pedro de la Gasca, han desaparecido, reinstalados ahora en las escuelas, para dar paso a una Caja de Ahorros. Pero en general el caserío de El Barco no ha perdido mucho, sobre todo la plaza, tan llena de vida en fiestas y mercados; cerámica, frutas, gorras de paja tan llenas de color. Bajo los soportales, en cualquier terraza, podremos descansar.

La figura de El Gran Duque de Alba llena de leyendas esta villa. Lope de Vega las recogió en sus romances y comedias; *Más mal hay en la Aldehuela de lo que suena* que trenza lances de toros y amoríos del Duque. Lope debió ser bien conocido por estas tierras; quizá Alonso Fernández, cura de la cercana Avellaneda, se sintió obligado a defen-

derle en el falso Quijote, según opinaba Don Arsenio Gutiérrez Palacios.

Pero si hemos descansado y almorzado (inevitables serán las truchas del Tormes y las judías blancas y cocheras), podemos pasear la villa: ver el puente gótico sobre el Tormes; el Castillo de Valdecorneja que extendía su defensa hasta el puerto de Tornavacas, camino de Extremadura. Una camino que hizo hasta Yuste el Emperador. Un día largo descansó en El Barco. No hay viaje más melancólico que éste en toda la historia de nuestro siglo de oro. «Ya no franquearé otro puerto que el de la muerte». La puerta de Piedrahita o puerta del Ahorcado (las sentencias del Gran Duque era expeditivas) es un buen ejemplo de la fortificación de que gozó la villa. La ermita del Cristo del Caño, para quien El Barco guarda todo su entusiasmo en prolongadas fiestas. La iglesia parroquial de un gótico tardío, con una excelente reja de forja cerrando el presbiterio, y buenas tallas que podremos admirar despacio.

Problemas de emigración y supervivencia acosan a estas tierras, un tanto alejadas de cualquier núcleo urbano floreciente. Por ello tal vez su habla sea interesante y charlar con los viejos nos ayude a descubrir un castellano lleno de vigor y arcaísmos curiosos.

Partimos hacia Piedrahita, la villa de los Duques, a la sombra de Peña Negra. La historia de Piedrahita va ligada a los Duques. Pero es irónico que Cervantes -que en la historia del cautivo nos dice que éste presenció «las muertes de Eguemón y de Hornos», ajusticiados por el Duque de Alba- nombre a la villa del Duque a propósito de la liberación de los galeotes, uno de los cuales iba condenado "a tres precisos de gurapas" por ladrón: «era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo era natural de Piedrahita». ¿Contra quién apuntaba la ironía? ¿Se indignaría el de Avellaneda por la alusión a la Villa o al Duque?.

Del primitivo castillo o palacio nada queda. De un segundo palacio dieciochesco, hoy convertido en escuelas, los muros solamente. Pero pueden darnos idea de lo que debió ser en tiempos de la Duquesa María

Teresa de Silva. Allí acudían Goya y el poeta Meléndez y Bails y Jovellanos, Iglesias, Quintana. Su destrucción en la Guerra de la Independencia hizo lamentarse a José Somoza en sus *Memorias de Piedrahita*: «entré en sus jardines por la puerta de hierro, que ya no existía. Por el puente elíptico, llamado de las Azucenas, bajé a la calle de los grandes chopos. Las fuentes ya no corrían; el grande estanque estaba encenagado y había cesado el murmullo de la caída de agua. Subí las gradas, que no eran ya sino un montón de sillares desencajados, y me estremecí al hallarme en el salón del palacio. Allí donde habían sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios y talentos de España, ya sólo se escuchaba el roer de los insectos que carcomían los techos, y el bramido de los vientos que, entrando por los subterráneos, hacía retumbar bajo mis pies el pavimento. Este ruido se aumentaba con el de las aguas que de las cañerías reventadas corrían estrepitosamente a precipitarse al río por la ancha alcantarilla del dique. Al resplandor de la luna recorrí las demás habitaciones, todas desamuebladas».

Hay un tono romántico en estas líneas. José Somoza enlaza los tiempos ilustrados con la melancolía romántica. Saltando por la gran historia, en esta pequeña de Piedrahita se nos presenta la villa como un pequeño refugio de ilustrados. La modernidad estaba aquí y Somoza la heredaría.

Aparte de sus huesos, junto al panteón de los Duques, ¿qué queda de Somoza en Piedrahita?. Su casa fué convertida en un teatro, hoy cerrado. Una placa pequeña lo recuerda. Pero podemos evocarle, anciano ya, con las manos a la espalda, paseando bajo los soportales de la plaza, frente a la Iglesia (antiguo palacio de Doña Berenguela, madre de Fernando III); o leyendo los comentarios al evangelio del domingo del jansenista obispo de Soissons. Demasiado poco para, como hizo Baroja, llamarle «el hereje de Piedrahita», aunque se añada su creencia en la «transmigración sidérea de las ánimas». Sufrió por defender la Constitución doceañista y enterró en La Pesqueruela un ejemplar de la misma para salvarla de la persecución fernandina. Piedrahita es esta

plaza. Al tío Morón, a Pitafio, a tía Andrina, tipos castellanos descritos por Somoza, podemos verlos ahora en esta plaza. Nos sentaremos junto a la bola grande de la fuente, antes de rodear algunas calles. Aquí también la pala mecánica ha hecho su cerrajina. No se si queda en pie la escuela donde otro poeta, Gabriel y Galán, daba clase a sus muchachos. La vi en obras no hace mucho.

El Valle del Corneja nos aguarda, al fondo la sombra de la sierra de Piedrahita. Podríamos detenernos en Bonilla de la Sierra, villa episcopal, donde el Tostado escribió parte de su ingente obra y donde fué morir. La placita es deliciosa y los pináculos sobre los contrafuertes de la iglesia únicos en su estricto sentido ornamental; no soportan arbotantes, no sirven de nada; son como llamas encendidas de robustos hachones, nada más.

Cerca, en Villafranca de la Sierra, tenía su estudio Benjamín Palencia, el pintor que rompió a fuerza de color la imagen terrosa de Catilla. Rojos, bermellones, amarillos clarísimos, verdes opacos, azules y violetas, dieron al lienzo esa vibración poética que este Valle de Corneja guardaba en su mudo apartamiento.

Trasponiendo el puerto de Villatoro llegamos al Valle Amblés. A un pueblecito llaman Poveda. Ya nadie habla de povos, sino de álamos blancos y de chopos. Poveda es Alameda, como la Aliseda que dejamos junto al Tormes, con sus alisos.

LA ANDALUCIA DE AVILA

Retomemos el camino que hemos hecho hacia Gredos, pero, ahora, además de cruzar el puerto de Menga, tendremos que añadir el puerto del Pico. Será obligado detenernos en lo alto. La calzada romana pasa

pareja a la actual carretera. Arriba los riscos sobre los que quizá aparezca alguna capra hispánica; abajo, serpeando, la calzada descendiendo hacia el barranco de las cinco villas: Las Cuevas, Villarejo, San Esteban, Santa Cruz, Mombeltrán. Estamos alcanzando la zona sur de la provincia, camino abierto a Extremadura. Puerto éste necesario para la romanización, primero; para las incursiones medievales, para la trashumancia del ganado más tarde; para el gozo de una vegetación exuberante cuando nuestros ojos se habían acostumbrado ya a la austeridad del lado norte, con sus pedrizas y retamas.

Todo ha cambiado en pocos kilómetros; castaños, nogueras, vides y frutales pueden darse entre una abundancia de pinos. El caserío tiene peculiar interés: balconadas de madera, repletas de macetas cuajadas de flores, saledizos y aleros anchos que guarecen de la lluvia. La construcción moderna no ha sabido acompañar la belleza de esta tradicional arquitectura.

En Mombeltrán un castillo de torres cilíndricas y robustas nos recuerda el señorío de los Alburquerque. Un jardinillo con palmeras (¡que lejos ya de la zona norte!) acoge una escultura de escorzo violento: Don Pedro de Villagrá, tercer gobernador general de Chile (cerca está la tierra de los conquistadores extremeños).

En San Esteban del Valle, la ermita de San Pedro Bautista, protomártir del Japón. Con otros compañeros jesuitas y nativos -Pablo Miki- dieron testimonio de su fe frente a las lanzas que atravesaban su costado. Un clérigo de esta misma villa, D. Felipe Robles Dégano, contó su historia, mientras practicaba la apicultura y atacaba a la Real Academia con sus escritos gramaticales.

Nos espera Arenas, el de la triste condesa. Siempre me ha parecido romántico en extremo el acostumbrado apelativo de Doña María de Pimentel, viuda ya de Don Alvaro de Luna. Ahí está su castillo ceniciento por el que trepan las madreselvas. Pero hagamos caso a los poetas: Jorge Manrique no quiere manchar sus versos con el nombre de Don Alvaro; *«no cumple que dél se hable,/ sino sólo que le vimos/ degollado»*.

Hombre, el de Luna, «cobdizioso de villas e vasallos e riquezas, non fue menor su ambición de honores e preminencias», leemos en *Generaciones y semblanzas*. ¿Qué había de hacer su viuda cuando semejante *caída de príncipes* la arrastraba también a ella? Nada romántica su soledad y retiro en Arenas. Hizo lo que era de esperar, no dar demasiado ruido.

Pero Arenas puede enorgullecerse de la predilección con que fue tratada por el Infante Don Luis Antonio de Borbón, hermano de Carlos III. En la meseta amplia que forma una loma, cerrando con su ladera la ciudad construyó un palacio, nunca acabado, de traza neoclásica, conservado aún por haber estado dedicado a seminario y colegio. Parece que funcionó como una corte paralela a la de su hermano en Madrid. Escritores y artistas frecuentaron estos muros. Del enorme zaguán arranca la monumental escalera que ahora evoca aquella vida cortesana.

Antes de su enterramiento definitivo en El Escorial, Don Luis Antonio de Borbón reposó en el monasterio franciscano donde había vivido Fray Pedro de Alcántara, aquel hombre «hecho de raíces de árboles» -en expresión teresiana-, que viajó hasta Avila en ayuda de la carmelita. Quizá este monasterio sea la muestra más valiosa del neoclásico abulense, la más auténtica al menos. Ventura Rodríguez, Sabatini y el escultor de fuentes madrileñas Francisco Gutiérrez -abulense de San Vicente de Arévalo- diseñaron y realizaron este monumento. Algo extraña -como en Segovia el sepulcro de S. Juan de la Cruz- que a hombres ascéticos y sin duda alguna alejados de todo boato, se les honre con un arte laico, más propio de salón aristocrático que de recogida piedad.

Rodeada de pinos, de higueras y de vidas; regada por el Tiétar; florecida de madroños silvestres y rosales, es tierra abierta Arenas al visitante alegre y veraniego. El Arenal, El Hornillo y Guisando completan ese atractivo turístico.

Hemos de llegar a Candelada en el confín de la provincia. Las

tierras de Cáceres están linderas. El habla tiene matices extremeños y ha influido en el habla de Arenas y de todo el valle del Tiétar. ¿Es por esto la Andalucía de Avila? Se aspira la *ese* y desaparece en final de palabra y los plurales; se abren las vocales y se relajan las consonantes hasta límites que no tolerarían los de la zona norte. Pero se ha dicho siempre que el color y calor, el tono jocundo de vida de estas gentes les ha acreditado el mote de que se enorgullecen: La Andalucía de Avila, Quizá sea el vino y los olivos, las higueras y plantaciones de tabaco y huertas junto a ríos limpios de montaña (nada andaluces, por otra parte).

Desde la altura del Santuario de la Virgen de Chilla, a la espalda de Gredos, se abre ante nuestros ojos un panorama amplio de tierras extremeñas: allá abajo están los pueblos de la Vera, Jaraiz, Madrigal, y las tierras de Toledo y el brillo azul del embalse de Rosarito. Al lado el Raso y su castro primitivo. Candelada se viste de color y costumbrismo añejo en las fiestas de su Virgen. El pueblo ha subido a Chilla y las calles blancas de balconadas rojas de geranios y rincones soleados se verán vacías, o con algunas viejas sentadas de espaldas a la calle, recosiendo sus ropas y manteos contra la pared. Lo viejo y lo nuevo se conjugan; el deporte en su estadio y el tipismo en sus vidas.

De vuelta a Arenas, otra vez por Poyales, Ramacastañas ofrece un atractivo más: Las Cuevas del Aguila. Estalactitas, como carámbanos de legendarias heladas, bajan hacia los dientes de estalagmitas de la cueva en figura de pintorescas esculturas que un guía señala. En un paisaje como éste, una loma no muy alta frente al cerro del Aguila, estas cuevas sorprenden por lo insólito. El lugar fue llamado de Romperropas, no de Aguila. Las preferencias eufemísticas de una época no lejana dieron lugar a este cambio de nombres.

La Higuera, Lanzahita -espárragos y sandías-, Pedro Bernardo, Gavilanes, Mijares, Casavieja, Piedralaves, pueblos entre excelentes rincones de arbolado y sonar de aguas entre peñas y gargantas. Nada en todo Avila, si se buscaban paisajes pintorescos en abundancia. Y quizá

esta situación límite, donde Gredos resguarda sus espaldas y miramos a las tierras del sur, lejos del norte con su florecimiento cortesano en el XV, haya sido la causa de la conservación de un rico folclore de danzas y cantares, de vestidos y atuendos femeninos, de dulces sabrosos y romerías populares. La atracción que sobre los madrileños del 600 en adelante ha ejercido este valle del Tiétar lo ha sofisticado y pervertido, y nada más triste que olvidar lo propio para imitar lo standard prefabricado, por muy capitalino que parezca.

En La Adrada, un rincón entrañable de leyendas devotas y fervores verdaderos: La Virgen de la Yedra. El sacristán humilde vio florecida la yedra que ocultaba la imagen venerada. Casi un milagro de Berceo, aunque esta vez reinventado en el XVII. Madoz nos habla de que La Adrada tenía cuatro fábricas de papel y siete molinos harineros, y pondera «una hermosa casa consistorial con un reloj en su torre». Y el castillo, o ruinas, posesión también de D. Alvaro de Luna, que da solera a esta villa, centro de todas las comarcas. Por aquí anduvo Benavente en sus escapadas desde Madrid, y de El Sotillo nos habla en *Señora Ama*, ese caso límite de machismo aldeano. Casi por las mismas fechas, a primero del siglo, Pío Baroja, su hermano Ricardo y Ciro Bayo descendieron por el curso del Tiétar por los mismos lugares que nosotros hemos visitado remontándolo. «El viaje hasta Plasencia -dice Don Pío- duró cerca de veinte días y tuvo bastantes apuros, fatigas e incomodidades. Dormimos en pajares y tuvimos que meternos en el río Tiétar hasta el cuello, porque el río venía con crecida. El pasar el burro nos costó un gran trabajo, porque el animal no quería aventurarse en aquellas aguas, que tenían bastante corriente». El burro lo había comprado don Ricardo y les sirvió para transportar las vituallas. Dos novelas, *La Dama errante* de Baroja y *El Peregrino entretenido* de C. Bayo dejaron constancia del viaje.

De Santa María del Tiétar, camino de El Tiemblo, encontramos los Toros de Guisando. No muy distante, arriba, un monasterio de Jerónimos muestra su belleza en una estampa romántica de ruinas y de yedra;

¿sería éste el lugar juradero de la Reina de Castilla? Aquí abajo esos totems ibéricos pacen la hierba absortos en su lejana memoria. Paz para ellos en su eterna mansedumbre.

El Tiemblo ha sufrido una enorme transformación, pero las costumbres perduran alteradas con los nuevos usos de una modernidad dudosa. A la izquierda dejamos el Charco del Cura, y a la derecha el embalse de Burguillo -lugar para deportes de vela-, donde el Alberche remansa su curso. Si lo remontamos, por todo su valle aparecerán pueblos de atractivo indudable y que formaron, hasta finales del XVIII, una abadía con sede en Burgohondo. Su torre acaba de ser reparada con acierto y los restos de la extinguida abadía merecen un trato semejante.

Cebreros, como un vergel de viñas y frutales, acredita su alegre vividura. Cuando peligraban sus fiestas, supo defenderlas cambiándoles el nombre; los carnavales fueron las fiestas de invierno, pero es el único caso de pervivencia de la lucha de Don Carnal y Doña Cuaresma en toda la provincia. Junto a ellos las fiestas de verano, o de la Virgen de Valsordo. Los encierros de toros no son mimetismo de otros parejos. Todo parece aquí nacido entre esta gente un tanto atezada y extrovertida. Su poeta, H. Martín Borro, ha cantado los extremos de su belleza *«los dulzores de su albillo en zazón» «y los olivos de candor nevados»* y lo ha contemplado *«desde lo alto de Arrebatacapas/ envuelto en el amor de sus olivos/ y de las viñas»*. El ha visto a los viejos en el poyo de piedra, el mentidero, junto a la iglesia, a la sombra de los nueve olmos de la plaza, testigos de rondas nocturnas, o de festiva alegría en las mañanas de encierro. *«Guardia de árboles antiguos,/ por el sur y por oriente,/ custodian la vieja plaza:/ nueve viejos olmos, nueve»*.

Si es bella la traza de la iglesia parroquial -sobre el proyecto de Alonso de Covarrubias, precedente de la severidad herreriana-, las ruinas de la antigua, de un gótico isabelino, nos traen la memoria de las estancias de Isabel de Castilla en Cebreros. De aquí salió para los Toros de Guisando para ser jurada reina; aquí malparió en una casa de la antigua calle de Mesones, y por aquí pasó en días de aguacero,

muerta ya, camino de Granada; única nota melancólica en contraste con la jocundidad de esta tierra del vino.

Por Arrebatacapas -precioso nombre para un puerto con vientos recios contra la cabalgadura- subamos para Hoyo de Pinares o hacia San Bartolomé, camino de la Las Navas. En tiempos de mayor penuria, Las Navas del Marqués fue lugar veraniego (lo sigue siendo, dirá alguno) para gentes madrileñas. Aquí anduvieron Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre entre los pinos leyendo a Rubén Darío. Aquí dedicó sus versos a Luisa Esteban, José García Nieto. Y en Ciudad Ducal, D. Alfonso Querejazu descansaba sus molidos huesos, ya próximo a la muerte, tras su incansable brega por la cultura abulense. Lejos quedan ahora los tiempos del aruinado convento de dominicos, del Marqués de las Navas en su castillo de Magalia cuando el joven Lope hacía sus primeros pinitos aristocráticos.

Tantos vericuetos ha sorteado la vida de nuestra gente que, por seguirlos, quizá me haya perdido en ellos, haya olvidado asuntos de interés más primario y se me culpe de desmemoriado. Quede esto así. Madrid está lindero, para desdicha o bienandanza nuestra; convertírnos en pueblos dormitorios de la gran urbe, o vivir, vivir, desesperadamente, con nuestra historia a cuestas y los ojos despiertos al presente.

Julio-agosto- 85.

***NUEVE POEMAS DE UNAMUNO Y
AVILA AL FONDO***

NUEVE POEMAS DE UNAMUNO

(1º)

274

*Et tout tremble. Irún, Coimbre,
Santander, Almodovar
Sitôt qu'on entend le timbre
des cymbales de Bivar.*

Avila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Ubeda, Arévalo, Frómista,

Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza,
Lérida, Zamarramala,
Arramendiaga, Zamora.

Sois nombres de cuerpo entero,
libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraducible
de nuestra lengua española!.

12 de julio, 1928.

Cancionero. 274. O.C. Escélicer Tomo VI, pg. 1036

Nota.- Para comodidad de las citas, se han compulsado todas según la edición de obras completas de la edit. Escélicer (nueve tomos). Madrid. 1969-1971.

(2º)

26

Gredos, Gredos, Almanzor, el Tormes
Piedrahita del Duque
Barco de Avila
Torreón de Alba
Salamanca dorada
Soledad de Ledesma
Fermoselle ceñudo
mi entrañado Duero

Cantando en las entrañas de Portugal y España.
Portugal, cuna de ensueño, purgatorio de almas,
Portugal, Portugal,
la mar, la mar, la mar
sobre la mar, bajo la mar el cielo!
bajo el cielo, sobre el cielo el alma!

13 de marzo, 1928

Cancionero, 26 - O.C. Tomo VI pgs. 956-57.

(3º)

467

Tiétar, Tormes, Tajo, Duero,
mellizos de las Castillas;
madre Gredos sus dos brazos
desparrama y acaricia
sobre hueso, carne parda,
que sangre y sudor hostigan.

Oporto, Lisboa, llegan
las manos en barro tintas
y en los abismos se pierden
del mar tenebroso; arriba
el sol peregrino a América
le aguarda vana conquista.

Teide cano, monje ardiente,
desde sobre nubes mira,
y le ve acostarse en olas
que le brizan maravillas.

23 de octubre, 1928

Cancionero, 467. O.C. Tomo VI. pág. 1097.

(4º)

407

¡Ay telar de Fontiveros,
ay hogar del hermanito,
posado entre cielo y nava
donde no canta ni un hilo
de agua, tan sólo la alondra
sobre la mies en estío!

La helada y el sol, brasero ⁽¹⁾
curtieron pecho a los hijos
de la Castilla a que abraza
cielo bajo su cobijo.

Con pastores y majadas
soñó el pobre frailecito
y en el azul castellano
oyó el Señor el silbo.

Siguió a la madre Teresa
los pasos, luengo camino,
por noche oscura del alma
del Carmelo en el abismo.

¡Ay telar de Fontiveros,
que tejó sueño infinito!

18 de setiembre, 1928

Variante:

(1) el rechinadero.

Cancionero. 407. O.C. Tomo VI pg. 1079.

(5°)

686

Juan de la Cruz, madrecito,
alma de sonrisa seria,
que sigues tu senderito
por tinieblas de miseria,

de la mano suave y fuerte
de tu padraza Teresa,
la que corteja a la muerte;
la vida ¡cómo te pesa!

Marchas por la noche oscura,
te va guiando la brisa.
Te quitas de toda hechura,
te basta con la sonrisa.

De Dios el silencio santo,
colmo de noche sin luna,
vas llenando con tu canto,
para Dios canto de cuna.

Madrecito de esperanza,
nuestra desesperación
gracias tu canto alcanza
a adormecer la razón

11 de febrero, 1929

Cancionero. 686 - O.C. Tomo VI pg. 1154

(6º)

405

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

Ruinas perdidas en campo
que lecho de mar fue antes de hombres,
tus cubos mordieron el polvo,
Madrigal de las Altas Torres.

Tú la cuna de Isabel, tumba
de Don Juan, fatídico brote,
cayó en Salamanca dorada
y en Avila hoy fúnebre corte.

Medina del Campo sueña
-cigüeñas, cornejas al borde-
el de César Borja ¡qué salto!;
San Juan de la Cruz que se esconde.

Cielo del águila bicéfala,
nubarrones llegan del norte;
Maldonado, Bravo, Padilla;
Lutero a lo lejos responde.

Don Sebastián el Encubierto,
el rey del misterio, el Quijote
de Portugal, ¡ay pastelero!
venías quién sabe de dónde...

Fr. Luis de León, ojos, mano,
se doblan ⁽¹⁾ a la última noche;
quebrada ⁽²⁾ la cárcel de carne
su mente ⁽³⁾ al sereno se acoge.

Castilla, Castilla, Castilla,
madriguera de recios hombres;
los castillos muerden el polvo,
Madrigal de las Altas Torres;
ruinas perdidas en lecho
ya seco de pantano ⁽⁴⁾ enorme.

17 de setiembre, 1929

Variantes:

- (1) rinden.
- (2) abierta.
- (3) vida.
- (4) ciénaga.

Cancionero. 405. O.C. Tomo VI pgs. 1077 -78.

(7º)

451

AVILA

Avila de los Caballeros,
la de la ⁽¹⁾ recia monja andante;
Castillo interior, torreones
contemplan verdor en el valle.
Tu sede se eriza de almenas
a fuera; por dentro, en el ábside
la sangre cuajó en los sillares
la luz en visiones de tarde ⁽²⁾.
Sestea los siglos el toro
berroqueño, los trashumantes
rudos rabadanes celtíberos
visitan en sombras errantes
la vieja cañada borrada,
arteria de Iberia en que late
la vida escondida del alma
que al pasar de la mesta pace ⁽³⁾.
Mira a tu pastor, Prisciliano,
peregrino celta, sus manes
en Compostela reconquistan

Variantes:

- (1) cuna de.
- (2) visiones gigantes.
- (3) que al pasar en el paso pace.

la España que en sed de Dios arde.
Avila de los Caballeros,
hueso de la patria más grande (4)
le diste nodriza, tu tuétano,
fuerte leche a la monja andante.

15 de octubre, 1928

(4) la patria gigante.
la cuna gigante.

(8°)

EN GREDOS

Escribí esta poesía en agosto de 1911, al bajar de Gredos, a donde había subido con mi fraternal amigo Marcelino Cagigal, compañero de otra de mis andanzas por tierras castellanas y leonesas, y con mi otro amigo Eudoxio de Castro. Lo de Sirio es una licencia poética, ya que en el mes de agosto no se le ve en nuestras latitudes ni aun desde Gredos.

- ¡Sólo aquí en la montaña,
solo aquí con mi España
-la de mi ensueño-
cara al rocoso gigantesco Ameal,
5 aquí mientras doy huelgo a *Clavileño*,
con mi España inmortal!
Es la mía, la mía, sí, la de granito
que alza al cielo infinito,
ceñido en virgen nieve de los cielos,
10 su fuerte corazón,
un corazón de roca viva
que arrancaron de tierra los anhelos
de la eterna visión.
Aquí a la soledad rocosa de la cumbre,
15 no de tu historia, sino de tu vida,
toca la lumbre;
aquí a tu corazón, patria querida,
¡oh mi España inmortal!
Las brumas quedan de la falsa gloria
20 que brota de la historia,

aquí, a mitad de falda,
ciñéndote en guirnalda,
mientras el sol, el de la verdadera,
tu frente escalda
25 y te da en primavera,
tanto más dulce cuanto que es más breve,
flores de cumbre,
criadas en invierno bajo el manto
protector de la nieve,
30 manto sin podedumbre,
templo de nuestro Dios, ¡el español!
Este es tu corazón de firme roca
-¡altar del templo santo!-
de nuestra tierra entraña,
35 éste es tu corazón que cielo toca,
tu corazón desnudo,
mi eterna España,
que busca al sol!
No es tu reino, oh mi patria, de este mundo;
40 juguete del destino,
tu reino en lo profundo
del azul que te cubre has de buscar;
esta peña gigante es un camino
de San Juan de la Cruz pétrea escala
45 la eterna soledad para escalar!
Del piélago de tierra que entre brumas
tiende a tus pies, aquí, sus parameros,
con letras por espumas,
volaron de El Dorado a la conquista
50 buitres aventureros,
mientras hastiado del perenne embuste
de la gloria, enterraba aquí, a tu vista,

su majestad en Yuste
Carlos Emperador.

55 Aquel vuelo de buitres fue la historia,
tu pesadilla,
y este entierro imperial fue la victoria
sin mancilla,
la que orea la frente a tu Almanzor.

60 Esta es mi España, un corazón desnudo
de viva roca
del granito más nudo
que con sus crestas en el cielo toca
buscando al sol en mutua soledad;

65 ésta es mi España,
patria ermitaña,
que como al nido torna siempre a la verdad.
Tu historia ¡qué naufragio en mar profundo!
Pero no importa,

70 porque ella es corta,
pasa, y la muerte es larga,
¡larga como el amor!
Respiras tempestades
y baja a consolar tus soledades

75 el rayo del Señor,
mientras en transververación tempestuosa,
tu corazón, sobre que el cielo posa,
hieren flechas del fuego de su amor.
De los sudarios que a tu frente envuelven

80 y en agua se resuelven
bajan cantando ríos de frescor
y visten luego
la zahorra, escurraja que a tu cumbre
royó la herrumbre,

- 85 con capa de verdor.
De noche temblorosas las estrellas
te ciñen con su ensueño
y edades ha que en ellas
sueñas cual vuelve siempre igual mudanza
90 trayendo un mismo sino,
y este volver es causa de esperanza,
que no muda,
de tu reposo final;
para mi corazón, que angustia suda
95 bajo el yugo sin fin del infinito
eres tú solo propio pedestal.
Que es en tu cima donde al fin me encuentro,
siéntome soberano,
y en mi España me adentro,
100 tocándome persona,
hijo de siglos de pasión, cristiano,
y cristiano español;
aquí, en la vasta soledad serrana,
renaciendo al romper de la mañana
105 cuando renace solitario el sol.
Aquí me trago a Dios, soy Dios, mi roca;
sorbo aquí de su boca con mi boca
la sangre de este sol, su corazón,
de rodillas aquí, sobre la cima,
110 ¡mientras mi frente con tu lumbre anima,
al cielo abierto, en santa comunión!
Aquí le siento palpitar a mi alma
de noche frente a Sirio
que palpita en la negra inmensidad,
115 y aquí, al tocarme así, siento la palma
de este largo martirio
de no morir de sed de eternidad.

¡Alma de mi carne, sol de mi tierra,
Dios de mi España,
120 que sois lo único que hay, lo que pasó,
no la eterna mentira del mañana,
aquí en el regazo de la sierra,
aquí, entre vosotros, aquí me siento yo!

Publicado en "Los lunes de *El Imparcial*",
Madrid 29 de enero, 1912.

Andanzas y visiones españolas. O.C. Tomo VI pgs. 512.ss.

(9º)

LXIV

No, no es Gredos aquella cordillera;
son nubes del confín, nubes de paso
que de oro viste el sol desde el ocaso:
sobre la mar, no roca: bruma huera.

Gredos, que en la robusta primavera
de mi vida llenó de mi alma el vaso
con visiones de gloria, que hoy repaso
junto a esta mar que canta lagotera.

¡Aquel silencio de la inmoble roca
llena de gesto de cordial denuedo!
¡Aquel silencio de la inmensa boca

del cielo, en que ponía sello el dedo
del Almanzor! ¡En su uña al paso choca
y se rompe la sierra de remedo!

29 de junio, 1924.

De Fuerteventura a París.
O.C. Tomo VI pgs. 710-11.

Y AVILA AL FONDO

El reciente centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno (1864) nos ha traído, entre otros estudios, algunos datos estadísticos a que tan aficionada se ve la nueva crítica. Unos trescientos topónimos españoles aparecen citados a lo largo de la obra en prosa y verso del «morabito de Salamanca»⁽¹⁾. Entre ellos, me interesa destacar los propios de la geografía abulense.

No sé cómo pudo darse esta doble vocación de ermitaño y andarín que le cupo en suerte a don Miguel como hombre que fue dolorido por España. Sin establecer comparaciones ni paralelismos, digamos que esto es posible y que ya se había dado en el XVI, en una monja andariega. Recorrer la geografía de España es amar a ésta en lo que tiene de más geológico y material, pero, digamos también, en lo que tiene de meollo histórico y en lo que tiene de vital y de mortal.

El encuentro con Castilla de los hombres del 98 se verifica de manera diversa según la procedencia de aquellos y su peripecia vital propia. Todos coincidirán al darnos su visión de Madrid, ese «inconsistente escenario en que se actualiza de continuo la historia regular de España», como quiere Laín ⁽²⁾. Pero la hondura castellana, su contemplación personal y exaltación de ésta, será descubierta en las viejas ciudades de la Meseta. Para Machado, Soria será Castilla. Más amplio, Unamuno la encontrará en su viajar constante por ciudades y pueblos, en su caminar por sierras y llanuras. Castilla ahupará su alma, la elevará hasta sentirse español eterno desde este podio árido y dulce de la Meseta:

(1) Pedro Ortiz Armengol. *La Estafeta literaria* n° 300-301. Madrid. 1964.

(2) Pedro Laín Entralgo. *La generación del noventa y ocho*. Col. Austral, 149. Madrid, 1955 - 7ª edic. pg. 71.

*Tú me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo ⁽³⁾.*

«Ara gigante», Castilla, donde don Miguel sentirá su dolor amargo por España y sus ansias de inmortalidad.

Dos autores del 98 viajarán por Avila y nos dejarán distintas impresiones de la ciudad y su tierra. Entre la visión azoriniana, anclada en *una hora de España*, y la más vital y acre de Unamuno, he escogido la de éste último, limitándome a su obra poética, aunque haya de ayudarme de su prosa para completar la imagen que de la ciudad y la tierra teresiana nos legó don Miguel.

1º Topónimos

Ajeno al Modernismo literario, es curioso que se sienta incitado, ante unos versos franceses apoyados en la simple vibración fonética, a darnos un poema -luego otros- cuya única fuerza es la que le confiere la forma junto a lo evocativo de los mismos vocablos. ¿Por qué esa cita tan sometida al ritmo musical y a la evocación fonética? El significante y el significado coinciden en una musicalidad consciente y querida, incluso forzada por la acentuación oxítona francesa del topónimo Almodovar:

*Et tout tremble Irún, Coimbre,
Santander, Almodovar*

(3) Poesías O.C. Tomo VI pg. 176.

*Sitôt qu'on entend le timbre
des cymbales de Bivar ⁽⁴⁾*

Conocida es y proclamada por el mismo Unamuno su falta de
apetencia musical:

algo que no es música es la poesía ⁽⁵⁾

y más explícitamente:

*¿Música? ¡No! No quiero los fantasmas
flotantes e indecisos,
sin esqueleto;*

.....

*La música es reposo y es olvido
todo en ella se funde
fuera del tiempo;
toda finalidad se ahoga en ella,
la voluntad se duerme
falta de peso ⁽⁶⁾*

Y, sin embargo, ¡cuánta musicalidad en la estrofa que motivan los
versos franceses antes citados!

*Avila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Ubeda, Arévalo, Frómista.*

Los topónimos se han elegido previamente. Son todos proparoxítonos,
si exceptuamos *Ciudad Rodrigo*. Pero Unamuno piensa que en la ortología

(4) Vid. poemas. (1º)

(5) Poesías. O.C. Tomo VI pgs. 168-9.

(6) Poesías. O.C. Tomo VI pgs. 281-2.

castellana tiene su importancia el acento secundario: «Como especialista en filología, he pensado bastante en la técnica poética, y me ha chocado el poco juego que en castellano se saca del acento secundario (*perdónate* no es en rigor un esdrújulo, como *lágrima*)»⁽⁷⁾. Pensemos en que en Castellano los nombres compuestos sólo llevan acento principal en la segunda palabra: *Josemaría*, *Muñotello*, *Ciudarrodrigo*, con lo que, en el verso anotado, estamos en libertad para el acento secundario que, o bien recaería sobre la segunda sílaba *-dad*, o bien (viéndonos precisados a ello por la fuerza rítmica del contexto) en la primera *Ciu-*. Y, si se permite esta libertad, tendríamos el esquema perfecto, exacto al de los anteriores versos y al siguiente:




y, en todo caso, sin necesidad de acento secundario:



¿no es también musical? Y libres estos versos de la rima, ¡qué arquitectura tan perfecta! Un logro verdadero del poeta que aconseja:

De escultor, no de sastre, es tu tarea.⁽⁸⁾

Unas líneas antes de hablarnos del acento secundario, Unamuno denuesta la rima: «El consonante me repugna, me parece un artificio de música tamborilesca, de hotentotes o bechuanas... me encanta la melodía dulce y algo monótona de los buenos versos ingleses»⁽⁹⁾. Sin los primores de sastre de la rima, desnuda la forma, con sólo el castellano octosílabo y esos casi pies latinos, casi dáctilos () rubenianos con que aparecen logrados los versos, ¡qué valor no alcanza lo meramente fonético de cada vocablo! Un labrado a cincel, y en la

(7) Selección de cartas. Aguilar. Madrid 1985. Ensayos, Vol. 2º pg. 62.

(8) Poesías. O.C. Tomo VI pg. 169.

(9) Ensayos. Aguilar, Vol. 2º pg. 62

cabecera de los mismos *Avila* y también, luego, *Arévalo*. He aquí dos buenos topónimos:

*Sois nombres de cuerpo entero,
libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraducible
de nuestra lengua española.*

Estos *nómina* -nombres- vienen aquí considerados como valores lingüísticos, no históricos o geográficos. Porque para Unamuno la palabra encierra en sí una metáfora: «La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva» ⁽¹⁰⁾. Es el «especialista en filología» el que canta, y apasionadamente, esta geografía española que ha aprendido a amar recorriéndola; ese «tuétano» que es sustancia de la osamenta peninsular, la que sostiene la intrahistoria del pueblo, en la que la lengua es el elemento fluido de vida:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
su soberano verbo...⁽¹¹⁾.*

En otros poemas, menos logrados tal vez ⁽¹²⁾, incluirá más topónimos abulenses: *Piedrahita del Duque, Barco de Avila, Gredos, Amanzor, el Tormes, el Tiétar*. Son los que llevan los números 26 y 467 de los «poemas y canciones de Hendaya». Pero en estos últimos, el puro valor lingüístico deja paso a la evocación geográfica e histórica de la

(10) *Entorno al casticismo* O.C. Tomo I, pg. 801

(11) *Rosario de Sonetos Líricos*. LXVII. O.C. Tomo VI pg. 375.

(12) Vid. Poemas (2º) y (3º)

península. Escritos en Hendaya, su valor de evocación es mayor y, como «Azorín» quiere («la literatura es un arte de distancias»), mayor valor literario ya que no vital. ¿Acaso no se pagó Unamuno de la gloria literaria? Aunque él no lo quisiera, aunque clamara con una de sus «boutades» contra aquel «Monsieur Unamuno, homme des lettres».

Tiétar, Tormes, Tajo, Duero, estos «mellizos de las dos Castillas» que la «madre Gredos en su dos brazos desparrama y acaricia», funden un país y otro hermanados en geografía y en historia, «cantando en las entrañas de Portugal y España». ¿Con qué busca lo poético don Miguel, en estos versos libres de rima, de ritmo acentual, y casi de medida? Sólo el poder lírico del exilio -forzoso o voluntario-, que viene arrastrándose desde Ovidio a nuestra «España Peregrina», alimenta de realidad poética estos versos. A veces, un logro casi perfecto, donde sólo unos toques sintácticos harían más fluido el pensamiento:

*Oporto, Lisboa, llegan
(A Oporto y Lisboa llegan)
las manos en barro tintas
y en los abismos se pierden
del mar tenebroso; arriba
el sol peregrino a América
(al sol peregrino a América)
le aguarda vana conquista.*

Una rima asonantada le basta aquí, para su intento (*tintas, arriba, conquista*) y dan al ritmo octosilábico un vago valor de melodía. Pero el pensamiento nos llega desnudo, casi en su gestación primera, sin retoques, poderoso en su léxico mostrénco que a Unamuno le gusta hacer propio; inclusive aceptando fórmulas lexicalizadas y lugares comunes (*mar tenebroso*)

2° Ciudades y Villas

Tras los topónimos, mondos y lirondos, la evocación de las ciudades y los pueblos de Avila; la evocación de sus gentes y su historia: Madrigal, Fontiveros, Avila misma.

«Aquí donde el peso de la historia llega a abrumarnos y donde los recuerdos son más que las esperanzas y más fuertes...⁽¹³⁾» (dirá don Miguel a propósito de la novela histórica, y ¿quién duda de que en Avila andamos abrumados de historia y de recuerdos!), aquí, repitamos, donde la historia quedó viva en la piedra y piedra ruinosa por histórica, la poesía era un verdadero riesgo de elegía. Unamuno no la hará, sin embargo.

Véase el nº 407 de los «poemas y canciones de Hendaya»⁽¹⁴⁾. Dificil poema éste, en el que vemos la pluma indecisa ante la variante que impone la métrica y la que impone el espíritu:

La helada y el sol, brasero»

La helada y el sol, el rechinadero...

Sí; un rechinadero es la helada y el sol, no la variante octosilábica y que llega a estamparse como definitiva. Hielo y sol de una Castilla bronca que curte el pecho de sus hijos, que crea esas almas recias, Teresa, Fray Juan, pastores y labriegos.

Fontiveros es evocado en una gran sobriedad. ¡Qué lejos de las «garambainas orfebrescas»!⁽¹⁵⁾

(13) Contra esto y aquello. O.C. Tomo III pg. 621

(14) Vid. Poemas (4º)

(15) Contra esto y aquello. Loc. cit. pg. 627

*Posado entre cielo y nava
donde no canta ni un hilo
de agua...*

y, con todo, no es un buen poema. Hay una gran dureza en el resto del mismo, y un pensamiento lógico, evidente, que le resta poesía. Fray Juan, que sueña y busca el silbo del Señor «del Carmelo en el abismo» (nótese, de paso, la anteposición del complemento preposicional, forma poética ya en desuso en tiempos de Unamuno y que no oculta lo prosaico del verso) es una criatura unamuniana. Los sueños del santo se mencionan al final, dándonos la clave del pensamiento:

*¡Ay telar de Fontiveros,
que tejió sueño infinito!*

Segismundo aconsejaba con una postura castizamente española o unamuniana ⁽¹⁶⁾:

...Soñemos, alma, soñemos.

Pero el sueño de Fray Juan es infinito; trasciende lo castizo por vía mística y escapa de la *lex* y del trabajo, aceptando *los trabajos* que le proporcionará el correr, «tras la perfecta adecuación de lo interno con lo externo, a la fusión perfecta del saber, el sentir y el querer» ⁽¹⁷⁾.

Sólo desde la visión del propio don Miguel acerca de la mística y la casta de España, cobran vida estos versos secos donde no se regatea nada o donde se desprecia todo. Cambiemos en la estrofa tercera la palabra *silbo* por *pito*: ¡Qué maravillosa copla de ciego! (perdóneseme este descenso a lo irreverente; si lo hago, es para comprobar en estos versos la calidad que se nos oculta tras un pensamiento recio y personal).

(16) Entorno al Casticismo. O.C. Tomo I, pg. 807

(17) *ibid.* pg. 840

En otro poema, el 686 también de los «poemas y canciones de Hendaia»,⁽¹⁸⁾ volverá Unamuno sobre Fray Juan de la Cruz. Un poema antologado por Vivanco en 1942 y que lo ha sido posteriormente por otros muchos antólogos: Gerardo Diego, etc. El poema es en todo superior al 407 que antes comentaba.

Desde la perspectiva de la mística, tal como la entendía don Miguel, llegamos a su visión personal del cristianismo, esa agonía de la razón que niega y el corazón que afirma la fe que salva.

San Juan aparece aquí recreado por don Miguel. No ya lo que fue, sino lo que es para Unamuno. El canto de Fray Juan es

para Dios canto de cuna,

porque necesitamos que Dios duerma, que Dios nos siga soñando, para que nuestra *niebla* cobre realidad. Augusto Pérez pensaba para sí: «¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto El despierte, y por eso le rezamos y elevamos a El cánticos e himnos, para adormecerle, para cunar su sueño?»⁽¹⁹⁾.

El verso es final de la penúltima estrofa y prepara, a su vez, la siguiente y última del poema, donde va encerrado el estremecimiento de angustia religiosa o metafísica que recorre la obra de don Miguel:

*Madrecito de esperanza,
nuestra desesperación
gracias a tu canto alcanza
a adormecer la razón.*

Son estos instantes de adormecimiento de la razón, de abandono a ese sueño de Dios que nos da el ser reales y eternos, donde Unamuno encuentra el resuello largo y la paz que reclama su alma.

(18) Vid. Poemas: (5°)

(19) Niebla. O.C. Tomo II pg. 616

La rima consonante, la buena marcha de los versos hacia al final, se sienten más espontáneos en esta última estrofa. La estructura de la misma, ya que no el pensamiento, cómo recuerda aquella otra de Machado:

*Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón* ⁽²⁰⁾

Reparemos en el diminutivo que abre las dos estrofas. Reparemos en los dos versos en rima aguda, con el mismo timbre vocálico en uno y otro poema; notemos también el carácter sentencioso de ambas estrofas, su repliegue a la ideología propia de cada poeta: ¡Cuántas coincidencias y cuánto parecido!

En el poema 405 canta a Madrigal⁽²¹⁾. La dureza del verso es tremenda. Cómo se resisten las palabras al engranaje del poema. Excesivamente conceptual, aunque, no obstante, el aluvión de figuras históricas, las que hicieron la *historia* y las que lograron sedimentar en *intrahistoria*, al fundirse en un ambiente de ruinas de pretéritas glorias,⁽²²⁾ precipita en unos pocos versos finales todo el dolor que por España sentía don Miguel:

*Castilla, Castilla, Castilla,
madriguera de recios hombres;
los castillos muerden el polvo,
Madrigal de las Altas Torres.*

(20) Campos de Castilla. Proverbios y cantares LIII. Poesías completas. Austral 149. Madrid 1974, pg. 168.

(21) Vid. Poemas: (6º)

(22) *En torno al Casticismo*. Passim.

Los dos versos que siguen a estos, perturban los matices logrados en los cuatro recién anotados.

Avila, en cambio, la ciudad, ocupa bastantes páginas de prosa y una de verso a don Miguel. Visita con frecuencia Unamuno la patria de la *monja andante*. Oigámosle comentando *La gloria de don Ramiro*⁽²³⁾: «En el aspecto íntimo del arte, para el que busca sensaciones profundas, para el que tiene el espíritu preparado a recibir la más honda revelación de la historia eterna, os digo que lo mejor de España es Castilla, y en Castilla pocas ciudades, si es que hay alguna, superior a Avila(...) Lo primero que echará de ver en Avila serán sus murallas, aquellas recias murallas, con sus grandes cubos, que la convierten en fortaleza y en convento, y que impidiéndole crecer y ensansancharse por tierra hacia los lados, parece como que la obligan a mirar al cielo. La Catedral misma, aquella su hermosísima Catedral, está adherida orgánicamente a la muralla; su ábside es uno de los cubos o torreones de ésta».

«Leyendo el libro *Las Moradas*, de Santa Teresa de Jesús, al punto se le ocurre pensar a quien haya estado en Avila que todo aquello de los castillos del alma no pudo ocurrírsele a la Santa sino al encanto de la visión de su ciudad nativa.»

«Nunca olvidaré la tarde (...) en que desde uno de los torreones de las murallas de Avila contemplaba la Catedral y la basílica de San Vicente, y cómo sentía entonces henchida mi alma de aliento de eternidad, de jugo permanente de la Historia...»

«...Esa ciudad de Avila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. En ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna; en ella canta nuestra nunca insatisfecha hambre de eternidad».

«Sus murallas parecen clausurarla, cerrándola del mundo».

«Y aquel valle de Amblés, aquel hermosísimo valle de Amblés,

(23) Por tierras de Portugal y España. O.C. Tomo I, pg. 275.

lección de serenidad y de recogimiento a la par, aquel genuino paisaje castellano...»

«Yo he contemplado, y con una cierta mezcla de arrobamiento y de temor, en Avila, desde la muralla, uno de esos jardines adosados a ésta, jardines misteriosos y enjaulados, sumergidos en tenebroso y perfumado silencio. Era al caer de las hojas y al caer de la tarde...»

«No hay, creo, como estas viejas ciudades provincianas, perihenchidas de historia y de poesía íntima, para el que sepa no dejarse ganar de las arteras insinuaciones del trato humano en ellas; no hay como estas ciudades para el que acierte a saber aislarse y gozar de la soledad, yendo de tiempo en tiempo a bañarse en campo libre o a buscar el breve comercio de otras gentes. Para el huésped de poco tiempo es halago».

Asombra cómo ha calado don Miguel en el paisaje y la psicología de Avila. En sus «Andanzas y visiones españolas» volverá a dejar constancia de su amor por la ciudad. Varios capítulos («De vuelta de la cumbre», «Hacia El Escorial», «Frente a Avila», «Paisaje teresiano» y «Extramuros de Avila») insisten en la contemplación de la ciudad o sus villas y serranías; incluso, afirma, «Desde esta Salamanca sigo viendo, cerrados los ojos de la carne, el grave sueño de la berroqueña Avila, de Avila de granito»⁽²⁴⁾.

Es curioso observar cómo en la prosa, al acudir a imágenes con que aclarar su pensamiento, recurre a las metáforas de sus poemas, a veces deshaciéndolas en imágenes, a veces conservándolas intactas. Unamuno se repite con frecuencia. Hay un trasiego de vino recio de los odres en prosa a los versificados. Es otro de los problemas de su poesía que sería necesario estudiar: ¿cuál es antes? «El Cristo yacente de Santa Clara de Palencia» aparece en «Andanzas y visiones españolas» en forma de prosa; sus expresiones son idénticas a las que ofrece en su

(24) Andanzas y Visiones españolas. O.C. Tomo I, pg. 498.

traslado al verso⁽²⁵⁾. Aunque aquí parece ser que la prosa es posterior a la versión poética.

Unos versos de su poema *Avila* -el 451 de «Poemas y canciones de Hundaya»⁽²⁶⁾ están doblados en prosa en el capítulo «Extramuros de Avila» de «Andanzas y visiones españolas».

*Sestea los siglos el toro
berroqueño...*

dice el poema; y la versión en prosa nos aclara: «Un toro de piedra guarda, dentro de Avila, los callados remotos recuerdos de la noche que precedió al alba romana de su historia (...) Los malaventurados, los que, faltos de justicia, no sienten ni hambre ni sed de ella, porque están muertos civilmente, duermen grave sueño de piedra, como el toro de la plazuela de Avila»⁽²⁷⁾.

La piedra rojiblanca del interior de la Catedral aparece así en el poema:

*Tu sede se eriza de almenas
a fuera; por dentro, en el ábside
la sangre cuajó en los sillares...*

y en «Extramuros de Avila»: «Cincha a la ciudad el redondo espinazo de sus murallas, rosario de cubos almenados, y como un cráneo, una calavera viva -la gloria mayor del rosario-, en lo alto la fábrica de la catedral, cuyo ábside cobija recovecos de misterio interior, allí, entre las bermejas columnas»⁽²⁸⁾.

(25) Ibidem. pg. 485.

(26) Vid. Poemas, (7º)

(27) Andanzas y visiones españolas. O.C. Tomo I, pg. 499.

(28) ibidem, pg. 498.

El poema *Avila* es posterior a las visiones, fijas en su retina aun en los años de destierro. Han cobrado un perfil más escueto, no tienen el jugo de lo cercano, como las visiones en prosa; son ya recuerdo, si bien vivo, sustancia de la memoria o los sueños:

*Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo*⁽²⁹⁾

nos dirá don Miguel en otro poema. Habla en el que comentamos dando por conocidas las cosas, suponiéndonos sabedores de sus andanzas:

*La sangre cuajó en los sillares
la luz en visiones de tarde*

de aquellas tardes que él todavía recuerda, acercándose a Avila por la carretera de Salamanca, cuando -anota- «se nos apareció encendida por el rojo fulgor del ocaso del sol, que abermejaba sus murallas, en una rotura de un día aborascado»⁽³⁰⁾. (¿Era un día aborascado, o sobrepone a la visión real la pictórica de Zuloaga? En Avila son más frecuentes los días claros).

Los versos eneasílabos, con sus quiebras acentuales típicas en Unamuno, riman en asonante los pares. El léxico bronco, castellano, se exhibe con orgullo: *recia, torreones, eriza, cuajó, sesteá, berroqueño, trashumantes rudos rabadanes celtíberos, cañada, la mesta, hueso de la patria más grande, nodriza, tuétano, fuerte leche*. En las variantes podemos observar repetida tres veces la palabra *gigante*, que desaparece en la versión definitiva. Algún encabalgamiento (versos 10 al 11) acentúa la rudeza de los vocablos. Castilla vibra aquí bronca y desnuda, elemental y pura, con una soterrada ternura rayana en la querencia. «¡Ancha es

(29) Cancionero. 828- O.C. Tomo VI, pg. 1188.

(30) Andanzas y visiones españolas. pg. 490

Castilla! y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo»⁽³¹⁾.

y 3º

El ara gigante

El mismo problema de doblaje en prosa existe respecto al poema «En Gredos», que Unamuno publicó con esta nota: «Escribí esta poesía en agosto de 1911, al bajar de Gredos, a donde había subido con mi fraternal amigo Marcelino Cagigal, compañero de otra de mis andanzas por tierras castellanas y leonesas, y con mi otro amigo Eudoxio de Castro. Lo de Sirio es una licencia poética, ya que en el mes de agosto no se le ve en nuestras latitudes ni aun desde Gredos», ⁽³²⁾.

Al bajar de Gredos y en las mismas fechas, escribe la versión en prosa «De vuelta de la cumbre», donde hay mayor cantidad de datos sobre los tres días y dos noches en que acampa a «dos mil quinientos metros de altura sobre la tierra y bajo el cielo», ⁽³³⁾. La versión poética, publicada por primera vez en «Los lunes de *El Imparcial*», recoge lo que no debió de decir a sus amigos de excursión de aquellos días. Era en agosto y don Miguel tiene casi cumplidos cuarenta y siete años. Los que hemos escalado varias veces el Almanzor, sabemos bien las piernas que hacen falta. Unamuno nos dice: «he trepado el montón de piedras que sustenta el risco Almanzor; he descansado al pie de un ventisquero contemplando el imponente espectáculo del anfiteatro que

(31) En torno al casticismo- O.C. Tomo I, pg. 809.

(32) Vid. Poemas. (8º).

(33) *Andanzas y visiones españolas*. O.C. Tomo I, pg. 350.

ciñe a la laguna grande de Gredos, y viendo el Ameal de Pablo levantarse como el ara gigante de Castilla...». Los ventisqueros, si los hay en agosto, quedan en la falda del Almanzor, alimentan el Charco de la Esmeralda al que Unamuno alude tal vez en el poema. Desde allí el pico más alto es el Ameal de Pablo, pero sólo en apariencia. De haber subido al Almanzor, don Miguel hubiera comparado las alturas reales y hubiese sido éste, y no el Ameal, el *ara de Castilla*. Don Miguel no escaló el Almanzor. Estuvo en la laguna, habló con los pastores que le pedían periódicos atrasados, y tal vez no fueran pastores, sino guías de monte. Es curioso el incidente acerca del atentado contra la vida de Maura que el guía o pastor había leído en un periódico viejo dando por muerto al político; «¡Feliz mortal! -comenta don Miguel- Habría de estallar una revolución a sus pies sin que él se enterase».

Unamuno se ha desnudado del *decorum*, se ha puesto «el alma en mangas de camisa», se ha recreado «charlando con cabreros, mendigos, gañanes y toda laya de gente sencilla y a la buena de Dios». «El decoro es la seriedad de los que están vacíos por dentro». Se ha dispuesto a vivir «vida libre», a aprender una gran lección de la cumbre que es «enseñarnos a pasarnos sin comodidades». «Allí arriba hay que comer poco y frío, y mojarlo en agua, con agua cristalina de deshielo de los ventisqueros».

Quitemos el último resto de *decorum* que va en estas palabras: la excursión debió de ser formidable; el pan se les ha puesto duro, hay que mojarlo en agua; las provisiones son escasas, hay que comer poco; hace calor, pues han soportado ya dos noches, y no solamente el alma, sino el cuerpo debe estar en mangas de camisa.

Del ara de Castilla había hablado ya en 1907 en su poema *Castilla*. Ahora lo siente vivo: es el Ameal de Pablo; lo ve gigantesco, sentado Unamuno en la falda del otro pico aún más alto, el Almanzor, al que no subió, ya está claro.

*¡Ara gigante, tierra castellana,
a ese tu aire soltaré mis cantos*⁽³⁴⁾

y al bajar de este ara, escribirá su poema, soltará sus cantos que pacerán tranquilos en la longura de las hojas del *Imparcial*. Valió la pena aquel pan duro, reseco por el viento de las cimas. Aquí están sus versos con palabras también resacas, de nuevo puestas en primer plano: *rocoso, gigantesco, huelgo, roca, tierra, lumbré, ceñir, escalda, podedumbre, entraña, corazón desnudo, pétrea, piélago, brumas, parameras, buitres, embuste, entierro, mancilla, patria ermitaña, sudarios, zahorra, escurraja, herrumbre, sino, esperanza, martirio, sueño, reposo, inmensidad*. ¡Todo don Miguel! en piedra y sueño, en verdad y mentira, en muerte y gozo, en martirio y eternidad. Su amor por los sonidos fuertes de la lengua: la vibrante múltiple, la interdental sorda, la velar sorda y fricativa, los grupos *tr, br, ña*.

Intentemos abrir un poco el paso entre la maraña y aluvión de ideas que se nos viene encima: De los versos 1 al 14, no descripción, sino situación del poeta: «solo aquí con mi España». No Gredos sólo. España de ensueño y de garnito. «La mía, la mía, sí», apasionadamente defendida, cantada, sentida en roca viva, en virgen nieve, en altura, en «anhelos de la eterna visión».

Del 15 al 20, oposición *historia / vida, brumas de falsa gloria / lumbré, España inmortal*. Oposición que volverá de nuevo en los versos 46 al 59, donde la idea va aclarándose, tomando cuerpo, repitiendo el motivo que se cruza sin fin con el otro ya apuntado. Del 46 al 59, repito, *conquista del Dorado / entierro en Yuste, hastío de la gloria vana / búsqueda de lo eterno*.

Del 21 al 30, nuevo motivo, apenas apuntado al comienzo, el sol, la primavera breve de Castilla -recordemos a A. Machado evocando a

(34) *Poesías*. O.C. Tomo VI, pg. 176

Soria y a Leonor desde Baeza-, las cumbres nevadas, España otra vez como un templo grandioso. La orquestación crece. Tocamos un punto tremendamente unamuniano: el Dios español.

Del 30 al 38, desarrollo del primer movimiento: España en roca viva, templo, corazón desnudo, cercanía del cielo, búsqueda de lo eterno, el sol cercano.

La melodía decrece hasta el verso 59. Aire andante, meditativo, alusión evangélica, camino de la mística: San Juan de la Cruz, ascesis y mística (escalada, soledad, reino en lo profundo de lo azul). La meditación se alarga en consideraciones históricas e intrahistóricas. Una visión de nuestra obra en ultramar muy 98; una visión no privativa de Unamuno, los regeneracionistas, Ganivet, tal vez «Azorín», sentirían algo parecido:

*Aquel vuelo de buitres fue la historia,
tu pesadilla,
y este entierro imperial fue la victoria
sin mancilla...*

Enterrada en Yuste la gloria vana, surge al aire libre una España desnuda; de los versos 60 al 69, de nuevo España. Las ideas se enlazan, se entrecruzan, renace otra vez la sombra del fracaso histórico: No importa.

Versos 70 al 72, breve reflexión en la que aparece otra criatura unamuniana: la historia es corta

pasa, y la muerte es larga.

Nos sorprende este verso; nos llena de temor inesperado esta presencia de la muerte. Vuelven los versos hasta el 96 a extenderse en motivaciones ya apuntadas: paisaje exterior (Charco de la Esmeralda, estrellas en la noche, sudario de nieves), implicaciones internas (soledades, ensueño), toques místicos (transverberaciones, el rayo del Señor, flecha de

fuego). La muerte antes mencionada, se hace casi presente en el verso 79:

De los sudarios que a tu frente envuelven...

y sólo las estrellas hacen nacer la esperanza (verso 91); terrible esperanza del reposo final (verso 93). La angustia unamuniana llega como sudor (aún resuena el verso 79), sudor que brota

bajo el yugo sin fin del infinito (verso 95).

Todo gira en una mudanza eterna paridora de esperanza, de sed de eternidad.

Del verso 97 hasta el 124, ya final, los motivos se reúnen, llegan al extremo. El poema se orquesta wagnerianamente, confusamente, mezclando lo místico con lo intracastizo, lo cristiano con lo unamuniano, lo patrio con lo eterno, lo atrevido en metáforas casi panteístas con lo ególatra: ¡YO! He aquí la palabra final. La noche envuelve todo. Sirio brilla como una presencia viva de lo eterno; el regazo de la sierra mantiene a don Miguel, lo exalta.

aquí, entre vosotros, aquí me siento yo!.

Releamos ahora el poema. Tratemos de que nos cace en su enredijo sabio. Abandonémonos a la música de las ideas. Olvidemos la dureza de algunos versos, la sintaxis retorcida de pasión. Apoyémonos en otras lecturas de don Miguel, y habremos sentido el poema.

Quiero cerrar estas reflexiones recordando la presencia de Gredos en la vida de Unamuno. Ya en el destierro, Gredos sigue vivo en su visión de entonces:

No, no es Gredos aquella cordillera;⁽³⁵⁾

(35) Vid Poemas (9°).

¿cuál?: unas nubes en lejanía, nubes azulencas, como la sierra en un día brumoso. Pero esto no es Gredos, lo recuerda acaso:

*Gredos que en la robusta primavera
de mi vida llenó de mi alma el vaso
con visiones de gloria.*

Aquel ¡yo! como un grito final de éxtasis juvenil o maduro ya (47 años), en una noche limpia en la laguna de Gredos.

Actitud meditativa junto al mar, entregado al recuerdo:

*Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo⁽³⁹⁾,*

y uno de los recuerdos más vivos será su andanza por Gredos:

*¡Aquel silencio de la inmoble roca
llena de gesto de cordial desnudo!*

y el Almanzor como un índice que impusiera silencio, posado ante la boca enorme de aquel circo de montañas, donde el cielo se rasga abriéndose a lo eterno.

Madrid, 1966.

(39) Vid. nota. 29.

LÁZARO de TORMES Y TERESA de JESÚS

Lázaro es, junto con Santa Teresa, una de las voces que más claramente se han alzado contra el concepto de honra que va cuajando en España a partir del siglo XVI.

Se suele insistir en que el *tratado tercero* -«De cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él»- es la culminación del tema del hambre viva que recorre los tres primeros tratados. Pero lo que -creo- no se pone de relieve es que, detrás de la anécdota del hambre, está la tremenda denuncia de la honra, a la que Lázaro llama negra. Y esa *negra honra* es la causante de esa *hambre viva*.

El escudero ha llegado a Toledo antes que Lázaro y por distintos motivos. Aquí vino desde Valladolid por cuestiones de honra que Lázaro no entendía: «Eres muchacho y no sientes las cosas de la honra en que hoy día está todo el caudal de los hombres de bien». Como hidalgo posee una casa solariega (hidalgo de solar conocido es tanto como de noble linaje o limpia sangre, que leemos en Rojas o en Cervantes), y la ironía del anónimo autor de Lázaro señala: «Mayormente que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas que, a estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra». Lázaro se da cuenta pronto de que su amo no es conocido en la ciudad; su pobreza es tan patente que produce lástima,

pero -afirma el criado- «quisiera yo que no tuviera tanta presunción; mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad». Mas le parece que se trata de una *regla* guardada entre tales hidalgos y casi una enfermedad irremediable, «que ya con este mal han de morir».

Archisabido es cómo la necesidad le obliga a compartir el pan pordioseado por su criado; es una humillación para su condición de hidalgo; consiente a Lázaro que pida limosna, pero añade: «solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra». Y hay un momento en que el autor pone en boca de Lázaro unas sutiles exclamaciones donde, quizá por vez primera (estamos en 1554), se evidencia el carácter nada evangélico de esta pobreza engendrada en el sentimiento de la honra: «¡Bendito seáis vos, Señor, que dais la enfermedad y ponéis el remedio! ...¡Grandes secretos son, Señor, los que Vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentilhomme se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podría pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y la cara, a falta de paño de manos se hacía servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechara. ¡Oh Señor, y cuántos de aquestos debéis Vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por Vos no sufrirían!».

Siempre me ha impresionado, en estas exclamaciones, su cercanía al estilo teresiano. El hacer coincidir R.J. Sender en su tercer novela teresiana -«En la misa de Fray Hernando»- a Lázaro con Teresa de Jesús, es un simple recurso literario: Lázaro entrega a Teresa una carta de la Eboli; -«¡Dios me valga! ¿No sois vos Lázaro, el de Tormes, que de muy mancebo echabais las bulas en Zamora?»- exclama la monja vieja que acompaña en dicho relato a Teresa. Y no más, allí. ¿Se podría ir más lejos de las proximidades en años y lenguaje que acercan a nuestros dos clásicos? También Teresa tenía un palomar en Gotarrendura

-coincidencia anecdótica de nuevo- como el hidalgo en aquella costanilla de Valladolid; y ella que habría jugado de niña en el palomar de Gotarrendura, llamaría luego con ese mismo nombre a sus fundaciones. Y hay otra curiosa coincidencia; escribe Teresa en *Meditaciones sobre los Cantares*: «Predica uno un sermón con intento de aprovechar las almas; mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleve alguna pretensión de contentar u por ganar honra u crédito, u que si está puesto a llevar alguna calonjía por predicar bien». Y el autor de Lázaro, en su prólogo, lleva el *honor* romano de Tulio a la *honra* castellana del momento: «La honra cría las artes»; y comenta: «Predica muy bien el presentado y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: ¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!».

Creo que hay más; una llamada a un cristianismo interior acerca más o menos a los dos autores. Teresa de Jesús también clama contra la negra que llaman honra, pero habría que considerar algún elemento nuevo: «¿Cómo sería el cristianismo íntimo de ciertos conversos? -se pregunta Américo Castro en *La Edad Conflictiva*- ¿Cómo se entrelazarían en su alma los hábitos ancestrales con nuevas formas de fe que, de antemano, no deben tacharse de insinceras?». Vaya por delante que Teresa no es conversa, y como Castro afirma, «ni Santa Teresa ni Cervantes tenían nada de judíos, aunque lo hubiera sido algún ascendiente suyo»; mucho menos se trata de racismo en el sentido actual de la palabra; quede esto claro. Pero el concepto de honra en España no tiene nada de aristotélico: «galardón concedido a los buenos por su virtud». Honra llega a ser para el español del siglo de oro tanto como limpieza de sangre, como pertenencia a la clase social dominante; las genealogías terminan siempre en las Asturias de Santillana. Incluso el labriego de la comedia lopesca se siente honrado, y *Peribáñez* dirá:

*Yo soy un hombre
aunque de villana casta,*

*limpio de sangre, y jamás
de hebrea o mora manchada.*

(he elegido este texto entre los múltiples que aduce A. Castro, por parecerme evidente por sí mismo). «El sentimiento de la honra, de la limpieza de sangre y del ansia de hidalguía necesitan, para ser entendidos, tener bien presente la totalidad de la estructura y del funcionamiento de la vida española», afirma don Américo. Reléanse ahora bajo esta perspectiva los textos anteriores del Lazarillo, y cobrarán nueva luz.

En Teresa de Jesús estamos aún lejos de la comedia lopesca del villano honrado, y lo que ella ha observado es que la honra y el dinero andan juntos: «Tengo para mí, que honras y dineros casi siempre andan juntos, y que quien quiere honra, no aborrece dineros; y que quien los aborrece, que se le da poco de honra». De aquí que afirme, en *Camino de Perfección* también, como remedio contra la honra, la prevalencia de la pobreza: «la verdadera pobreza trae una honra consigo, que no hay quien la sufra»; y con buen humor dirá a su hermano Lorenzo, en Quito, que han llegado los dineros «a buen tiempo», sobre todo para «una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada». Seguramente habría que señalar aquí la voluntaria «llaneza en el hablar», cuando recomendaba «que lleve más estilo de ermitaños... que no ir tomando vocablos de novedades».

Cuando en las *Fundaciones*, en una digresión características de su estilo, habla de «estados y mayorazgos y riqueza», exclama: «Cosa es de gran lástima que está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece a los padres que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes de este mundo». Y avisa más adelante: «¡Oh gente ilustre: abrid por el amor de Dios los ojos...! ¿Pensáis por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros?». (¿Quién es esa gente *ilustre*? -nos preguntamos- ¿Los preocupados por el ansia de hidalguía, por su limpia honra y la memoria del estiércol de la riqueza?).

Unas líneas más arriba de asentar el binomio honra-dineros, se llena no sé si de indignación contra los poderosos, o de alegría por estar a salvo de ellos en la pobreza (nada tiene que perder): «¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantito se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre?». Uno se pregunta cómo una mujer de tanta libertad de espíritu pudo ser asimilada por el barroco triunfalista y encajada dentro de su *establishment*, sin escrúpulo alguno.

Hay un texto en el que la palabra honra vuelve a aparecer con un temblor o miedo nuevo, el de si pudiera colarse dentro de sus palomarcitos. El códice de El Escorial de *Camino de Perfección* ha hecho desaparecer tal palabra, y da lugar a una interpretación, creo, manca o falseada, como aviso contra la maledicencia, o celotipia, o rivalidad de unas con otras. Pero el códice de Valladolid inserta la palabra que hace temblar a Teresa: *honra*, «que parece que se me huela la sangre cuando esto escribo de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo que es el principal mal de los monasterios»; luego subraya patéticamente: «¡Oh, que es gran mal!».

Las dotes de observación de Teresa han ido depositando en su memoria elementos no librescos, sino vivos, que se trasmutan en imágenes literarias. al constatar en el *Libro de su vida* que «en cosas de honra...no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están» (nótese el cambio de persona en los verbos usados), añade: «créame...que es una cadena que no hay lima que la quiebre»...«es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace». «Pues créanme, crean a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas»... «es como en el canto de órgano, que un punto u compás que se yerre, disuena toda la música». Cadena, ligadura, oruga, árbol que no medra, nota

discordante en el canto, y, casi al final, unas arenitas que ella ha observado en las fuentes de manantial somero, donde el diminuto borbollón de agua arrastra la tierrecilla de donde mana: «¡Oh, Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades y contar unas arenitas, que aun no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aún el agua debajo de estas arenas de vuestra gracia que las hiciese levantar».

El autor anónimo de Lázaro y la voz recia de Teresa, a las que habría que unir las de Malón de Chaide, Juan de Avila, los dos Luises y Cervantes y tantos más, ¿cómo fueron desoídas? Lázaro no volvió a editarse completo y sin mutilaciones hasta el XIX; Teresa fue absorbida por una religiosidad milagrera que puso en primer término sus revelaciones y éxtasis. Sus palabras aún hoy valederas han quedado para esos pocos que las buscan en sus obras.

setiembre del 82.

ARENAS, ese verde y delicioso rincón.

¿Cuánto tiempo estuve pidiendo auto-stop aquella mañanita? No sé. Avergonzado ya, cansado de mostrar mi pulgar como emperador romano en el circo, si bien en dirección distinta, apareció un renault con un rostro sonriente al volante. Saltó la carcajada. No sólo me avergüenzan -pensé-, sino que ríen como cínicos.

- Pero ¿eres tú?, -dijo frenando inesperadamente, y me tendió la mano.
- ¡Qué alegría, chico!.

Hacía tiempo que no veía a Paco. Me acomodé a su lado. Iba a Candeleda.

- Estupendo -dije-, yo me quedo en Arenas.

Había él estudiado allí. Recordaba el caserón que fue palacio, su traza noble en portalones y escaleras. Charlaba animadamente.

- No has cambiado nada, -le dije-. Y me lo agradecía como si le hubiera dicho: «No has envejecido».

Yo no estudié en Arenas. Sabía que aquel caserón del siglo XVIII lo mandó construir el Infante Luis Antonio según traza carlotercista e ilustrada. Nunca acabado, y por ello no solemne del todo, aunque noble, dominando la ciudad, aquellas paredes han guardado las risas y correteos, escaleras arriba, escaleras abajo, de tantos sacerdotes de hoy en la Provincia ¡Añorar la vieja casa!.

La vez primera que visité Arenas de San Pedro tenía yo 18 años. A lo lejos, desde el autocar vi el palacio airoso, recortado en lo alto. He vuelto luego en moto, en seiscientos, muchas veces, en auto-stop ahora. Bajábamos las curvas del Puerto el Pico. Para Paco todo era

familiar. Allí había recuerdos de todos y cada uno de sus años de muchacho.

- Aquí están tus mocedades,- le dije.

Esperaba que aquellos castaños, eucaliptos, olivos, pinos, despertaran su memoria y las anécdotas vinieran a la cháchara por centenares. Pero Paco calló. Lo que amamos -pensé- se revive hacia dentro. Y en el silencio, bajo el sol definidor de todos los contornos, elevaban su canto las cigarras. Un maravilloso chirriar que ciega el horizonte y lo hace tangible. Nunca he podido imaginar este delicioso Barranco de las Cinco Villas sin el sonar de las cigarras. Algún águila planeaba sobre el azul luminoso.

- ¿Las oyes? En mi pueblo se las llama chicharras.

- Es mejor que cigarras. El chi-chi te recuerda su canto. Si esto es un canto.

Y lo era. Implacable, creciente, interminable. Aplastadas por el sol y las cigarras, estas villas se defienden con tejados increíbles, balcones y saledizos de madera. Colorido y tipismo que armoniza con tantas piedras donde ronda la historia de una hora difícil de poderosos señores. El castillo de Monbeltrán; Don Beltrán, dueño absoluto de este paso natural hacia Castilla que es el puerto del que ya habíamos descendido..

Pinos, pinos y sonar de aguas y vuelos de pájaros y ocultas, escondidas -¿dónde estarán?- tantas cigarras que cantan, cantan cantan.

- Estamos en la Andalucía de Avila ¿No es así? -me dijo, volviendo a la charla.

- Pero no por los cultivos y el clima, creo yo. Y le expliqué -con mi temor de parecer pedante- que es el habla, ya matizado de yeísmos y ciertos toques de la Extremadura cercana, lo que le presta el nombre.

- Ah, no. Y el color -me dijo- y los toros y la alegría. Porque Arenas es alegre.

- Y no lo niego, hombre. Aquí ya no estamos en la Castilla severa, horizontal.

Esto es nuevo a cada vuelta del camino.

Arenas apareció al salir de la pinareda. Había flores rojas de verbena y enredaderas flanqueando el asfalto, y no tapias de piedra. Paramos a la entrada. Un café y un pitillo. La charla no cesó.

- Sí; yo subí a los Galayos una mañanita de abril con un grupo de chicos. Ya sabes que me gustaba la montaña. Volvimos por Guisando. Qué bellos pueblos. Y nos bañamos en Charco Verde. Es una buena piscina con un agua excelente.

- Esto es delicioso, -dijo.

Y ya no había prisa por llegar a Candeleda. Recorrimos la calle larga hasta el castillo. ¡Ah, Doña Juana de Benavente Pimentel, la viuda, esa triste condesa!...

- ¿Pero no era el castillo de Rui López Dávalos? Y a este condestable le fue mal con Don Alvaro.

- ¿Qué más da? Es más hermoso así, con su yedra y su verdín al sombrero.

- Ahí, junto al río, cené una noche unas truchas escabechadas exquisitas. ¿Bajamos?

Casi todas las mesas estaban ocupadas. Hay mucho madrileño -observé-; veraneantes. ¿No hay truchas?. Después de unas carillas bien aderezadas, cochinillo frito y vino de la tierra, buenos serán los higos, uvas o melones.

A Ramacastañas llegamos por la tarde. Allí me despedí de Paco. Se había rejuvenecido la amistad. Cargué con mi pequeña mochila y tomé camino hasta las Cuevas. Las conocía ya. No se sospecha tanta belleza soterrada en este altozano igual en todo a otros cerros. Romperropas es un buen nombre, mejor que el águila. Tengo predilección por estos nombres humildes que el pueblo aceptó desde siempre; además, el cerro del Aguila está aún lejos de las cuevas. «Cuevas de Romperropas». Se tiene al salir de ellas la impresión de haberte alejado de este mundo. Y aunque te digan que aquello parece una virgen (y la Virgen del Pilar de Arenas es patrona de esta tierra) la imaginación vaga libre sobre estalactitas y estalagmitas, como sobre los lienzos de Kandinsky.

De regreso, el ánimo a propósito, visité el Santuario de San Pedro de Alcántara. La capilla, réplica de la del Palacio Real de Madrid, no me sedujo tanto como los recuerdos humildes de aquel asceta «hecho de raíces de árboles», en decir de Sta. Teresa. En un paisaje verde, lujuriante, en un clima de suaves inviernos y veranos encalmados, secos, la presencia de este hombre de fe, penitente y humilde, es una paradoja que nos acerca a la sencillez del Evangelio. Me siento en unas piedras. Atardece. Saco de mi mochila el libro de la Vida de Teresa de Jesús para evocar a Fray Pedro y tropiezo, unas líneas antes del retrato del santo, con unas palabras urgentes desde siempre: «con honras vanas pensamos remedar (a Jesucristo). No lleva camino; errado, errado va el camino; nunca llegaremos allá».

Setiembre, 1973.

EL PESO DE LA HISTORIA

La tarde calurosa había dejado un rojizo resol en el poniente que, ya anocheciendo, se teñía de violeta al otro lado de Madrigal de las Altas Torres. La imagen de la Villa se recortaba plumiza, sin volumen, plana y erguida, sobre este fondo de cambiante color. Recordaba los dibujos de Felipe Doyagüez, siempre silueteados, cuya técnica parecía haber aprendido contemplando su pueblo, y, un poco más cargados de color, pero siempre planos, los esquemáticos trazos de Domingo Emilio. Veía la tierra horizontal, el cielo horizontal y levemente unido al polvo por las torres del pueblo que yacía en su sueño gris y azulado descansando del peso de su nombre.

Lo había comprobado otra vez, cuando viví cuatro meses en el viejo convento de agustinas, donde naciera Isabel, la reina: A Madrigal le pesaba su historia, no podía sostener el recuerdo. Eran los años de la estabilización económica y la agricultura se resentía. Se trabajaba sin tregua aquel verano en que apareció la primera cosechadora y los obreros comenzaron a emigrar en mayor número a Francia, a Barcelona o Alemania como temporeros. Algunos muchachos sin oficio holgaban bajo los pórticos del Cristo, o en el Pradillo, tendidos en la hierba. Cuando yo bajaba por la calle empedrada del Tostado, tomaba a veces un rodeo para ver la fachada de la casa de Tata Vasco. Bajaba con los ojos cargados de historia y sorprendía en su ocio a los muchachos. Las camisas de color destacaban sobre la hierba, junto a un fondo de pasadas glorias, y, un tanto lejano, a contraluz, podían verse las ruinas del convento en que murió Fray Luis. Desde mi balcón veía una puerta

de las murallas: la cal había cedido durante tantos siglos al agua y al sol que de una manera extraña se erguían casi sin base las estructuras de ladrillo. Más o menos, así debió contemplarlo aquel andariego de Salamanca del que yo repetía sus versos:

*Tus murallas muerden el polvo,
Madrigal de las Altas Torres.*

Pero en la noche paseábamos en la plaza junto a la fachada de San Nicolás. Muchachos, muchachas, estudiantes, braceros y chiquillos, íbamos y veníamos en charla alegre. Nadie pensaba en nada. La tierra llana daba esa horizontalidad a la vida, también si relieve, como la silueta del pueblo. Y el grupo de estudiantes en vacaciones se reunía en la bodega de uno de ellos, quizá también buscando un olvido de todo y esa llaneza en el trato que manaba de no sé qué sustancia secreta del paisaje. Se decoró absurdamente la bodega y, para festejar al amor, se escribió un aviso grande a la entrada:

Obradas son amores.

Por el Cristo, las calles desbordaban de gente. Se cantaba y corría en pandas alegres. Alguno llevaba tres días sin dormir. Me veía pasar y me gritaba:

-¡Eh! ¡Al toro, al toro!

Y las muchachas bajaban a la plaza con un cesto y acosaban al choto, haciendo fuerza todas en fila contra el bicho, que enredaba sus pitones en las mimbres del canasto. Todos habían vuelto a Madrigal, desde Madrid, Alemania, Barcelona, Francia, Suiza... atraídos por el gallo de la veleta de la torre. Luisito el de Pozaldez cantaba sus copillas por un duro y brincaba al final en un esfuerzo por elevar su estatura al nivel de la gente, y sus bolsillos resonaban a calderilla como platillos diminutos que acompañaran su melodía cómica. Y nos poníamos serios al estrechar su mano después de los brincos, cuando el cansancio le subía

hasta la boca, abierta en una sonrisa de piedad sin malicia.

Parecía un esfuerzo por olvidar. Recordé una frase de «Azorín» en algún periódico: «Para crear, es necesario olvidar». Y tal vez todo fuese un afán de crear una vida joven, pujante, a la que un día el pasado no avergüence ni pese, porque lograron salvar la sustancia de la tradición sin perderse en un recuerdo vago y añorante, sin vivir de las rentas de la gloria de otros, aunque nuestros, aunque queridos.

El gris del cielo oscurecía mientras nos acercábamos a Madrigal y ya las luces se adivinaban en la penumbra, titilantes. En pocos años las cosas han cambiado un tanto en Madrigal. El «boom» turístico que nos rodea ha hecho reconstruir algunos cubos y puertas de la muralla. La cal nueva, blanquísima, junto al rosa del ladrillo nos hace pensar en el nombre primitivo de la villa: Madrigal de las Albas Torres. Albas, sí. Blancas de cal y de esperanza puesta en marcha cada año, cuando El Cristo llegue, y se haga carta blanca de todo, o liquidación de energías por fin de temporada.

Agosto de 1966.

LANGA Y SU OLMA

Los pueblos han evolucionado tanto en estos años, que les habría hecho falta un poco de inteligencia para asimilar el cambio.

De pequeño, en vacaciones, yo llegaba a mi pueblo y conocía todos los ruidos de la noche. El resoplido de las mulas en el corral, comiendo cebada verde. Las ranas croando en las lagunas cercanas de los prados de Narros, de la Fuente, del Juncal. Los perros que se avisaban unos a otros ladrando bajo la luna. Los gallos a media noche. El llanto del chiquillo de un vecino. La conversación a voz en grito de algún que otro trasnochador bebido. Y algo tan misterioso como el machacar el ajo de la cigüeña sobre la olma.

Después han llegado los ruidos mecánicos. La civilización de los televisores a todo volumen. Los altavoces del baile entonando la «piccolissima serenata»; los twists de Johnny Holliday que las mozas bailan dando pequeños brincos y haciendo así con los brazos, porque no lo saben suelto, como en las capitales. Los tractores, con un popó de explosiones en su gordo tubo de escape, pequeña chimenea de las industrias del campo.

De mañana, uno siente un olor a gasoil que envuelve el amanecer húmedo de pequeñas fumatas, y de aires nuevos, mecanizados, que ensordecen lo viejo, tan natural, lo pobre. Así que cuando ayer se cayó una rama más de la olma, que era como el símbolo de todo lo que de viejo queda en el pueblo, sentí junto a la nostalgia de su verdor desaparecido, el impulso de gritar: ¡Cuidado! No se corte también nuestra historia.

-Lo viejo se acaba -dice la olma cansada y rota-. Bastante tiempo he cobijado vuestras charlas a la salida de misa en los domingos de verano. Podría contaros la historia entera de este pueblo. Cuando yo haya desaparecido, quedará aún entre vosotros como una leyenda. Tal vez plantéis otra olma donde yo estuve, crecida y fuerte, y entonces comenzará ella a escuchar vuestras nuevas charlas, y de las raíces subirá mi vieja leyenda a unirse con la vuestra, siendo una larga historia que aprenderéis desde muchachos. Y en la rama más alta, por la noche, machacará su ajo la cigüeña.

Setiembre, 63.

II

NOTAS Y LECTURAS



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

ENTREVISTA CON LA MADRE TERESA DE JESUS.

Uno de los libros diáfanos, serios, que se han escrito con motivo del IV centenario teresiano es este humilde y periodístico diálogo entre Teresa de Jesús y José López Rubio, y que ha editado la BAC, como un manualito de 120 páginas. López Rubio es hombre de teatro y ha sabido comprender que Teresa de Jesús es un personaje negado para las tablas. Su intimidad es lo que importa. Lo de andariega es accesorio. Se ocultaba Teresa a los ojos de este mundo. Ni siquiera Fray Luis, su editor, la conocía personalmente. Bastaría recordar los fracasos teatrales con la figura de la santa de Avila, desde Lope hasta Marquina, para dar la razón a López Rubio que, dejando todo intento teatral, ha querido sorprender la personalidad de Teresa recurriendo a un simple ardid periodístico; una entrevista en el convento de San José de Avila el año antes de su muerte. (Otro tanto había hecho antes, para descubrir los entresijos humanos de un rey distante y severo, Felipe II).

Para lograrlo, López Rubio ha acotado fragmentos de las cartas y escritos de la monja abulense con los que ella misma responde al largo interrogatorio sobre su vida y hacienda. De este modo el lenguaje teresiano se torna vivo y fresco, como recién pronunciado por su autora. Ha bastado sólo modificar ciertas grafías y elaborar las citas en una secuencia biográfica y anecdótica. El peligro está en la extrapolación de las mismas citas. Un asiduo lector de Teresa de Jesús notará la diferencia de contexto en que las palabras se actualizan ahora. Pero el respeto por la figura entrevistada permite al autor no faltar a la verdad en lo sustancial. La entrevista va precedida de una puesta en escena:

viaje a Avila, convento de San José, locutorio donde tendrá lugar el encuentro con Teresa de Jesús. Un epílogo -Calvario, Transito, Gloria-cierra certeramente la presentación global del personaje.

López Rubio, a sus setenta y nueve años, ha estado en Avila con motivo del centenario. Su presencia sencilla, recién conseguida la silla en la Real Academia de la Lengua, en nada fue ostentosa. Era un peregrino más entre los muchos que por Avila pasaron. Se le agradeció esta sencillez teresiana. Desconocíamos su saber sobre Teresa y su frecuencia de lector de la misma.

Marzo, 83

IGLESIAS ROMÁNICAS

Un estudio del románico abulense, debe contar, desde ahora, con el magnífico trabajo de José Luis Gutiérrez Robledo, recién publicado por la Obra Cultural de la Caja General de Ahorros de Avila.

Iglesias Románicas de la ciudad de Avila es el título completo, porque no se trata del románico de la diócesis en su totalidad, sino, como puntualmente se precisa, de sólo la ciudad. Ni siquiera se analiza la Catedral, que el autor incluye dentro del *protogótico*, a la vista de los estudios de Azcárate Ristori y Rodríguez Almeida. De aquí la precisión del título «iglesias románicas». Precisión y rigor en el análisis, que no merma el carácter divulgativo, que se pretende con la publicación.

Para un profano en arte, bastarían las abundantes ilustraciones, planos, alzados, fotografías añejas y actuales, señales de cantería y reproducciones de grabados románticos que tanta atracción ejercen, para satisfacer la curiosidad del lector. Mayoral Encinar no tuvo empacho en titular su foto de Santo Tomé el viejo: «Portada del Garage España». Sobre los contrafuertes pueden leerse los anuncios de grasas, alquileres de automóviles y precios. Fotos, insisto, con una gran dosis de nostalgia: San Isidoro en el Retiro madrileño, ya unas ruinas románticas, Santo Domingo de Silos, ya desaparecida, cuyos restos perduran en la actual parroquia del Inmaculado Corazón de María; y aquella torre vieja de San Andrés de tan mejor sabor que la actual. Fotos, repito, de capiteles y dibujos de capiteles historiados, vegetales, con grifos y zancudas, con leones y cachorros. Llamo la atención sobre ellos, por su variedad y riqueza de invención.

Pero el libro tiene la precisión y el decir escueto de quien sabe que debe decir mucho y dispone de pocas páginas, porque ha habido que reducir y concentrar el texto, más amplio en su origen (se trataba de una tesis de licenciatura) y conseguir que no perdiese jugosidad, y ese enfado o mohín típico del que se enfrenta con errores aceptados y que trata de clarificar de una vez por todas.

Después de una exposición general del románico en Avila, se analizan las tres iglesias más notables: San Vicente, San Pedro, San Andrés; se añaden otras tres San Segundo, San Esteban, San Isidoro. El emplazamiento, datación, evolución histórica, descripción e influencias en otros templos posteriores. Trabajado con cariño está el estudio de San Andrés. Que el autor consiga interesar a tanto abulense ajeno a su tesoro artístico y enseñe a respetarlo. Las dimensiones y la limpieza de trazado de una iglesia como San Andrés, su rica ornamentación en el presbiterio, la acogedora quietud de su piedra dorada, ¿quién duda que la convierten en una auténtica joya?

Un capítulo final recoge el *segundo románico* abulense: La Magdalena, San Nicolás, Santo Tomé el viejo, Santo domingo de Silos, Santa María de la Cabeza. Para salvar los tecnicismos característicos de este tipo de estudios, se añade un *vocabulario* donde el lector no especializado puede satisfacer sus dudas sobre los términos que precise. Una *bibliografía* fundamental puede, por otra parte, orientar a un lector más exigente. La portada y contraportada las ha diseñado Javier Paradinas; otros dibujos en el interior se deben a M. A. Espí. Las fotografías en casi su totalidad son de José Fidel García. Y agradezco desde aquí que se haya incluido como portada «literaria» un soneto que encaja, creo yo, con la sensibilidad, que late bajo las precisiones técnicas, forzosamente racionalizadas.

Junio, 1982

CAMINAR POR CASTILLA

Si dijera de entrada que este libro es hermoso, seguramente se tendría una visión equívoca del mismo. Pero lo es, además de otros inquietantes aspectos. Para pensar en Castilla, para caminar por ella, para descubrirla en su ser más auténtico, será necesario esta guía Espiritual de Jiménez Lozano. Para gozar de su paisaje y su arte, las fotografías de Miguel Martín, que la ilustran, sin un trucaje, sin filtros para luces y sombras, sólo la desnuda realidad sorprendida en el momento justo del día y de la hora, serán imprescindibles.

Ambito ha iniciado con este libro su verdadero camino, alejado del prestigio de cátedras y nombres en que ingenuamente cayó en sus primeras salidas a la luz, si se salvan, claro está, excepciones.

Cuando uno lee estas páginas, sabe que lo que está detrás de lo escrito es más que lo que se muestra en el texto; por ello inquieta y estimula para seguir en la búsqueda de nuevos aspectos e historias que contar. Jiménez Lozano no abruma con datos eruditos, no aleja al lector desprevenido; su prosa es jugosa, y llena de ironía, de ternura a ratos, de sarcasmo cuando quiere. Su visión de Castilla podrá gustar o no, pero si el lector piensa, se percatará de que los demonios de nuestra tierra quedan exorcizados, y la luz se abre hacia una comprensión abarcadora de épocas y vividuras que han tejido el entramado de nuestra existencia. Si sobre algunos temas se enfatiza, «el énfasis se pone porque ésa es la situación existencial» -nos advierte-, no por pura curiosidad morbosa, ni por destruir leyendas o prestigios. La búsqueda de la desnudez no tiene aquí matices de estoicismo o senequismo

noventayochista. No se reinventa un mito, se bucea en la realidad y en la historia. La desnudez del Cister, o de Juan de la Cruz, o de Teresa Sánchez (de Cepeda y Ahumada), es la búsqueda de lo real. «Así que siempre hay que buscar lo más humilde y sencillo y no dejarse fascinar por los nombres ni las grandezas de la historia», afirma de pasada. La bipolaridad Europa-Oriente, superada quizás en el mudéjar, nos llevará de la almunia a la granja cisterciense; de las juderías y el habitat morisco, a la aventura renaciente y amorosa de don Juan, evocada ante su sepulcro en Avila. Y cuando la fascinación barroca por escudos y genealogías borre monolíticamente fronteras culturales, la bipolaridad entre ilustrados y «aldeanos críticos» nos devolverá la memoria de lo que fuimos y nuestra vocación fronteriza. Como se recuerda a propósito de Santayana «la misma imagen del espíritu de frontera, como «locus standi», para mirar al mundo y los problemas de ser hombres, ahora mismo». De San Baudelio de Berlanga a Quintanilla de las Viñas hemos recorrido siglos y caminos de esta Castilla cada vez más lejana, «siempre queda un poco más allá; siempre asoma un poco más profundamente».

Febrero - 85.

LOS CEMENTERIOS CIVILES

«¿Qué ecos despierta en un lector joven el tema de los cementerios civiles?», se preguntaba Torrente Ballester en *Informaciones* (Madrid, 27-abril-78), y se había contestado en líneas anteriores: «A la gente de las generaciones jóvenes, algunos de aquellos motivos no dicen ya nada, porque son o fueron situaciones superadas»; y tras narrar a la manera del Valle-Inclán de *Jardín Umbrío* algunos casos por él conocidos, agregaba: «El libro de Jiménez Lozano es, pues, un libro de historia. Trae a la actualidad un tema que ya la había perdido...»

No soy yo quien vaya a polemizar sobre estas afirmaciones, sino que las traigo a cuento porque, tal como están las cosas, así pensarán muchos otros lectores hispanos. Habría que preguntarse qué se entiende por historia y por actualidad. Esta última, creo, es la materia periodística primordial, pero no sólo de periódicos vive el hombre. Y ni siquiera la actualidad es el presente, aunque incida en él. Hasta Silone ha escrito que *certe realtà del presente hanno radici lontani*. A la busca de estas raíces ha dedicado Jiménez Lozano las páginas de su último libro para aclarar la incapacidad nuestra para una vida civil. De ello ya se había percatado Unamuno (¿quién era Unamuno?) cuando escribía por el año 93: «Las Cortes son... asamblea que, siguiendo las gloriosas tradiciones de los Concilios de Toledo, hace a pluma y a pelo, ya de Congreso político, ya de Concilio, en que se dilucidan problemas teológicos, como sucedió allá por el 69». Esta imbricación entre lo cívico y lo religioso irónicamente apuntada en 1893, está viviéndose hoy en 1978, mudado lo que haya que mudar, pero tiene raíces lejanas.

De modo que la historia de los cementerios civiles es, como Jiménez Lozano nos advierte de entrada, «una parcela importante de la historia de la espiritualidad española moderna, y, desde luego, de su vida social y política. Todavía esa historia sigue pesando sobre nosotros y determinando actitudes y desafiando sonoridades sentimentales que velan la comprensión y dificultan una verdadera existencia civil y civilizada, y rebajando, además, la seriedad de la fe a una *quaestio disputata* en el plano político social».

Situar el problema, hacer luz sobre sus implicaciones actuales, le llevará al autor a plantearse una obra aún más compleja y todavía no escrita, una historia de la espiritualidad de los siglos XVII al XX, de la que ya el anticipo serían estas páginas densas y alucinantes a ratos, que le han recordado a Torrente la España negra de no hace tanto. Jiménez Lozano tiene la suficiente dosis de ironía para saber poner en solfa todo su amor y respeto hacia figuras como José Somoza y acentuar, por otra parte, la aventura espiritual de don Fernando de Castro, apoyándola en paralelo con la de Alfred Loisy. Lo que entristece es verificar la grandeza de ésta última y constatar que, aun en las figuras señeras, nuestro siglo XIX no alcanzó las cotas europeas de sus coetáneos, por lo que toda esta aventura espiritual, en este libro diseccionada, resulta melancólica y menesterosa.

Existe ya un ensayo sobre *La espiritualidad en el siglo XIX español* (Madrid, 1974), donde su autor, B. Jiménez Duque, ha limitado el sentido del término a su más estricta interpretación confesional católica. Lo que allí falta, ese contraste conflictivo y amplio, podría suplirse con *Los Cementerios Civiles* de Jiménez Lozano. Tal vez la abundancia de notas, las implicaciones temáticas y las perspectivas nuevas que ellas abren, aconsejarían, como ha señalado certeramente J. L. Aranguren (*El País*, 7-junio-78) «un mayor desarrollo que, con otra disposición, hubiera permitido la incorporación al texto del (...) las notas al pie». Pienso que si algo estorba al libro es su título, nada comercial evidentemente -cosa que no le importa al autor-, pero que, en una sociedad que ha puesto sordina a la muerte, alejará de sí a posibles lectores. Repárese en que los que ya no pueden presumir de efebos, afirmen que

estos temas «son o fueron situaciones superadas». Ahí está ese excelente capítulo *Ars moriendi*, síntesis clarividente de nuestro catolicismo barroco. El fracaso luego de nuestros ilustrados, y tras la época fernandina (en ella el primer cementerio «separado», en Málaga, creado casi para Mr. Robert Boyd, súbdito de Su Majestad británica, fusilado en Torrijos en el 31) la problemática de «la generación de la Revolución de Septiembre entre cuyos miembros se van a contar los primeros españoles que optarán por una tumba laica y que da lugar a un nuevo tipo de vida española, disidente e inconformista con la Iglesia». La experiencia dolorosa de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. El caciquismo y cerrazón de tiempos más recientes, antes, en, y después de la II República, todo ello en notas valiosas, trágicas o burlonas, donde se desvive nuestro ser de españoles.

Como bien ha visto Amando Represa (Vida Nueva, Madrid, 15 - julio- 78), esta lucha ortodoxia-modernidad no podría entenderse si no se parte de la ecuación ortodoxia-españolidad, como en este caso, que no es lo mismo que el nacional-catolicismo vapuleado estos años, ya que éste puede ser producto de una situación político cultural dada, mientras que la ecuación aludida es fundante o constituyente de nuestra propia entidad y sólo asumiéndola y clarificándola podría ser superada. Se afirmará que las tesis de don Américo Castro que aquí subyacen, no son siempre aceptadas o son discutibles. Pero Jiménez Lozano no sienta tesis alguna; hace unas calas en nuestro pasado y esas calas vienen exigidas desde una experiencia presente que precisa de iluminación. Lo que fue signo de antiespañolidad y reprobación, recordada más allá de la muerte en esos «corralillos» abandonados, será luego reto y desafío a esa españolidad-ortodoxia de la que «los otros españoles» se sentían disidentes. Y esto sigue así, y hemos visto en 1978 entierros civiles con parecidas características a las señaladas en libro, aunque parezcan «situaciones superadas» y se aprueben en el Congreso leyes o decretos al caso.

Por otra parte, el libro de Jiménez Lozano aclara su propia obra, que, desde *Meditación española sobre la libertad religiosa* hasta *El Santo de Mayo o Retratos y Soledades*, pasando por *El Sambenito* o *La Sala-*

mandra, se va situando en una visión globalizadora que permitirá al posible crítico literario enfrentarse con una literatura tan poco comercial como exigente de comprensión, y que, sin embargo, fuera de España consigue éxitos señalados (tal el caso de *Historia de un otoño*, traducida al checo y galardonada con el premio al mejor libro extranjero del año).

Marzo, 1969

SAN JUAN DE LA CRUZ, EN DOS LIBROS

El análisis y estudio de la personalidad y la obra del fontivero Juan de Yepes, se acrecienta cada año con nuevos títulos, en una bibliografía que no acaba.

En esta ocasión, es otro abulense, José Jiménez Lozano, el que se acerca y nos acerca a la vida y obra de nuestro poeta. En la colección «Temas de España» de la Ed. Taurus, y bajo el título *Poesía*, nos ha comunicado las primicias de su investigación sobre el enigma de Juan de la Cruz; ¿quién fue ese inquietante poeta, olvidado y oculto en su tiempo, que todavía llega a interrogarnos con tanta urgencia hoy mismo?.

Jiménez Lozano ha investigado con seriedad y paciencia datos hasta ahora desconocidos que aquí aparecen sin el apoyo erudito «que ilustrará en su día otros trabajos míos -afirma- sobre la infancia y juventud, y las relaciones familiares y amistosas del poeta de Fontiveros y de la familia Yepes-Alvarez». Principalmente quiero destacar estos datos sobre infancia y juventud; Fontiveros, Arévalo, Medina, que Jiménez Lozano conoce con minucioso pormenor.

Partiendo de las sospechas de Asín Palacios sobre la influencia islámica en el poeta, Jiménez Lozano nos presenta un Fontiveros fuertemente mudéjar: «Buena parte de las mujeres...usaban la almalafa y el almízar o salamilla para cubrir su rostro...y entonaban endechas o llantos funerarios sobre las sepulturas que había en la misma iglesia». A Fontiveros llegaron «nuestros hermanos de Granada», desterrados aquí tras la sublevación de 1568; y Juan de Salamanca, hombre de armas del Duque de alba, se había extrañado en 1489, de que, en un conflicto entre

Peñaranda y Fontiveros, los fontiveros usasen técnicas bélicas en el enfrentamiento como los moros de Granada de 1482.

Catalina Alvarez vive en un barrio morisco, el Barrio Nuevo, a la salida para Cantiveros; y en Arévalo y Medina volvemos a encontrarla también en barrios moriscos. Las leyendas árabes, cristianizadas después, que perviven en la Moraña y hablan de pozos con morillas encantadas, herirían su imaginación infantil; «¿Qué semblantes amorosos y celestes ha visto el niño Juan, reflejados en las aguas de manantiales y lagunas o en el hondón de un pozo?». La vida de un poeta está tejida con pequeñas heridas, leves y persistentes, que van modificando su sensibilidad y allegando lejanas resonancias para su obra futura.

Pero si el trabajo de investigador interesa en esta edición de la poesía de San Juan, no interesan menos las notas y glosario que acompañan a la lectura de los poemas. Es fruto de un acercamiento cordial y de una simpatía entrañable por el poeta. Las versiones de la Vulgata y de Fray Luis del Cantar de los Cantares; las alusiones mitológicas renacentistas, y el habla coloquial castellano, aquí anotados, nos devuelven un San Juan recién escrito, con un sabor auténtico, no arreglado a los gustos literaturizantes. No se olvide que Jiménez Lozano no es un crítico literario y que ve el texto sanjuanista libre de las preocupaciones que a los críticos de oficio les impiden acercarse a un texto sin prejuicios profesionales.

Añado aquí alguna noticia de otro libro de diciembre de 1974, en *Laia-Literatura*, de Gerald Brenan, poco conocido por el público lector de Avila, con el título «San Juan de la Cruz: Biografía». La prolongada permanencia en España, de 1916 a 1936, en Andalucía especialmente, del autor de *Memoria personal*, y el acercamiento cordial a nuestro pueblo y nuestra literatura, le ha permitido biografiar a nuestro místico con una enorme simpatía. Había ya tratado la figura de San Juan, pero rectifica y lee cuanto de él se escribe. Rehace su libro y nos ofrece este bello retablo del vagabundear de nuestro frailecito por Avila, Toledo, Beas, El Calvario, Baeza, Granada, Segovia, La Peñuela, Ubeda... Añade una segunda parte del libro dedicada al estudio de las obras de San Juan, y publica íntegros sus poemas. Un libro que se lee sin

interrupción, atrapado insensiblemente por el encanto de saber contar lo que de antemano esperamos o conocemos, pero desde un ángulo de respeto a la figura biografiada y acercamiento a la sensibilidad de nuestros días.

Noviembre, 83

ESCRIBIR EN AVILA

Escribir en Avila sigue siendo gritar en el desierto. ¿Será tan escaso el número de lectores como evidencia su silencio? Es cierto que dos libros como *Juan de la Cruz: Camino y Mensaje* (Colec. Telar de Yepes, n.ºs. 3 y 4. Avila, 1987) y *El Maestro Juan de Avila* (BAC popular, n.º 89, Madrid, 1988), no sean dos best-sellers, ni lo pretenderían nunca; pero tienen en Avila, o deberían tener, un público preparado y a él van dirigidos. ¿Por qué el silencio?

No pretendo hacer una crítica al uso en los suplementos literarios de determinados periódicos, sino llamar la atención a los posibles lectores de Jiménez Duque, que sí los tiene, sobre estos dos volúmenes.

En su apariencia humilde, su modestia de escritor querida y voluntariamente adoptada, B. Jiménez Duque oculta todo un vasto conocimiento de la espiritualidad española, en especial del siglo XVI. Si a estas dos publicaciones unimos los *Estudios Teresianos* (Colec. TAU. Avila, 1984), tendríamos reunidas las tres pasiones fundamentales del autor: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y el Maestro Avila.

Pongamos nuestra atención en las dos recientes publicaciones. En la primera, *Juan de la Cruz: Camino y Mensaje*, al hilo de la biografía del santo fontiverense, el autor va desplegando un saber amplio y contextualizado de la obra sanjuanista. Como señaló Federico Sopena (ABC, 13-2-88) merece especial atención el cap. X de la 1ª parte sobre las cartas del santo. Son pocas, y pueden comentarse una por una, en suave invitación a la lectura directa. El cap. IX, *El poema de la Noche*, es un delicioso comentario de texto, nada escolar y al uso, por cierto,

sino lleno de hondura y contenida emoción.

¿Cómo no ha suscitado polémica alguna la afirmación del fracaso de Juan en la reforma de la orden carmelitana? A pesar de los esfuerzos de Gracián, el ordenacismo de Doria hizo fracasar el intento contemplativo; una cartuja en el Carmelo. Claro que otros hechos nos tienen acostumbrados; también al santo de Asís le resultaba ajena su obra al final de la vida. Ese aliento de libertad y vida de Juan de la Cruz o de Francisco, el poverello, nada tiene que ver con las ordenanzas de una comunidad crecida o numerosa.

(En la 2a parte de la obra, Jiménez Duque aparece más centrado en el contenido; ensayos sobre espiritualidad sanjuanista que atinadamente intenta estructurar).

El mismo fracaso de Juan de la Cruz aparece ahora en el estudio de *El Maestro Avila*. No es propiamente una biografía e, incluido en la serie biográfica de la BAC popular, se despegas de ella por no ser popular (si no son unas ilustraciones horrendas) ni por el estilo ni por el contenido; biografía y ensayo se mezclan y alargan el final con capítulos que son verdaderos análisis de temas avilinos de espiritualidad.

El Maestro Avila se vió envuelto en la zozobra y luchas religiosas de su tiempo. De familia coversa -tenía raza- como casi todos sus seguidores y, como muchos de ellos, maltratado por la Inquisición; en la cárcel como tantos otros, y su obra cumbre, el *Audi, Filia*, en el índice de Valdés. Por esto, el cap. VII, *La escuela sacerdotal*, me parece fundamental para entender a Juan de Avila. Con ello entronca (cap. XIII) su relación con Teresa de Jesús. Muy interesante; nunca se conocieron, pero Teresa tuvo especial empeño en que aquel conociera «su alma», el libro de la Vida. Dos almas a distancia y tan acordes. El cap. XIV, *El maestro espiritual. Paulinismo*, vuelve a darnos a este hombre de frontera, tan cercano a lo más avanzado de su tiempo (Erasmus, Lutero...) sin caer nunca en una desviación heterodoxa. Léase con detención el fragmento, aquí reproducido, de la carta 20, «que seguramente -afirma J. Duque- fue la que circuló entre los luteranos

de Valladolid, suscitando sospechas». Cómo está en el ojo de huracán Juan de Avila cuando aquí afirma: «¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído?».

Por eso, cuando Jiménez Duque pregunta si fue un fracaso su retirada en Montilla y su muerte, habrá que afirmar que sí. Los miedos de la Inquisición y su represión tremenda ahogaron tanta vida noble y apagaron el futuro de una España muy distinta de la que siguió. Luis de Granada, el Maestro Avila, Juan de la Cruz, Teresa, más tarde Fray Luis de León, y una larga nómina que el lector podrá aquí comprobar, fueron la verdadera Iglesia del momento. No el inquisidor Valdés y sus servidores y seguidores, atiborrados de razones y miedos. Pero la historia fue así y no podemos hacer nada para que fuera de otra manera.

Yo invito a la lectura -nada fácil, por cierto- de este libro. Habrá tanto que anotar. Se siente junto a nosotros esta vida, cuando contrastamos con los miedos actuales y las ortodoxias a ultranza. La Historia nos pone alerta; no repitamos los errores.

Su casita de Montilla se ha conservado hasta hoy; seguramente porque nadie se atrevería a suponer santo a un hombre con el que el Santo Oficio tanto se ha señalado. Y fue una suerte.

-Julio- 88.

GUIA TERESIANA

De nuevo ante nosotros esta prosa deliberadamente humilde y abajada del viejo rector del Seminario, que nos sorprende ahora con la edición de esta *Guía Teresiana*. «Guía» es poco, y «recuerdos» no lo son todos. Así que, a caballo de la guía y los recuerdos, van hilándose estas glosas de lugares y caminos transitados por Teresa de Jesús, la Santa para los abulenses y también para el autor de estas páginas que ahora comentamos.

Aquí y allá se abren consideraciones religiosas entre los meros apuntes cronológicos y onomásticos. Son como esas digresiones teresianas donde el epígrafe del capítulo no corresponde a lo tratado en él, porque -confiesa nuestra escritora- «me he divertido mucho». O bien, que las digresiones sean brotes de un otro libro que nunca llega a escribirse, que fluye debajo de estas páginas y que sería el exponente de todo ese saber de Avila y amor a Avila que arde oculto bajo la ceniza callada de esta prosa sin brillo. El conoce los rincones inéditos, los detalles precisos para evocar el pasado; sobre todo los viajes por pueblos y lugares de la provincia. Surge la protesta, cuando las fotografías muestran el abandono en que las viejas piedras viven: Hortigosa, Gotarrendura, Becedas... o la amenaza urbanística bajo la que vive el convento de Las Madres: «Avila no acaba de saber que su reliquia más importante y de mayor alcance mundial es el convento de San José.»

Sí, Avila desconoce otras muchas cosas que en esta guía se muestran: esas celdas de mobiliario imprescindible, donde la madera y la cal se hermanan con el estilo de vida de la monja que se sabía de paso en la mala posada de este mundo. Pero sería demasiado estereotipado si no

viéramos al lado sus preferencias artísticas, sus lecturas, sus gestos humanísimos y esa búsqueda de luz y de sosiego «a estilo de ermitañas».

Esta última palabra me recuerda algunos errores tipográficos de la edición: una vez ermita con hache; otras, las siglas de las órdenes monásticas aparecen como apellidos tras los nombres. De pocos años a este tiempo, los correctores de pruebas parecen muchachos de la E.G.B., asombrados ante cualquier palabra que no encaja en su caletre, o madrileños demasiado cultos para soportar la prosa de los provincianos. Porque aquí se dice «en los acabadijos de 1561». ¡Qué horror para un «refinado» madrileño! ¿Pero no dice Valle-Inclán los «amenos isabelinos»? Y más ejemplos: «se abre un ventanillo que da a la celda...» sobrio adornaje...» la venta «del Hambre, con sus campanitas para tocar a perdidos en los días de nieves y ventiscas...» Las ventas en los malos caminos... el autor sabe bien que «la vida social española se daba cita» en estas ventas, «y es precisamente con los datos de los escritos teresianos, y con los del Quijote, con los que mejor puede evocarse la variopinta vida de las mismas». Pero -¡cuidado!, querido Iribarren- el autor no ha dicho nunca que Teresa leyera a Cervantes. La Galatea, primer libro cervantino, se publica en Alcalá de Henares en 1585.

-Abril- 81

CARA Y CRUZ DE GABRIEL Y GALÁN

A veces un golpe fuerte en la vida hace brotar un poeta. Es como despertarse de un sueño. César Vallejo comenzó así sus *Heraldos Negros*. La situación familiar difícil le sacudió íntimamente.

*Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!*

*Son poco, pero son... Abran zanjaz oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.*

Esos pocos golpes, esa resaca de lo sufrido, un día, busca cómo salir a superficie, verso a verso, como la noria jarro a jarro. El agua fresca nos conforta. Son palabras para la sed. Y así nace un poeta, Vallejo, o quien dice J. M^a Gabriel y Galán.

*Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta, dice en El Ama.*

Pero la vida se me puso triste; añade casi al final del poema. Y este poema, que es toda la resaca dolorida de su alma ante la muerte de la madre, ganará -como ya es bien sabido- la flor natural de los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de Septiembre de 1901.

El Ama es el arranque de la poesía de Gabriel y Galán. Aquella misma noche el poeta cabalgó hasta Frades de la Sierra para depositar sobre la tumba de su madre aquella flor ganada en su memoria. Tenía entonces el poeta 31 años.

«Nací -escribe G. y Galán- de padres labradores en Frades de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca. Cursé en ésta y en Madrid la carrera de maestro de primera enseñanza. A los diecisiete años de edad obtuve, por oposición, la escuela de Guijuelo (Salamanca) donde viví cuatro años, y después, por oposición también, la de Piedrahita (Avila), que regenté otros cuatro años. Contraí matrimonio con una joven extremeña, dimití del cargo que desempeñaba porque mis aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y cariño de mi gente, mi mujer y mis tres niños. Tengo treinta y cuatro años, y a escribir coplas dedico el tiempo que puedo robar a mis tareas del campo. Comencé a escribir poesías para Juegos Florales, y me dieron la flor natural en los de Salamanca, Zaragoza y Béjar, y otros premios en Zaragoza, Murcia y Lugo. Y nada más, si es que todo ello es algo. Mis paisanos los salamanquinos, y lo mismo los extremeños, me quieren mucho, me miman. Yo también los quiero con toda mi alma, y con ella les hago coplas que saben mejor que yo, de memoria, porque las recitan en todas las partes, y hasta las oigo cantar diariamente a los gañanes en la arada».

Hasta aquí la carta que el poeta escribe a Doña Emilia, la Condesa de Pardo Bazán, un año antes de su muerte. Sorprenden en ella tantas cosas que me resisto a subrayar algunas: su sencillez, su calma, el gozo de saborear a sus anchas la vida campesina y hogareña; el orgullo con que recuerda sus diecisiete años al obtener, por oposición, su primera escuela, y la ternura de sentirse mimado, querido por el pueblo que sabe de memoria sus coplas:

*Hasta que el pueblo las canta,
las coplas coplas no son,*

y cuando las canta el pueblo,

ya nadie sabe el autor. Decía Manuel Machado. Pero la vida de G. y Galán es corta. Treinta y cinco años llenos, y doloridos también. Murió tuberculoso.

Cuando llega a Piedrahita, tiene veintiún años. Pasa aquí otros cuatro. Su vinculación con nuestra provincia es corta: Hay una fotografía de su estancia en la villa del Duque donde aparece con quince chavales pelones y orejudos, llenos de listeza y panchuda calma. Debajo de la foto puede leerse: «Profesor y alumnos de la escuela de Piedrahita», y a la izquierda unos versos o coplas en que el poeta pide su recuerdo cuando haya de abandonarlos. Gabriel y Galán con un chaleco claro de doble botonadura, traje oscuro y corbata anudada con descuido a un cuello alto y blanco, tiene la mirada perdida, el bigote espeso enmarca el labio inferior rectilíneo y unas grandes entradas amplían ya su frente. Se respira un honesto orgullo de su profesión. Parece feliz.

Y, sin embargo, es en Piedrahita donde su alma se rebela contra sí misma. Su timidez y reserva frente al amor, su gana de volver al campo, la preocupación por su salud, sus ideas sociales y religiosas, le empujan a una vida más entregada a la gente de sus campos,

los de las grises lontananzas muertas.

Casó, como vimos, con una cacereña de Guijo de Granadilla, de la que tuvo tres hijos, y cultivó sus tierras.

*Quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.*

Y a esta mujer también un día «la vida se le puso triste». El 6 de Enero de 1905 moría el poeta.

«En Madrid los muertos van aprisa -escribe la Pardo Bazán-. La muerte súbita de Gabriel y Galán fue el duelo de dos regiones: Salamanca

y Extremadura. ¿Qué pierde una comarca al perder al artista que la comprende y la refleja? Algo espiritual; algo que no se mide ni se tasa; un fragmento de infinito. Por lo demás, ni el trigo ni el ganado bajan ni suben cuando un poeta fenece; los impuestos ni alfojan ni aprietan, ni se interrumpe el funcionalismo político; no se cierra una tienda, no se rotura un camino vecinal. Hay que sentir hondo, firme y sin frases para llorar a un hombre como el maestro de Piedrahita, y la región que se reconoce unida a esta pena espiritual revela admirable instinto; porque la poesía de Galán es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos en la comunión de sus temas y la amplia humanidad de sus acentos».

A estos elogios de la escritora gallega en el prólogo a *Nuevas Castellanas*, habría que sumar los de «Zeda», esto es, Fco. F. Villegas en la edición de *Castellanas*; los de Joan Maragall prologando a *Extremeñas*; los de Unamuno ante el éxito alcanzado por *El Ama* en los Juegos Florales salmantinos que presidió el propio D. Miguel. Tal vez los más sinceros vengan de estos dos últimos poetas mencionados. Maragall se preocupa de la lengua dialectal. Se ve el trasfondo catalanista al defender el habla del poeta salmantino-extremeño: «Todo el libro es así, vivo; todo él escrito en ese lenguaje desharrapado; es decir, vivo; escrito en dialecto, como la *Ilíada* y *La Divina Comedia*; porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, gusta mucho de brotar en dialectos».

Para Unamuno el problema de fondo está en su arraigo tradicional. «El poeta -dice D. Miguel- eterniza lo fugitivo y universaliza lo local. Pero Galán no es castellano en su sentido de exclusión, de regionalismo. Nunca hubiera podido servir de bandera a las almas de secano y en barbecho para quiénes el centro del castellanismo es la cuestión triguera y la imposición, más o menos solapada, del monopolio casticista del idioma».

«Me temo que si hubiera vivido Galán habrían acabado por hacerle

diputado a Cortes, lo cual...»

Unamuno trata de exorcizar a Galán de ese regionalismo y casticismo de vía estrecha. A quien, en una ocasión, se lo presenta como poeta casticísimo, libre de las innovaciones modernistas, D. Miguel le recuerda que «dando vueltas en la Plaza Mayor de Salamanca, le había oído a Galán recitar el famoso *Nocturno* del colombiano José Asunción Silva», y recuerda también la posible conexión con Guerra Junqueiro, a quien Galán «conocía muy bien». Pero el hecho es que, cuando aparece la obra de Rubén, o *Alma y Soledades* de los Machado, Galán está en Guijo de Granadilla cultivando sus tierras. Las grandes ciudades son inhóspitas. Cuando en Madrid se le hizo un homenaje, Galán no se quedó a la cena, porque al amanecer del día siguiente debía ir al campo para las labores de sementera.

*Estoy en el repecho
presidiendo mi hermosa sementera.
Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas rejas;
el suave rodar hacia los lados
de la mullida tierra;
el alentar pujante de los bueyes,
de cuyos bezos charolados cuelgan
tenues hilos de baba transparente
que el manso andar no quiebra;
aquel pausado y firme
posar de sus pezuñas gigantescas;
el crujir dormilón de las coyundas
que el yugo pulimentan;
un aliento de brisa tan suave
que apenas se menea,
un hondo y general rumor de vida
y un ruido sordo de pujante brega.*

Si algo nos recuerdan estos versos son las *Geórgicas* de Virgilio, alguna oda de Fray Luis, y en los dos versos finales algo de la retórica de Núñez de Arce, al que también hay que contar entre sus lecturas. ¡Qué lejos del modernismo! Cada uno elige a sus antepasados. «Y, así como hay una herencia orgánica -escribe Unamuno-, hay también una herencia social, una tradición». «Todo lo que fuera averiguar de qué lecturas se nutrió Galán, a cuales de nuestros antiguos y modernos escritores estudió más y de qué libros apacentaba principalmente su espíritu, será añadir a su gloria. La verdadera originalidad se nutre de lo que han pensado los demás». Y esto no es pedir otra cosa que colocarlo en su lugar; no querer olvidarlo, como está haciendo la crítica actual. Verle moverse en esos cinco últimos años de su vida y primeros de siglo, cuando comienza el despegue de lo que ha sido la literatura de la pasada centuria. No era un intelectual; pero tampoco un escritor nacido por generación espontánea. Vivió en el campo y como ningún otro poeta ha estado presente en tantas gentes amantes de lo sencillo, lo noble, lo honrado y lo sincero.

La Pardo Bazán vio con claridad esta cara y cruz del poeta: «Si yo tuviese que dar consejos a un poeta novel..., le aconsejaría que, no imitando a Gabriel y Galán ni a nadie en otra cosa, imitase solamente la sinceridad de una poesía, que es el mismo corazón del que canta; su corazón ofrecido a todos».

Junio- 70.

VIAJE A CONSTANTINOPLA

Me pregunto si la lejanía de la ciudad tendrá mucho que ver en este ensayo sobre Avila (destino, Barcelona, 1988) de J. Jiménez Lozano; o lo que es lo mismo, si en el caso de vivir en la ciudad, hubiese escrito el mismo texto. Hay un distanciamiento en todo el libro que le permite contar lo que sabemos con el tono volteriano irónico con que ha construido algunos de sus mejores cuentos, en *El Santo de mayo*, por ejemplo. Y todo es verdadero, o no se miente en nada.

Los que fuimos niños en la guerra, hemos vivido transformaciones sucesivas y tantas que, en la distancia, pueden parecer fabulaciones o ficciones literarias. De ahí que la ciudad, donde hay que llegar con un omnibus de gasógeno, pueda parecer a un niño una fabulosa Constantinopla. Pero no se trata de mera frivolidad. El libro es serio.

Primero hay que deshacer los tópicos al uso que sacralizan realidades o enmascaran otras. Después sentar las bases de una visión más realista desde la intrahistoria de la ciudad. Contestar de una vez a una pregunta que parece simple. ¿Qué es Avila? Los que conozcan la *Guía Espiritual de Castilla*, sabrán la predilección del autor sobre judíos y moriscos (viejos y nuevos), y aquí vuelve a incidir en ello apuntando datos nuevos y recordando otros. Pero se avanza con una técnica de contrapunto que refuerza la realidad; tal el caso del capítulo sobre *La Gloria de Don Ramiro* donde se vuelve a la más regocijante y crítica ironía ¿Qué tienen en común los moriscos de Larreta y los de Jiménez Lozano? El distanciamiento vuelve a cobrar un papel relevante.

Estamos en Avila y Teresa Sánchez (o de Cepeda) y Juan de Yepes

y el príncipe Don Juan, el Tostado, o Tomás Luis de Victoria no pueden soslayarse. Pero el ángulo de visión, la perspectiva, desde donde se ven estas figuras ha sido previamente rectificadas. «A cualquier visión -decía el viejo Plotino- hay que aplicar un ojo adaptado a lo que debe verse». Dudo que se hayan escrito páginas tan bellas sobre estos mismos temas. Y algo de lo que nadie se ha ocupado: la estética de la simplicidad o la sencillez, frente a lo barroco o lo burgués, véase el capítulo *El gran regalo de Avila: la estancia* «Cuando se ha visto una estancia de éstas se sabe todo lo esencial de Avila -y de España-. No sólo se trata de un singular logro estético, sino de la revelación de todo un mundo de valores».

Los siglos XIX y XX dan pie al periodista que es Jiménez Lozano para discretar sobre figuras nuevas y olvidadas de los abulenses. Larra, por ejemplo, y el uso celestinesco del Boletín Oficial de la Provincia mediando en los amores de Larra y de Rosina. Vuelvo a señalar la necesidad de adaptar el ojo a lo que se ve y cómo se ve, o se lee. La leyenda de la Calle de la Muerte y la Vida debe leerse en clave; sólo así resulta de una regocijante irrelevancia.

Pero qué hacer al fin, ¿deshacernos del pasado o anclarnos en él? El autor resuelve este dilema con sagacidad y nos libera de tanta banalidad conservadora o progresista. Porque Avila no es un pasado o éste está operante en el presente.

Agosto, 1988

LOS '50 EN AVILA

No puedo hablar de los 90 años de este Diario de Avila, porque quizá no soy tan viejo como para escribir unas memorias, ni tan joven que no me venga a mientes lo pasado. Mis colaboraciones en estas páginas pueden encontrarse ya en la década de los '50; cosas primerizas o mandadas a hacer de encargo por algún superior del Seminario Diocesano donde viví del 49 al 56. El viejo seminario de la calle Duque de Alba, del que J.L. Aranguren decía, no recuerdo bien, que si sus ventanas (las de la fachada que aún pueden verse) estaban cerradas, su espíritu estaba abierto a las ideas más avanzadas de entonces. De allí partieron las Conversaciones Católicas de Gredos y allí se dieron cita los intelectuales y la Liturgia; los poetas y políticos que aún perduran; todo como recuerda Aranguren, por obra del Seminario de Avila y de su Rector, B. Jiménez Duque.

Mas los que vivíamos dentro, tuvimos inquietudes literarias y artísticas que han marcado algunos nombres. Invitados por el rector aquí vinieron A. González de Lama, alma de la revista «Espadaña» de poesía; Alfonso Roig, excelente conocedor de la pintura de Kandinsky. Y fue semilla que prendía pronto en nosotros. Recuerdo aquí a Fernando Sanz Vega, en un aula grande, bajo el estudio de los filósofos, donde había montado su caballete y hacía un sempiterno autorretrato que nunca concluía, como Penélope. Le acompañaba de la Jara, también pintor en ciernes, de lo que no pasó. Pero Fernando ilustró los primeros números de «El Cobaya», la revista poética de Avila en los '50. (Alguna viñeta mía también apareció, o tal vez fue «Cenáculo», revista a la que tanto debo, pagada y alentada por B. Jiménez Duque, y que

hacíamos con Porfirio Martín Campillo, tan entrañable y querido tipógrafo, como mal corrector de erratas). La vida literaria de Avila estaba centrada en aquel grupo de «El Cobaya»; la saga de los Fernández: Fdez. Blanco, Fdez. Caballero, Joaquín Fernández, con Teresa Barbero, Tadeo, Abellán, Cermeño, Gómez Málaga. Recuerdo un soneto de Sánchez Tadeo a su úlcera de estómago, y otro: «*Campanas en tu voz me están llamando*», escrito a la muerte de su padre.

No hago historia, otros lo han hecho o lo harán. Sólo recuerdo la ilusión con que recibíamos la revista, mas todo ello «¿qué fueron sino rocíos de los prados?». Porque todo en Avila tiene su acabamiento, como si un «*daimon*» adverso se carcajeara de todo lo que tiene valor y se encargara de aniquilarlo.

Paralelamente a «El Cobaya» estaba la revista oral «Hontiveros» que dirigía en Radio Avila Rafael Gómez Montero, actualmente en Granada. El preparó una emisión con el grupo de poetas del seminario. No llegábamos a media docena (Moisés, Merín, Olegario, Porfirio... Sánchez Pinto estaba entonces en Arenas). Reunidos con E. Martín Nieto en su celda, devorábamos la «*Antología consultada del 52*» que yo compré (Bousoño, Otero, Celaya, Gaos, Morales, Hierro, Crémer, Nora, Valverde) y la revista «*Estría*» hecha en Roma por poetas españoles con Valverde como alma del grupo. Allí leímos traducciones de Rilke, de Claudel, de Hopkins, de Merton. El «*Adonais*», traducido por Vicente Gaos, leímos a Eliot en sus «*Cuatro Cuartetos*». Un mundo abierto y alucinante para unos muchachos ávidos de lecturas. Los nombres de Rosales, Vivanco, Panero, Ridruejo nos sonaban familiares, más que por sus obras, por sus idas y venidas a Gredos, hasta con aquel calambur de los dos más unidos: Rosanco y Viales. Detrás de ellos, como connotación obligada D. Alfonso Querejazu, de quien oíamos versos de Valéry y de Rilke, o aquellos de Machado, sentado D. Alfonso en una piedra, entre jaras, cerca del agua:

*Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!.*

Hasta que llegaron Luis Ramírez Beneytez y Felipe Doyagüez con obras originales, nuestro teatro fueron adaptaciones de Buero, de Mihura, de Italo Calvino. «*El Cuarto de Estar*» de G. Green fue discutida en «*Correo Literario*», en «*La Hora*», en «*Incunable*», y allí sonaban los nombres de Lili Álvarez, de Carmen Laforet. La novela y el cuento vendrían más tarde con los Sánchez Pinto, Vicente y Carlos.

El Diario de Avila supo acoger y dar eco a estas inquietudes. A veces recogiendo en sus páginas poemas de Luquero, Leopoldo Sánchez de la Cueva, de López Prieto. Y ¿qué fue de Argumosa? Murió, según tengo entendido. No lo conocí y fue buen poeta. Hubo recitales poéticos con nombres como Gerardo Diego. Exposiciones de Benjamín Palencia que nos abría los ojos a otra Castilla, inédita para nosotros. Nunca he conocido en Avila tanto entusiasmo cultural. Alguna losa ha caído sobre todo ello; pero las páginas de El Diario de Avila están abiertas para rastrear este pasado.

Noviembre, 88

UN SOMBRERO LLENO DE SOL

Son ya casi una docena de premios los que acreditan el buen hacer narrativo de Carlos Sánchez Pinto. No conozco toda su obra, pero puedo juzgar a la vista de *Nonato*, XXV premio «Ateneo de Valladolid» 1978, y está última, publicada en marzo de este año y premiada con el «Armengot» de Castellón 1981: *Un sombrero lleno de sol*. Confieso que el título evoca para mí un teatro casi desaparecido, de allá por los cincuenta; pero el contenido enlaza con el *tempo lento* que presidía el relato premiado en Valladolid y que fue su arranque literario.

¿Qué había en *Nonato*? Una sabia asimilación de tanta literatura ruralista, o falsamente aldeana, hecha por hombres de ciudad, pero recreada por Carlos S. Pinto con verdad sincera. Era su infancia puesta en los ojos de Nonato o asomada a ellos. Y éste es el peligro de un libro tan sincero: le sobra el buscar el acierto estilístico, el redondear la frase; y le salva siempre el acierto que golpea con una palabra, con un escondido recuerdo vuelto ahora viva leyenda:

- Haga un milagro, abuelo.

- Pero ¿qué milagro ni qué milagro?

Nonato era ese milagro de salvación de una infancia, más, de una cultura que se ha ido al garete en nuestros pueblos, por falta de valoración de la misma.

Pero el lector apresurado podría identificar autor y personaje, en demérito de la narración. Por eso el contraste con *Un sombrero lleno de sol* viene a advertirnos de que se trata de criaturas literarias. Allí era la

infancia, aquí es la adolescencia, el tiempo de estudio, de internado, el primer amor, casi stilnovista. Y los personajes se independizan del autor: Raúl Pedrajas White, Helen, don Hilario, Eva, y la madre, lejana y distante como en los cuentos de *Jardín Umbrío* de Valle-Inclán. El lenguaje de *Nonato* tenía más color, era sin duda verdadero; aquí es más estudiado, más literario, rozando un modernismo del que hay buena muestra en nuestros clásicos recientes y, por otra parte, buscando la libre imaginación de hispanoamericanos, o, más cerca, de *Alfanhui* o de *Félix Muriel* de Rafael Dieste.

Un sombrero lleno de sol parte de un yo autobiográfico, para sorprendernos con un tú, que de momento creemos un lapsus de oficio en el narrador y que se afirma después, para pasar a unas notas de cuaderno de bitácora con que se cierra el libro. Pero la soledad del comienzo está ahora matizada por la memoria del amor a la espera de que éste lea alguna vez esas páginas. Un mundo de alusiones literarias está detrás de estas balbuceantes palabras: «Ya es otoño, Helen. Y el otoño me trata como a un árbol más, y me deshoja». «Miro durante unos momentos la mañana, desnuda ya de pájaros, y me bajo al salón donde mi madre lee junto a la chimenea».

Como su hermano Vicente Sánchez Pinto, estamos tentados de buscar recuerdos comunes y personas aludidas. Es como decía Vicente *el juego de las adivinaciones*, pero el riesgo es mayor y la actitud crítica de Carlos no es la de su hermano. Hay una memoria luminosa que incluso llena su sombrero de sol, como en Castilla y en verano.

Sept. 83

OLIMPICOS Y PARNASIANOS

El distanciamiento, la frialdad ante el texto literario, que exige hoy el crítico, me recuerda el distanciamiento entre Pericles y los suyos, que le mereció el sobrenombre de Olímpico. Pero los dioses no vivían en el mismo monte que las musas. No he conocido poetas olímpicos, aunque sí a algunos les diera por llamarse parnasianos. La razón puede producir distanciamientos, no así el corazón. Y el poeta se siente ante la poesía *captus amore*, como decía ya el entrañable Virgilio:

*...si quis tamen haec quoque, si quis
captus amore legit...*

Y esto debe haber ocurrido casi siempre, pues A. Machado llegaba hasta aquello de *poesía, cosa cordial*; y Rilke en sus cartas a un joven poeta recordaba: «Las obras de arte son de una infinita soledad y por nada tan poco abordables como por la crítica. Solamente el amor puede comprenderlas y tratarlas y ser justo con ellas».

Por otra parte, ante el inmenso abanico de posibilidades y direcciones de la crítica actual, imponer una, determinada, sería cerrar posibles puertas de acceso a la obra de arte. «Si el artista ha de mantenerse siempre libre -escribe Guillermo de Torre-, rebelándose ante cualquier clase de coacciones, del mismo modo el crítico ha de permanecer exento de todo partidismo metodológico que le cierre perspectivas. Cualquier dirigismo o atraillamiento me parece recusable». Se comprendería menos ese dirigismo dentro de la crítica revisteril que nos caracteriza en la actualidad. No será nunca igual la crítica ejercida desde un libro

que desde las limitadas columnas de una revista al uso. El daño que pudiera hacerse al lector ingenuo es presumible. Ortega -que creo yo que sí que tenía dotes para la crítica literaria, aunque esté demodé el citarlo- pedía «orientar la crítica en un sentido afirmativo y dirigirla, más que a corregir al autor, a dotar al lector de un órgano visual más perfecto». Si el crítico de una obra poética cuyo público -no nos engañemos-sigue siendo minoritario, logra ganar un lector de poesía y acercar unos textos, en apariencia sibilinos, a un lector común, debería sentirse humildemente recompensado. «Corregir al autor» y acentuar la dificultad del texto en cuestión ante los ojos asombrados del pobre aficionado y paciente neófito, eso sí que le acredita a uno de olímpico. Hace frío en el Olimpo. Baje pronto y déjese calentar por el gesto cordial del lector agradecido.

Octubre, 74

ESPONTANEO Y CONSCIENTE

I

Miguel Angel Espí, después de unos años de trabajo en silencio y soledad, vuelve a sorprendernos con sus dibujos y pinturas. Una obra bella nace, con frecuencia, de una soledad vivida hacia dentro con decisión de trabajo -insisto en ello. De aquí que las variantes de su obra, siempre distinta, no le hagan perder ese suave trasfondo de melancólica sinceridad en que traduce su vividura. ¿Cuántas cosas abandona? ¿Cuántas incorpora a su obra? Hay una tenacidad de auto-crítica que no le resta espontaneidad. Aquí, como Juan Ramón Jiménez quería (hoy ya se conoce más la faceta pictórica del moguereno), lo sencillo es *lo conseguido con los menos elementos; es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo. Y es el sólo arte: lo espontáneo sometido a lo consciente.*

Espí aparece consciente de su voluntad de no escasillamiento. Se aparta por igual del paisajismo como del hiperrealismo a ultranza. ¿Cómo evadirse de ello? Hay una lejana reminiscencia de Chirico en su evasión hacia lo abstracto, aquí atrevidamente combinado con lo figurativo. Los fondos fríos y parejos, que ya observábamos en anteriores muestras, ya no se subrayan con ninguna clase de insistencia; están ahí, dando esa nota purificadora de la realidad cotidiana que enmarcan. Ha desaparecido la figura humana, o unos leves pies -o pisadas- reflejan acaso su presencia. Pero es el abandono, la destrucción de un mundo humano por la técnica, lo que inesperadamente nos ofrece. ¿Qué son esos edificios retratados con primor, recuerdo de un ayer *modern style*, o esos porches donde unas hierbas trepan por la pared desconchada -casi un esbozo de romántico

apunte- enmarcados en cubos de deshumanizada arquitectura, abstracta geometría, o fría y meditada fuga hacia la línea o el vacío?

Algunos bilbainos podrán reconocer éste o aquel edificio de su ciudad; pero la pintura de Espí no es en absoluto localista. Si rehuía el paisaje, si bordeaba sin tocarlos los nuevos figurativismos, rehuye también todo color local. El haber abandonado el óleo y utilizado material acrílico ayuda a la tersura -y a la lectura también- de su obra. Todo es neto y justo; claro en su serena y amenazante realidad. Lo que hay de trabajo consciente e insistente, se verá con más nitidez en los dibujos. Nada se ha dejado a la improvisación. Medida y clara su melancólica actitud frente a esta edad de cemento y destrucción.

Agosto, 75

II

Vuelve a exponer en Avila Miguel Angel Espí, después de siete años. Quien conociera su pintura de aquellos días será capaz de comprender ahora el largo camino recorrido en su quehacer artístico. Miguel Angel Espí ha sido en primer lugar exigente consigo mismo. Algo ha quedado en su pintura de las sucesivas etapas que ha ido lentamente madurando. El trabajo y el estudio serio de los lienzos que estos días -del 16 al 27 de septiembre- nos ofrece, son un claro testimonio de estas afirmaciones. Algo permanece de su constructivismo pasado; algo de su abstracción, nunca total, que conjugó con la nueva figuración. Tan lejos del tópico al uso, su ya larga residencia en Bilbao, su soledad espiritual y su hondura de ánimo, le han llevado a esta pintura de colores fríos, perfectamente calculada, gozosa en la recreación de unos motivos marinos, con ausencia total de la figura humana, equidistante entre un lejano Chirico y un no aceptado nunca hiperrealismo actual. Parece

como si huyera de un posible encasillamiento. La superposición de planos, las extensiones uniformes y monocromas de abstractos cielos o masas de hormigón, se ven agitadas por el oleaje mínimo de un mar que es soledad o vida, acercamiento al misterio poético o al arte sin adjetivos. En algunos lienzos ha jugado más con la abstracción y nos lleva a una aporía, casi angustiosa, que resuelve con unas estrechas salidas a la mar, la libertad quizás. El mar así se ha tornado polisémico, capaz en estos lienzos de unas diferentes connotaciones e iluminaciones. Por ello creo que mal interpretaría al pintor quien sólo viera en sus cuadros las acostumbradas marinas decorativas de los paisajistas. La técnica puede acercarse al realismo, pero estos cuadros no lo son. ¿Quién pone puertas a la mar? y Miguel Angel Espí las ha puesto, no para cerrarlo, sino para abrir nuestro espíritu a una dimensión liberada.

Sept. 82.

III

Hace algún tiempo señalé la ausencia de la figura humana en la pintura de Miguel Angel Espí. Había creado unos espacios vacíos entre los primeros planos y el motivo central del cuadro, espacios que lograban un distanciamiento y que, apoyados por la uniformidad del material acrílico utilizado, hacían presente la soledad del autor o la soledad del hombre simplemente. Estos cuadros están solos -si se me permite expresarme de manera nada técnica. No hay figuras humanas; pero la huella del hombre queda señalada por los detritus de una civilización consumista. Podría decir como Rainer María Rilke: «sólo los objetos me hablan». De aquí la precisión con que puede elevar a categorías estéticas una lata abollada de coca-cola o un paquete de cigarrillos vacío; esto le salva, al propio tiempo, de la frialdad de un realismo excesivo que borrara las fronteras de la fotografía y la pintura.

No se trata de presentar objetos inútiles, perdidos en espacios despoblados. Miguel Angel Espí va más allá de la pura anécdota y deja transparente, bajo su técnica cuidada con detalle, la soledad de todo artista, de todo creador de belleza que perdure. Baudelaire, aquel gran conocedor y crítico de pintura, buscó la soledad como personal realización de sí mismo: «Al fin sólo - llega a decir-. Durante algunas horas poseeré el silencio, ya que no el reposo. Al fin la tiranía del rostro humano ha desaparecido, y no sufriré más que por mí mismo». La ausencia del rostro humano en la pintura de Espí nos libera de esa tiranía, pero nos revela el dolor de ser hombre y sufrimos, no por nosotros solos, sino por una humanidad que va cerrando caminos tras de su propia y sucesiva degradación.

Octubre, 1983

ADIOS A AZORIN, DESDE AVILA

Adiós a *Azorín*, desde Avila, en «Una hora de España».

«Todo pasa; -escribía *Azorín* en «Los pueblos»- los seres queridos desaparecen de nuestro lado; un estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu».

Ahora es él el que parte, el que desaparece como aquella lucecita roja en la noche, en la negrura. Nos deja su estela de amor y de melancolía. Todo pasa.

Cuando leíamos a *Azorín* era grato saberle en Madrid, pensarle en un cine, viendo pasar las imágenes como la vida, como el tiempo. «¡Ah, Tiempo ingrato! ¿Qué has hecho?». Desde mi adolescencia estaba *Azorín* en mi vida. Su estela de melancolía iluminaba el pobre paisaje de mi tierra, me lo descubría; aprendía a amar a Avila de la mano de *Azorín*. Nadie como él para mostrarme sus calles en «Una hora de España»: Barruecos, Caballeros, Cozuelo, Cuchillería, Maldegollada, Tallistas, Tres Tazas, Muerte y Vida, Tejares... O esas plazas «encanto de las viejas ciudades españolas», evocadas con la sola enumeración de sus nombres: «Las plazuelas se llaman de la Catedral, de la Feria, de Fuente el Sol, de Magana, de Ocaña, de Pedro Dávila, del Pocillo, del Rollo, de las Vacas, del Rey Niño, de Nalvillo, de Zurraquín...» Las posadas de Avila: la de la Estrella, la de la Fruta, la de Vulpes, la del Puente...» «¡Ah, tiempo ingrato!» Hace poco desapareció el último resto del Mesón de la Fruta. Ni una línea, ni un recuerdo para él. Avila se desmorona. De nuevo necesitamos esos ojos revividores del Maestro *Azorín*, su estela de luz diminuta, obstinada, capaz de descubrir el

mínimo detalle, el pequeño, humilde contorno de una piedra labrada sobre el dintel de una puerta: *Messón de la Fruta*. El no llora hoy tu marcha, porque ya no existe.

Azorín vuelve en sus libros sobre Avila. Y al tiempo, al que deja la ironía de lo que somos. ¿Quién nos reconocería?: «Los caballeros dominan la ciudad. Tiene todos gusto intenso por la política. La multitud está avezada a la vida ciudadana»... «Los ciudadanos viven en constante preocupación por los negocios públicos. Los ánimos están prestos a la acción»...

Todo pasa. «El oro no puede nada contra el tiempo», escribe *Azorín* en «Doña Inés». Pero el tiempo será vengado por una obra clara, tersa, donde la palabra tenía alas y libertad dentro de cada corto, cortísimo período, y la palabra no muere, la tuya, *Azorín*, perdura fresca como un agua (¡aquel cura de «un pueblecito de Avila» que bebía un vaso de agua transparente mirando tras los cristales el límpido paisaje del Riofrío!) como un agua clara, siempre idéntica, siempre confortante.

Es mi adolescencia, mi juventud lectora de *Azorín*, la que se duele hoy al conocer su muerte. En esta nueva hora de España, abierta, inquietante de proyectos y perspectivas, a la que con fe quisiéramos entregarnos, para hacerla justa, grata, te has ido dejándonos un manojo de tus mejores páginas en las manos: «España Clara». Como en mis años de adolescente, será ahora tu prosa y la estela de tu amor por nuestra patria y tu melancolía limpia por el hombre lo que me ayude a seguir amando contigo -ya que el amor perdura más allá de la muerte- tu Avila, mi Avila, en la que aún te siento vivo.

Marzo, 67

LOS ESTORNINOS

Mientras seas feliz -dijo el latino Ovidio-, tendrás muchos amigos; pero en tiempo nublado, estarás solo». Desterrado en Tomis, sus amigos de Roma lo han olvidado. Y qué curioso es ver cómo los clásicos entraban en la cultura popular de España sin esfuerzo ninguno. Celestina, aquella vieja de la cuchillada que solía vivir cabe las tenerías, en la cuesta del río, citaba a Séneca con la naturalidad con que hilvanaba consejos y decires. Tal vez conocería ella este refrán, o quizá por su edad no alcanzó a ello. *Mientras tienen frutos los olivos, son sus amigos los estorninos.* No se nombran los olivos en el libro de Rojas, y Celestina habla de tordos y de cuervos, no de estorninos. Por primera vez se nombra el estornino en 1490. Rojas andaba en Salamanca por entonces. Quizás apareció nuestro refrán en la tierra andaluza y no en Castilla ¡Lástima, Celestina! De conocerlo, hubieras sospechado que Sempronio buscaba tu dinero, no tu amistad.

Abril - 79

EL MARCO TERESIANO

Desde donde escribo, casi puede verse el tabladillo que servirá para la misa que ha de celebrar el Papa en Avila, ante el lienzo noroeste de la muralla, junto a la puerta del Carmen. Este será el marco del acontecimiento: Avila verá al Papa ante un símbolo de su ciudad; y el Papa verá a los abulenses apostados en la ladera que baja de la puerta del Carmen hasta la Encarnación, un recorrido que pudo hacer Juan de la Cruz, cuando fuera confesor de las calzadas en sus únicos años avileses. Y, ahí, en la Encarnación, se ha levantado otro tabladillo en el interior del monasterio, donde el Papa Wojtyla tendrá su encuentro con las monjas de clausura. Aquí entró religiosa Teresa de Cepeda el 2 de noviembre de 1535; de aquí salió para su primera fundación en el 62, casi treinta años más tarde, e incluso aquí estuvo presa en una celda inaccesible al resto de las monjas, aunque amplia.

El Papa podrá recorrer el monasterio que es el que mejor guarda los restos de un naufragio de siglos triunfalistas: restos que evocan hoy la auténtica verdad o humildad de aquella monja que descubrió la belleza grande de un mundo interior en la pobreza grande de su encerramiento: allí las arcas de guadamecí con tachuelas doradas y los nombres de sus dueñas -Olmedilla- que recordarían a Teresa el origen de su madre. Calderas de cobre, útiles de cocina, tamboriles y pitos y sonajas; la celda prioral; la escalera por la que llegar el claustro bajo, al refectorio encalado, al patio amplio de humildes flores. Todo tan cotidiano y familiar, tan verdadero en su sencilla desnudez: los colores sobrios; el rojo reverbero del ladrillo, la luminosa cal de las paredes, el techo de

cuarterones bajos, acogedores, y aquí y allí, a veces, algún objeto de arte con que llenar lo ojos y ayudarse en la oración. La figura menuda de Juan de la Cruz podrá evocarse en algún rincón del monasterio, en algún locutorio, bajo, de amenazantes púas en las rejas. ¡Qué lejos le parecerá a Wojtyla su San Juan de la Cruz filosófico y doctrinal!. Aquí la sombra se desliza viva, vuelve a los versos: *salí sin ser notada,/ estando ya mi casa sosegada.*

El sosiego de Avila; porque, a pesar de los cambios actuales (de poco tiempo a esta parte la ciudad se ha rejuvenecido -pubs, discotecas, clubs, hornos de asar, pequeños restaurantes, nuevos hoteles-), la ciudad no se turba con nada: un pequeño movimiento sacude a la clase política si se crea un nuevo partido; una ligera comezón de cargos y nombramientos agilita al clero ante un evento desacostumbrado; y se vuelve al sosiego del vivir cotidiano. Que esta ciudad es para vivirla, y pasearla y patearla calle a calle y piedra a piedra; cosa que podrá hacer el peregrino, y no el Papa, «que lo hará en coche descubierto, a marcha lenta, por calles valladas», y a quien un helicóptero elevará más tarde sobre las torres de la ciudad alejando palomas y vencejos.

Pero, porque él llega, se han rescatado las viejas piedras de la muralla ocultas por viviendas posteriores, se han arreglado plazas y jardines, se han ensanchado los accesos a la ciudad y construido tres puentes bajo el ferrocarril y uno sobre el Adaja, y hasta el monumento a la Santa parece llevar camino; la curia episcopal ha vendido tierras para remozar sus antiguas dependencias. La gente acude a ver las obras como si de algo propio y familiar se tratara. Hay una complacencia gustosa en que todo esto se haga; aunque sepamos que la ciudad es pobre, pequeña su industria, endeudado el campo tras tanta sequía, maltrecha la ganadería. El Papa viene a una ciudad cercana y equidistante casi de Madrid y Salamanca, sus dos grandes obstáculos para el desarrollo económico y cultural propios. Aquí no hay élites; hay pueblo llano, y no espera, creo yo, del Papa soluciones a sus problemas, sino palabras del corazón con que compartir la fe.

Se esperan multitudes; pero yo quisiera un imposible; quisiera que Wojtyla paseara la ciudad al atardecer, al toque de campanas, como las oyera Unamuno o Larreta, cuando «la ciudad se hacía toda armoniosa, metálica, vibrante, y resonaba como un solo bronce, en el transporte de su plegaria». Que subiera por la calle Tres tazas, Telares, Sto. Domingo, la antigua judería, la sinagoga tal vez donde se ve ahora una ojiva deshecha por un balcón posterior, y llegase a la casa natal de Sta. Teresa, una antigua ceca que compró don Alonso en la calle de la Dama. *¿Qué fueron, sino verdura de las eras?*. Aquí encontrará el visitante una iglesia barroca, lugar de devoción del todo Avila, y la imagen procesional de Santa Teresa de Gregorio Fernández y un Cristo *muy llagado* y algún resto del huerto en que jugó Teresa nada seguro o verdadero. Son los carmelitas, confesores de la ciudad, en otro tiempo también predicadores en los pueblos. Y al salir, de la Santa, por la puerta de Montenegro, perder la mirada por el Valle Amblés transparente de lejanías y delicados verdes. Recorrer callejones y placitas; serviría a la sazón de cicerone el Azorín de Una hora de España: «En Avila - dice- existen muchas plazuelas. Las plazuelas son el encanto de las viejas ciudades españolas. La piedra de los edificios es cenicienta en Avila. El silencio, hoy, en las plazuelas es profundo. Lo gris de la piedra hace resaltar más lo azul del cielo. Las plazuelas se llaman de la Catedral, de la Feria, de Fuente el Sol, de Magana, de Ocaña, de Pedro Dávila, del Pocillo, del Rollo, de las Vacas, del Rey Niño, de Nalvillo, de Zurraquín»... Contemplar, de pasada, la arquitectura sobria de los palacios de los Vela, los Almarza, los Superunda, los Guzmanes, Polentinos, Dávila, Valderrábanos... junto a la calle de la Muerte y la Vida, al lado de los claustros góticos, hoy remozados, de la Catedral. Quisiera que el Papa entrara en ella, que admirase la belleza del trascoro, esa delicia apócrifa de los relatos de la infancia de Jesús en piedra caliza y renacentista, junto, o frente por frente de los tebeos de Carrasco. Rezar ante la Virgen de la Caridad, la nueva madre de Teresa cuando perdió la de este mundo; detenerse ante el sepulcro-retablo de

El Tostado, junto a D. Santos, otro obispo que habría disfrutado de esta visita. Salir por la escalera de San Segundo y llegar a San José, primer palomarcito de Teresa.

Para el profano, un conjunto arquitectónico nada llamativo, la entrada a la iglesia frente a la casita de Julián de Avila; al lado un museílo con recuerdos teresianos. Dentro, en la capilla de S. Lorenzo, casi un panteón familiar: ahí están enterrados don Lorenzo y don Pedro hermanos de Teresa, su tío Francisco Alvarez de Cepeda, sus sobrinos Diego Mejía y su mujer. Allí reposaría ella también de no haber torcido su camino hacia Alba, aquel setiembre de 1582. Pero Wojtyla podrá entrar hasta ese centro o corazón donde Avila reza. Fueron tres o cuatro casas que Teresa compró y uniría luego sin muchos proyectos, con espontánea sencillez: corredorcillos y escaleras de vieja madera, donde un reloj rechina acompasado, cansada ya su maquinaria de siglos: «Dame consuelo oír el relox, porque me parece allego un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida».

En San José Teresa intentó realizar sus sueños de nuevo ideal monástico, con un toque austero, «al estilo de los ermitaños», dirá. «De un palomar que compró la Santa -escribe Jiménez Duque- y que queda en el centro de la huerta, hizo cuatro ermitas: la de Santa Catalina, la de San Agustín, la de Nazaret, la del Santo Cristo» con un Jesús atado a la columna, *El Cristo de los lindos ojos*, que Teresa contemplaría en soledad. «El aire, aromado de santidad, que allí se respira -sigue Jiménez Duque-, es aire teresiano, es el perfume de la Santa Madre atardado en aquel primer *palomarcito de la Virgen*, como ella le llamara. Y en ese marco de ascetismo penetrante alienta todavía la llama del espíritu»... «En clausura todo es reliquia y relicario. La cocina y refectorio primitivos de extrema pobreza. El diminuto claustro que ella hizo edificar y donde se encuentra la campanita del día de la inauguración, rota tal como saliera de la fundición. El patiecillo *del cohombro*, de lo más primitivo de la casa que adquirió la Santa... La

escalera de Santa Ana con la imagen de la santa titular. La escalera del diablo por donde rodó Teresa la noche de Navidad de 1577 y se rompió el brazo izquierdo para siempre... La celda de la Santa Madre, con el poyo de ladrillos donde a veces escribía... Allí se escribieron la Autobiografía, las Constituciones, el Camino de Perfección, las Exclamaciones, la segunda mitad de las Moradas, centenares de cartas...

Si hemos encontrado el sosiego de Avila tras esta vista, no lo perdamos. Nos espera Santo Tomás con su claustro gótico del silencio, el otro mayor de los Reyes, con rosas tardías resguardadas de los primeros fríos del otoño. Aquí el sepulcro delicado, de alabastro renacentista, del Príncipe Don Juan, obra de Domenico Fancelli, rodeado de penumbra, bajo la alta bóveda del templo. Cerca se confesaba Teresa y allí recibió consuelo su alma inquieta. Ella, a la que rondaron los señores inquisidores, se aconsejaba del dominico Padre Báñez, aquí en Santo Tomás, donde fuera prior Torquemada y presidiera el Tribunal Inquisitorial de Avila.

Juan Pablo II habrá tomado el helicóptero para llegar a Salamanca y Alba. Sobrevolar Avila, como vemos algunas mañanas domingueras a las avionetas del club de Sanchidrián, y ver la ciudad abajo, circundada por la muralla, y dentro, como un laberinto, los pequeños huertecitos del Avila viejo; cada casa con su pozo, su huerto diminuto: «Esos jardinillos enjaulados!» -exclamaba Unamuno- «En la obra de la Santa de Avila -escribía- se ven esas dulces huertas interiores de esta tierra grave y tan llena de roca, de hueso. Aquí en esta tierra, se comprende lo que es eso del jardín interior del alma, del jardín cercado y con su humilde noria».

Y de este castillo interior y laberinto, llegar a Salamanca, la blanca -que dice el cantar de los carboneritos. La ciudad plateresca y luisiana y unamuniana; la de los nombres de Cristo, en la Flecha, junto al Tormes (¿Qué sería Avila si pudiera reflejar sus murallas sobre el Tormes?), y la piedra dorada que la alegra y la calienta, frente a la granítica grisalla abulense, Salamanca estudiantil y ganadera. Allá fue Teresa, con tiempo lluvioso, embarrados los caminos, un primero de

noviembre, fiesta de Todos los Santos. La casa abandonada, vacía; el miedo a los estudiantes que antes la habían habitado; las campanas tocando a ánimas toda la noche, la conversación de las dos monjas viejas (Teresa tiene ya 55 años); tanta situación divertida «que me daba gana de reír», dice la Santa.

Teresa de Jesús llegará a Alba de Tormes en el 71 para fundar y en el 82 para morir. Allí queda un resto del castillo ducal de los Alba. En el primer rellano de la subida de la torre, unas pinturas murales evocadoras de glorias militares y cesáreas: Carlos, el Emperador, y Don Fernando Alvarez de Toledo, el tercer duque. Documentos y cartas de Juan del Encina, de Lope. En el centro de la villa se arraciman las iglesias; Santiago, San Juan, bella mezcla roja y gris de piedra y de ladrillo, románica y mudéjar, y la Anunciación, con portada de frontón renacentista, en semicírculo. Aquí vino a morir Teresa aquel otoño del 82. Aquel viaje épico desde Palencia a Medina del Campo y de Medina a Alba, en la carroza de la duquesa Doña María Enríquez: «¡Oh gente ilustre: abrid por el amor de Dios los ojos...! ¿Pensáis por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros?», dirá en las Fundaciones.

Pero aquella *gente ilustre* torcía su camino y dilataba sus últimas decisiones; ir a Madrid a fundar. Y no fue así. Con harto molimiento, desangrada, moría en Alba, aun a pesar de todo, «hija de la Iglesia».

Vean ahora su descuartizamiento: el brazo, el corazón, una clavícula, un dedo. Arriba, tras una verja, en una urna de plata y mármol, descansa lo que queda de Teresa. Pero la vemos viva como Fray Luis: «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa mientras estuvo en la tierra; mas ahora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros». En la Anunciación de Alba sus hijas velan su memoria y la afirman cada día sobre este mundo nuestro. «Y en esta vejez de la Iglesia -añadía Fray Luis- Dios tuvo por bien demostrarnos que no envejece su gracia».

Setiembre, 1982

III

OTROS NOMBRES



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Valencia, 1982

WOJTYLA POETA

Sería preciso remontarnos en la Historia hasta el Papa San Dámaso que escribía versos en honor de los mártires, para encontrar, como en Wojtyla, otro poeta que a la vez sea Pontífice. Amigos y mecenas de las artes, en el Renacimiento, muchos; pero lo profano invadía el ámbito de lo evangélico, y la magnificencia de los palacios, de las fuentes y pórticos y logias, haría olvidar las humildes pisadas de las sandalias del Pescador.

De Pablo VI sabíamos que era amigo de poetas y lector frecuente de ellos. En Karol Wojtyla su poesía es anterior al Pontificado, ajena por tanto al mismo. Pero, allí, en el Vaticano, se han vuelto a oír, como en los viejos tiempos, las voces de actores que recitaban, no una obra celebrada de un autor del momento, sino la propia obra del Pontífice mismo.

El idioma del Papa nos es desconocido. ¿Cómo escribe el Papa? El mismo dice:

*cuando se habla, alrededor, en idiomas diferentes,
siento crecer el río de las generaciones;
cada una lleva al tesoro de su tierra
cosas antiguas y cosas nuevas.*

Leído en castellano, tenemos el temor de no llegar a comprender ese tesoro aportado por su lengua. En esas cosas antiguas y nuevas creo que está resumida la visión evangélica del mundo, que Wojtyła comunica en sus versos.

El está convencido de la importancia de la palabra, que puede apresar la energía del mundo. Pero hay que cuidarla, advierte:

*A las palabras tienes que observarlas
largas horas, despacio,
igual que a los insectos
detrás de los cristales.*

Y esa observación le llevará a una lucha por el dominio de la expresión, aunque reconozca la resistencia que el lenguaje pueda ofrecerle:

*Ninguna palabra, gesto, señal, abarca
la imagen entera,
en la que tenemos que entrar solos
para luchar,
como lo hizo Jacob.*

Y anotemos aquí la afluencia a sus versos de las figuras bíblicas (la lucha de Jacob con el ángel; el diálogo nocturno con Nicodemo; el pozo de Siquem y la Samaritana) que no vienen a repetir lo ya sabido, sino a explicar las realidades presentes:

*Si buscas el lugar donde Jacob luchaba,
no vayas a las tierras de la Arabia,
ni busques el arroyo en el mapa:*

*el rastro está más cerca.
Deja tan sólo que en el horizonte aparezcan
las luces de las cosas.*

La palabra observada, buscada con trabajo y con lucha, iluminará la realidad. Creo que esta preocupación por la palabra tiene una gran modernidad (recuérdese a Octavio Paz, entre otros) porque la poesía está hecha de la palabra, sin que por esto se agote en ella misma. Pero hay algo más; Wojtyla reconoce que el idioma polaco, si pasa al extranjero es para desaparecer en el concierto de otras lenguas que «no han querido hacerle lugar»; esa soledad lingüística les hace ahondar en sus raíces a la vez que puede aislarlas en el mundo:

*el nuestro, nuestro idioma,
fortalece el vínculo que nos une,
pero no nos abre al mundo.*

De aquí el temor, que antes apuntaba, de no llegar con traducciones al corazón de su verdad profunda:

*hasta encontrar lo que pesa en el fondo como el fruto que
madura
en las palabras.
¿Es el peso que sintió Jacob
cuando las estrellas caían sobre él cansadas
como los ojos de sus ovejas?.*

Ese fruto maduro, a veces, se nos oculta en las palabras nuestras con que nos llegan sus versos, y él se repliega a sus raíces, a su Polonia, su patria, «tierra de difícil identidad»...»tierra dominada por la libertad de uno contra todos», y se siente «trovador eslavo», y su canto quisiera ser «libro de las nostalgias eslavas». Hay un hermoso canto al trabajo. *La cantera*, donde se incluye un doloroso poema *en memoria de un compañero de trabajo*:

*Su tiempo se agotó. La aguja, de repente,
cayó brusca hacia atrás, tensión en punto cero.
La piedra penetró hasta el fondo del hombre
y tanto la aceptó, que el hombre se hizo piedra.*

Es esta una poesía de testimonio, a la que ha llegado desde una anterior más existencial y casi metafísica, donde predominaba el pensamiento, la preocupación definitoria. Pero, aun aquí, Wojtyła se liberaba de la pura abstracción en un río de imágenes que brotaban de las páginas de la Naturaleza y de la Biblia, sus dos grandes lecturas; véanse *Canción sobre el sol inagotable*, o *Cántico al esplendor del agua*, o *Canción sobre el Dios oculto* (el *Deus absconditus* de Isaías y de Pascal), poemas llenos de aciertos felices, quizá menos densos que los arriba anotados, pero que aparecen como brotando del caudal interior de la plegaria, y que reúnen los dos elementos precisos de la oración: poesía y silencio.

Setiembre, 82

THOMAS MERTON, AQUEL MUCHACHO

«Tenemos presente -escribía Merton- que el silencio es mejor que las palabras, aun cuando hablar sea necesario». Y mejor fuera mi silencio y mi oración cuando desaparece un amigo, que las palabras pobres que nada dirán. Podría recordar mis primeras lecturas de aquel escritor americano: mi encuentro con él a través de sus libros, ¡tantos títulos!, que devoraba con la secreta esperanza de conocerle un día: «Lo único capaz de salvar al mundo de un completo colapso moral es una revolución espiritual». Y él la realizó desde el olvido y apartamiento de su abadía de Getsemaní.

Llegué un día allá para compartir su hospitalidad y su alegre compañía. Salíamos a los bosques que rodeaban la abadía; cortábamos pinos, plantábamos fresas y cebollas; éramos felices bajo el frío temporal de febrero. Nevaba sobre los montes de Kentucky y Thomas Merton y Ernesto Cardenal y Fray David y aquel novicio filipino y aquel puertorriqueño, y el postulante negro que comulgaba en mis misas celebradas en la cripta de la basílica, gozábamos de una paz sin adjetivos. Sólo Paz. Adivinar al Merton inquieto, al intelectual acorralado de *La Montaña de los siete círculos*, era difícil cuando le veía a mi lado con su «overall» gastado, sus grandes botas con barro, la capucha echada, único distintivo de monje en las tardes de trabajo en el campo. Sólo aquella risa franca que lucía junto a su castellano del Caribe y aquellos ojos felices, hacían comprender una vida honda, y la transparencia de su mirada, la costumbre de la contemplación.

Eran dos hombres los que había conocido: el escritor y el poeta.

uno; el otro, aquella sombra amiga de la trapa, activa y profunda, un Thomas Merton que caminaba a grandes zancadas y ordenaba su trabajo por señas a los novicios y acogía familiarmente a los amigos; nunca extraño. Un buen muchacho americano. Tan distinto de todos. El había enseñado el valor de la verdad desnuda a su pueblo. «El súbito interés de los estadounidenses por la vida contemplativa parece probar claramente una cosa: que la contemplación, el ascetismo, la oración mental y lo espiritual son elementos que vienen a ser descubiertos por los cristianos de nuestra era como una necesidad». Nunca había visto en España algo parecido a aquellos «week-ends» en la abadía de Merton. Comenzaban a llegar familias enteras; era la Septuagésima y aquellos americanos practicaban un fin de semana encerrados en la abadía, en silencio absoluto -hasta se leía en el comedor- escuchando durante dos días a un trapense que sabía decir lo que el amor a sus hermanos le dictaba: palabras verdaderas. Porque «tenemos presente el pensamiento de que el silencio es mejor que las palabras, aun cuando hablar sea necesario, porque la fe viene por el oído y la simiente de la contemplación, que no es más que la simiente de la palabra de Dios, sólo puede ser sembrada en los corazones por las palabras de otros hombres».

Su visita al Dalai Lama del Tibet no llegó a realizarse. Allí estaba la muerte en Bangkok. Sus huesos no dormirán en aquel cementerio pegado al ábside Nuestra Señora de Getsemaní:

*Oh, no temáis
que los pájaros que parlotean en el campanario solitario
divulguen nunca vuestras leyendas.*

.....
*Las cruces sencillas están contentas de ocultar vuestras
identidades.*

Ni yo tampoco, amigo Thomas Merton, trato de mancillar tu recuerdo con mi parloteo inútil. Que el silencio en que nos dejas sea la señal

de la paz que gozas en el Reino. Tu exilio ha concluido con un lance extraño. Pero tú afirmaste vivir bajo el signo de Jonás «dentro del vientre de una paradoja». Y allá espero encontrarte en la alegría de la Resurrección.

Diciembre, 1968

MARIA DE ZAYAS

Cuando Cervantes publica la primera parte del *Quijote*, María de Zayas y Sotomayor es una muchacha quinceña asomada a la literatura. Había sido bautizada el 12 de septiembre de 1590, según reza el Libro de Bautismo (nº 3, fol. 213) de la parroquia madrileña de San Sebastián. Me extraña que en este año 90 de su tercer centenario se haya olvidado su figura. ¿Quién fue la Zayas? Seguramente una buena lectora desde niña. ¿Quién no reconoce en aquel zagal, perdido en la montaña, junto a la fuente, cantor de quejas amorosas, de su novela *Aventurarse perdiendo*, un eco de la Dorotea, también vestida de hombre, perdida en Sierra Morena, del *Quijote*? Cervantes publica luego sus *Novelas Ejemplares* y este mismo título dará María de Zayas a su obra.

Acompaña a su familia a Nápoles en el séquito del conde de Lemos, precisamente cuando Góngora aprendía, desde la indigencia de sus últimos años, a desear *buen viaje* a príncipes poderosos. La pobreza salvó a Góngora de la alabanza cortesana en la que otros -Lope incluido- cayeron con dudosa devoción. En Nápoles María de Zayas debió gustar de las fiestas y reuniones aristocráticas. Lo recuerda en *La fuerza del Amor*. No creo que eludiera el ambiente familiar. La ausencia de datos biográficos puede suplirse con pequeñas referencias sembradas aquí y allí en sus novelas. ¿Leyó en Nápoles al Boccaccio? El llanto de Fiammetta ¿no resuena en la novela *El imposible vencido*? La disposición entera de la obra: damas y galanes compitiendo en destreza de la danza, en los juegos, y su discreción para contar historias (Maravillas, dice la Zayas), ¿no recuerda el hilo argumental de los cuentos boccaccianos?. Me desagrada ese encasillamiento decimonónico

de novelas cortesanas en que se ha incluido su obra. No, no es la Corte; es esa burguesía con visos de nobleza, deslumbrada por la pasión barroca del linaje, lo que nos transmiten los personajes de la Zayas.

Su vuelta a Madrid, su asistencia a las llamadas academias madrileñas, tan lejanas -aunque herederas- del Renacimiento, es, a mi corto entender, lo que perdió a María de Zayas. ¿Qué tiene que ver ella con la picaresca del momento? Pero se sintió halagada por los escritores Pérez de Montalbán y Castillo Solórzano, y tributó como ellos su desmedido culto a Lope. Y Lope era Madrid; esto sirve de atenuante.

En medio de una literatura que ha vuelto al antifeminismo más atroz, ¿qué hace una mujer, sino luchar para que no ahoguen su voz? Camila Lucinda, diestra en el soneto, es invención de Lope; él mismo habla por boca de Lucinda. Pero María de Zayas se sabe mujer viva y culta, en un mundo machista que la lleva al desengaño, distinto y distante tal vez del de Góngora o Gracián, pero al fin desengaño. Contra este mundo lucha. La novela *Al fin se paga todo* transcurre en Valladolid (tal vez estuvo aquí con su familia cuando se trasladó la corte a esta ciudad). Las bromas que por azar urde la protagonista contra su amante, conducen al mayor ridículo que María de Zayas ha imaginado contra machista alguno. Aquel hombre huyendo de noche encajado en el marco de una ventana, como un retrato viviente de un don Juan corrido, era portugués. ¿No se ofenderían los donjuanes españoles si ese hombre del marco fuese un castellano hidalgo? La actitud antiportuguesa puede ser un ardiz; en definitiva se trata de un hombre, y esto basta a su intención satírica.

¿Se casó María de Zayas? ¿Profesó religiosa? ¿No será la propia escritora la discreta Lisis que preside las reuniones de su obra y que termina profesa en un convento de concepcionistas? Quizá muriera hacia 1669 ó 70. Ella se tomó «el trabajo de volver por el honor de las mujeres y defenderlas» en un siglo donde las cabezas pensantes las denigraban.

Diciembre, 90

LA CACATUA ATMOSFERICA

Las tan traídas y llevadas palabras de Guillermo de Torre sobre el enriquecimiento -o no- de nuestros escritores en exilio, han encontrado siempre objetores y defensores. Por mi parte, y a la vista de algunas obras, creo en ese enriquecimiento. Al menos en lo que a universalidad de mensaje pueden aportar, ajenos como viven o han vivido a nuestro doméstico horizonte. Pienso en Sender, en Ayala, o en Serrano Plaja, en cuanto a narrativa. *La cacatúa atmosférica* (Arturo Serrano Plaja. Biblioteca Paralela. Editorial Joaquín Mortiz. México. 1977), recién editada en México, sorprende, como en otra de Sender *El bandido adolescente*, la captación de una tradición hispánica en tierras norteamericanas. Es otro mundo, pero con una huella española soterrada que el exilio ha puesto de relieve. Por otra parte, al estar lejanos de los *mass-media* españoles, su castellano es una lección de limpieza y buen gusto, vivido en la memoria como única patria posible en la distancia.

Serrano Plaja ha compuesto una narración detectivesca con una técnica de «suspense» de la mejor ley. El relato discurre por una doble vía, puesto en boca de Felipe Bastos, *the coroner* de Arbol Seco City, y el hallazgo del «Libro secreto» donde anota sus pesquisas el *private eye* Ciriaco Olmos, ambos pintorescamente transformados en Mr. Wastos y Mr. Holmes por gracia de éste último. Pero, como se nos advierte en la edición, este libro lleva como subtítulo *A California mystery*, en cuanto *mystery* tiene de policíaco y en lo que *misterio* tiene de medieval español y europeo: Misterio de la Pasión.

La preocupación religiosa de Serrano Plaja pudo constatarla el

lector español en su poemario *La mano de Dios pasa por este perro*, editado en *Adonais* de Madrid en 1965. Aquí rayaba en lo existencial. En *La cacatúa atmosférica* el tema religioso, colocado en segundo plano, va cobrando cuerpo sobre la base del *Dieu caché* pascaliano. Amparado por una cita de Einstein: «Sutil y dificultoso es el Creador, pero no es arbitrario ni malicioso» que Ziriac Holmos o Ciriaco Olmos había traducido: «Dios es sutil, pero no malicioso», desembocaremos al final del relato en esa religiosidad de búsqueda e inquietud pascalianas:

«Cuando algo está escondido -dice Holmos- está *escondido*. Si hubiese luz por todas partes y no hubiese obstáculo ninguno para encontrarlo, no estaría escondido, sino manifiesto. Por otra, si no hubiese luz ninguna, si todo estuviese oscuro, sería imposible encontrar nada. De manera que tiene que haber muchas tinieblas, muchas, pero también tiene que haber algo de luz. Es como en la ciencia. Se necesita el cerebro de Einstein para dar con la teoría de la relatividad. Pero si la relatividad no anduviese por ahí -dijo en tono más bien llano- ni el propio Einstein podría haber dado con ella. Por eso decía él que *Dios es astuto, pero no malicioso*. Lo que pasa es que la ciencia no es cosa para todo el mundo».

Las palabras son certeras, exactas. Tampoco la literatura es cosa para todo el mundo. (¿había que subrayar aquí la invasión de *best-sellers* en nuestras librerías y saber -por contraste- que el libro que nos ocupa no encontró editor en España?). Si una novela ha de crear personajes, los de *La cacatúa atmosférica* se recordarán definidos y claros por bastante tiempo: Presunta, trasunto de Magdalena, es un carácter inolvidable, creyente a su aire, lujuriosa, inocente, ella subraya las palabras de Holmos arriba anotadas: «a Dios no se le encuentra cuando uno quiere, sino que primero hay que buscarle bien, pero bien». Los próceres de la City, Mr. Rosebaum, Mr. White, Ralph Bunny el *sheriff*, don Cipriano Nievas el cura (o pastor católico, para Mr. White), hombre hundido en su miseria moral pero que, a la hora de aceptar esa culpabilidad universal en la muerte de Pez, o Iktos, o Iktus, recibe a Presunta, su

hija, sin ningún aspaviento, humildemente. Y uno recordará el árbol seco que fue manzano, ahora fosilizado, o hecho cruz, y la caverna de los indios quizá el sepulcro vacío, tan insignificante, tan sobrecogedor en su re-velación final.

El lenguaje es deliberadamente antirretórico, casi banal. Pero habría que pensar, por otra parte, en ese acercamiento a nuestro setecientos, como en Ayala, y en la preocupación cervantina del autor. ¿No se incluye en el relato el propio Serrano Plaja con parecido recurso al que Cervantes usa en el Quijote? («Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes», y «mi viejo amigo y compañero en los días del Ebro, Serrano Plaja, que ahora anda de profesor en Santa Bárbara») En ambos casos se está examinando un libro; aquí se trata de el *Edipo* de Séneca:

*Dime la sola cosa que los dioses quieren que yo sepa:
quién fue el que mancilló sus manos con la sangre del rey.*

Y a indagar este misterio Serrano Plaja dedica las páginas de *La cacatúa atmosférica*, novela de *mystery* en su bisemia reveladora. Y si alguien da con esta edición mejicana y lee el libro (lo que ya es suerte), sabrá la razón del título desacostumbrado y otras cosas admirables.

Febrero, 1978

EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO

He aquí un nuevo éxito, sin duda, del académico vallisoletano M. Delibes; (Col. Ancora y Delfín, 533. Destino. Barcelona. 1978) un cuento largo o relato novelado sobre las pasadas elecciones del 77. Una jornada de propaganda electoral de Víctor Velasco (V.V.), acompañado de Rafa y Laly. Cuatro primeros capítulos de preparación, otros cuatro centrales con el señor Cayo en su pueblo abandonado e idílico, y dos finales donde se recoge el relato con la paliza que los contrarios propinan a V.V. y vuelta a casa como final. Así de sencillo... pero... Yo creo que a estas alturas de la producción literaria de Miguel Delibes, nada importará que el relato en cuestión nos parezca poco. M. Delibes tiene una obra mayor que lo acredita; y aquí mantiene, en su parte central -amor a los pueblos castellanos, defensa ecológica, cultura popular, arte románico, vida campestre (¡el viejo Juan Jacobo!)-, su mejor modo de hacer y su léxico más enjundioso -tolmos, dujos, gárgol, alholvas, etc.- con caídas como «de súbito» o «sudeste», que él, que es académico, sabrá por qué.

Pero algo me impresiona tremendamente: La soledad del señor Cayo es en cierto modo trágica. No por el éxodo de los labradores al Norte, que ya es bastante, sino por su enemistad con «ese» vecino del que ni siquiera sabemos el nombre. Con «ese» no se habla. Pasa ante nosotros y se aleja. Nada sabemos de él. La paz idílica que llega a confundir al diputado en ciernes y hacerle sospechar que han llegado al pueblecillo para «redimir al redentor», se viene abajo ante tan terrible confrontación. ¿Cómo se puede vivir en un lugar aislado donde el

único vecino existente es objeto de una enemistad que obliga al desprecio de «ese» ser humano próximo o prójimo? El viejo Juan Jacobo no pensó en ello. La Biblia sí; y asoma, como en los versos de Machado, «la sombra de Caín sobre el planeta». Definitivamente el señor Cayo no puede redimir a nadie.

Y hay otro aspecto que se le tendrá que perdonar al autor por su asidua ocupación de caza. Supongo que Delibes no habrá sido nunca un cazador furtivo: pero mucho me temo que haya invadido el coto del Sr. Cela y le sobre al relato toda esa carga de lenguaje escatológico tan abrumadora en la primera y última parte. Rafa principalmente, y Laly, y Dani, «ed altri tali», han hecho progresos en el uso del «diccionario secreto» de C.J.C. Alguien dirá que así habla la joven progresía. Conozco gente así, no lo discuto. Pero me pregunto qué quedará de las cincuenta y dos primeras páginas si se traducen al checo o al polaco como simple experiencia. Aquello del espejo a lo largo del camino, es, creo yo, en primer lugar «espejo», es decir, no un sucedáneo de la realidad. Aquí nos encontramos en otra realidad, la literaria, que se construye con palabras que conllevan una significación creo, una cosmovisión en último término. Bueno, todo son opiniones, y en ese campo nos movemos.

Me pregunto finalmente en qué partido milita Víctor Velasco. Los de las cadenas y las porras que lo atacan está bastante claro. Pero Víctor Velasco podría ser, al cerrar el libro, un mártir de la causa, y algún partido se lo va a tener que agradecer al novelista. He preguntado a varios lectores y coinciden conmigo en el nombre del partido, siquiera por exclusión. Pero el autor no lo nombra y basta. Recuértese lo del «espejo».

Enero, 79

HA MUERTO EZRA POUND

Mary de Rachewiltz, hija de Ezra Pound, ha dado a conocer en la prensa italiana los últimos «cantos» de su padre que aparecerán en un volumen a finales de año

M'amour, m'amour'

*¿qué cosas amo,
dónde están?*

*He perdido mi blanco
al combatir al mundo.*

*Se entrechocan los sueños,
hácense añicos,*

porque he buscado construir

un paraíso aquí en la tierra.

y entresaco de otro poema:

*Cuando los propios amigos se odian tanto,
cómo en el mundo va existir la paz.*

Sería una nueva vacuidad discutir ahora su adhesión al fascismo y desaprovechar otra vez su extraordinaria lección poética y humana. Ese rostro, entre loco y profético, ascético y enérgico; blanca su barba e hirsuto su cabello; hundidos los ojos luminosos entre la ira y el orgullo, están hablando de tanto sufrimiento, campos de concentración, hospitales de locos, clínicas psiquiátricas, por donde rodaron sus pobres huesos. Por otra parte, el fenómeno de adhesión a aquella ideología fue

bastante general y amplio. «Como muy bien ha escrito Claudio Golier-cito a Giovanni Giudici-, casi todos los monstruos sagrados de la poesía europea del 900, de Eliot a Yeats a Benn, participaron del mismo error, y la búsqueda del porqué podría ser materia de un voluminoso ensayo». Pero pocos lo han pagado tan caro como Pound. Su muerte sella ahora su secreto y dará pie a los críticos para descuartizar su obra. Siempre con su nombre aparecerán los de esa gran constelación de escritores casi míticos: Eliot, J. Joyce, Hemingway, tantos otros a los que orientó con su correspondencia y sus escritos en revistas y publicaciones. Si Eliot se interesaba por Dante, Pound se verá influido por los poetas medievales de Francia e Italia, por los poetas latinos de la sátira y el epigrama. Con ellos la poesía norteamericana enlaza en sus raíces con nuestra vieja latinidad.

*El pensamiento de lo que América sería
si los clásicos tuvieran una vasta circulación...
¡Oh, bueno!
Eso turba mi sueño.*

dirá Pound, no falto de ironía. Nunca olvidó su condición americana, y esto no fue obstáculo para puntualizar sobre sus compatriotas en Italia:

*«e poi dissi alla sorella
della pastorella dei suini:
e questi americani?
si conducono bene?
ed ella: poco
poco, poco.
ed io: peggio dei tedeschi?
ed ella: uguale.»*

(Casi coincidente, desde distinta ideología, con el Neruda de «Las uvas y el viento») Ternura e ironía que rodean su obra de una cálida humanidad, de una sensibilidad profunda, tan lejana hoy de nuestra

poesía experimentalista y fría. ¡Cuánta gracia y frescura en sus epigramas! Se leerán siempre como recién creados (parejos a los suyos los de Ernesto Cardenal, con toques hispanoamericanos y políticos que les dan entidad propia).

*¡Ah, sí, cantos míos -dirá Pound-
¡Ah, sí, cantos míos, resucitemos
el excelente vocablo Rusticus
para aplicarlo con todo su oprobio
a quienes se aplica.*

Diciembre, 72

I CANTI (los cantos) de LEOPARDI

Juan Bautista Bertrán nos acaba de ofrecer en *Libros Río Nuevo* (Ediciones 29. Barcelona, 1978) la obra completa en poesía de Giacomo Leopardi (Recanati, 1798 - Nápoles, 1837).

En edición bilingüe, con un estudio previo del traductor, Leopardi aparece en España en tiempos poco propicios a los clásicos. Pero era necesario. He seguido con inquietud su aparición por lo que esta gran figura del *Risorgimento* italiano significa, y por lo que en algunos aspectos de la obra de Unamuno, significaba. Quizá haya sido el Rector de Salamanca quien haya leído -como en otros muchos casos- con más profundidad los Cantos de este poeta escéptico y nihilista. Leerlo ahora puede contrastar algunos aspectos del panorama poético español.

¿Qué permanece de Leopardi? Por supuesto, no sus caídas retóricas o sus largas meditaciones patrióticas y melancólicas. Todo ello era normal (o norma) en el XIX (así su canto *A Italia*, o *Sobre el monumento a Dante*, etc., aunque el autor de Recanati no olvide en estos poemas su condición de fino catador del lenguaje). Tampoco su preferencia por la palabra cultivada, alejada del vulgo, como decir *abitator de'campi* por *contadino*, etc. Conviene tenerlo en cuenta, si bien en el lenguaje nos hallamos en el polo opuesto, frente a tanto experimentalismo redivivo y tanto doctrinarismo pseudopoético actual. (Poner el interés de un poema en la pura actualidad y advertir de antemano -pongo por caso- que para leerlo hay que tener en cuenta *l'uomo in frac* de Domenico Modugno, no deja de ser el extender la partida de defunción del poema antes de que nazca).

Leopardi no se aferró a la actualidad de su época. Es un *risorgimentale*, pero sin doctrinarismo. Lo que queda tras la lectura de *Los Cantos* es sobre todo la intimidad, la profunda intimidad del alma humana abatida y escéptica, pero alta y ennoblecida por un rigor ético, que brota de la nada que el autor ha contemplado despavorido. Por eso sigue estando ahí, por encima de todo el libro, el canto XII: *l'Infinito*, esos quince endecasílabos blancos, dolientes y estremecidos, donde lo eterno se hace presente hasta en la negativa actitud del poeta al que le es grato naufragar en el recuerdo «de las muertas estaciones, y de la presente, viva y rumorosa».

En otros cantos (*La noche del día de fiesta*, *La vida solitaria*, o el dedicado a *sí mismo*, donde toca fondo su nihilismo) la belleza misma de la palabra permanece fresca. Podemos trastocar sus versos en la memoria con otros de Quassimodo, Ungaretti, o nuestro Fray Luis de León siempre tan vivo, o el a veces leopordiano Unamuno:

*La mattutina pioggia, allor che l'ale
batendo esulta nella chiusa stanza...*

Son palabras frescas, recientes, permanentes en su belleza. Una belleza urdida de desesperanza que pone al descubierto la condición humana de un poeta, en unas coordinadas personales, pero trascendidas por el impulso del arte y del trabajo («no me es posible acabar una poesía, aunque sea brevísima, en menos de dos o tres semanas», escribía Leopardi). Su formación estoico-cristiana, y su posterior escepticismo, llegan hasta nosotros con una paradógica consecuencia. Bertrán cita en el prólogo estas palabras de Francesco de Santis: «Leopardi produce el efecto contrario de lo que se propone. No cree en el progreso, y te lo hace desear; no cree en la libertad, y te la hace amar. Llama ilusiones al amor, la gloria, la virtud, y te enciende en el pecho un deseo inexhausto. Es escéptico, y te hace creyente».

Buen conocedor del italiano, Juan Bautista Bertrán acepta la tarea de traductor como un gesto de servicio. Ha preferido la fidelidad al

autor a la recreación personal de los poemas. El acercamiento del lector de hoy al poeta, le obliga a desechar soluciones posiblemente más certeras, pero menos accesibles. Es lástima que los correctores de pruebas hayan tenido tanto descuido en repeticiones de líneas, ortografía de nombres propios y otros errores que afean el texto. Pero ¿dónde hay un buen conocedor del idioma trabajando humildemente como corrector de pruebas? El papel de edición es de mala calidad y se volverá pardo pronto. No convendrá gastar dinero en ediciones nada comerciales .

Setiembre, 78

PABLO NERUDA EN EL RECUERDO

Yo no conocí a Neruda. Yo soy un español de la posguerra y, como Evtuchenko, tengo que convencerme de que no he nacido tarde. Yo era un muchacho, lector neófito de poesía nueva, cuando en 1952 publicó Aguilar de Madrid una «Obra escogida» de Miguel Hernández. La devoré aquel mismo verano entre descanso y trilla, en la era. Ningún lugar mejor para leer al pastor-poeta de Orihuela. Y allí estaba la *Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda*. ¿Quién era Pablo Neruda? ¿No era para mí un nombre solo? ¿Cómo encontrar su obra en aquel tiempo? En la introducción, Arturo del Hoyo hablaba de cómo «La amistad del poeta oriolano con Aleixandre, Neruda y José M^a de Cossío -que lo protegió en sus días madrileños con tareas en la Editorial Espasa-Calpe- fue decisiva para la orientación posterior de su numen». Qué horrible aquello del *numen*; pero, al menos, la frasecita me ponía sobre la pista del poeta chileno. Nadie sabe con qué esfuerzo los bachilleres de entonces íbamos haciéndonos con nombres y lecturas. Una breve noticia me puso en conocimiento del libro que aquel verano devoraba, y éste me abría nuevo campo de indagación.

Algo más supe después, en 1954, cuando Leopoldo Parero publicó su «Carta perdida a Pablo Neruda». ¿Cómo entender este *canto personal* del poeta de Astorga sin conocer el *general* del poeta chileno? En ABC D. José María Pemán elogiaba aquel con palabras sibilinas. Pablo Neruda debía ser un enemigo, con toda seguridad.

Pero era un poeta. Y a mi llegada a Nicaragua (yo sacerdote, ya, pero demasiado joven), en la librería de don Enrique Gurdíán, tan buen

amigo, encontré dos volúmenes en gran formato de Pablo Neruda: «Las uvas y el viento» y «Viajes» -verso y prosa para empezar- publicados ambos por la Editorial Nascimento de Chile en 1954 y 55 respectivamente. Aquellos versos erguidos:

*España, España, corazón violeta,
me has faltado del pecho, tú me faltas
no como falta el sol en la cintura
sino como la sal en la garganta
.....
..... como el tejido
del elemento visceral, profundo
párpado que no mira y que no cede,
terreno mineral, rosa de hueso
abierta en mi razón como un castillo,*

eran expresión de mi añoranza. Lejos yo de España ¡cómo los repetía! Y allí mismo, otra vez, el poeta oriolano:

*Se llamaba Miguel. Era un pequeño
pastor de las orillas
de Orihuela.
Lo amé y puse en su pecho
mi masculina mano.*

Y en «Viajes» aquella anécdota reveladora: «Había recién dejado de ser pastor de cabras de Orihuela y venía todo perfumado por el azahar, por la tierra y por el estiércol. (...) y andando conmigo por las noches de Madrid, con una agilidad increíble, se subía a los árboles, pasando con rapidez de los troncos a las ramas, para silbar desde las hojas más altas, imitando para mí el canto del ruiseñor. El canto de los ruiseñores levantinos, sus torres de sonido levantadas entre la oscuridad y los azahares, eran recuerdo obsesivo, apretado a sus orejas, y eran parte del material de su sangre, de su alma de barro y de sonido, de su poesía

terrenal y silvestre, en la que se juntan todos los excesos del calor, del perfume y del sonido del levante español, con la abundancia y la fragancia de una poderosa y masculina juventud».

Todo Neruda, visceral y de barro, sensual y geológico, vibraba en estos versos, en esta prosa. Y yo por estos versos perdonaba las arengas y los exhabruptos del libro, porque «Las uvas y el viento» estaba a cada paso cayendo en la soflama política y el ditirambo del Partido golpeaba prosaico y abierto en muchas páginas:

*Camarada Stalin, yo estaba junto al mar en la Isla Negra,
descansando de luchas y de
viajes,
cuando la noticia de tu muerte llegó como un golpe de
océano.*

.....
*Stalin
construía.
Nacieron
de sus manos
cereales,
tractores,
enseñanzas,
caminos.*

.....
*Stalinianos. Llevamos este nombre con orgullo.
Stalinianos. Es ésta la jerarquía de nuestro tiempo!
Trabajadores, pescadores, músicos stalinianos!
Forjadores de acero, padres del cobre, stalinianos!
Médicos, calicheros, poetas stalinianos!
Letrados, estudiantes, campesinos stalinianos!
Obreros, empleados, mujeres stalinianas,
salud en este día! ...*

Creo que es más honesto citar estos versos que silenciarlos. Porque en un hombre que vivía tan ardidamente su ideal poético y político no cabe la disección. La beatería de izquierdas es tan horrible como la de derechas. Neruda era un poeta y un político y un hombre de acción. Allá en Nicaragua, entre los inditos silicosos de la Mina del Limón (una mina de oro de los norteamericanos con obreros centroamericanos, que sus dividendos rendiría a los Somoza), yo pude vivir esa misma pasión por el pobre que es mucho más, y primeramente, cristiana que marxista. Así que, por encima de la política, su amor a los pobres daba un hálito humano y conmovedor a su poesía. Limpia de odio sería valiosísima. Como el propio Neruda se rebelaba contra los que querían «regar con baba» el rostro de Miguel Hernández creo que hay que hacer ahora con los que silencian la condición política del chileno. Una pasión política que le sobrevivió, ya que sus adversarios destruyeron sus papeles y recuerdos.

Me trae a mientes esto un artículo de Cernuda al morir Juan Ramón Jiménez, en El Excelsior de México, donde arremetía contra el poeta de Moguer y hacía de él una dicotomía: Jiménez-Jekyll y Jiménez-Hyde. Según Cernuda, Jiménez-Hyde había ido dominando poco a poco a Jiménez-Jekyll, «y no parece azar que el escrito último que Jiménez publicara en vida fuese un ataque virulento contra Pablo Neruda». Esta polémica, cuando J.R.J. había ya muerto, era estéril. Publicadas ahora por Francisco Garfias las cartas de J.R.J. puede comprobarse (carta 92, pg. 134. Ediciones Picazo, 1973) que el disgusto de Juan Ramón ante la poesía de Neruda venía ya desde 1942, antes de que uno y otro poeta fueran Nobel o pensaran serlo.

Conocí después las «Nuevas Odas Elementales» en preciosa y cuidada edición de Losada de Buenos Aires, 1955. Cuánta belleza en esa *casa de las odas*: oda al alambre de púas, a una lavandera nocturna, al trigo de los indios. Y también aquí subyacía su ideal político, pero más remansado, más subálveo, si se me perdona la pedantería. (De otros libros de Neruda más conocidos y de los que más han hablado en estos

días la prensa y las revistas, nada diré. A esas publicaciones me remito).

Cuando volví a España, en un Colegio Mayor se me preguntó qué había yo leído de Neruda, y (porque imaginaba que el «progre» de turno no lo conocía, y a él mi sotana le hacía pensar de mí lo mismo) respondí: «Las uvas y el viento». «Pero, ¡hombre!, -me contestó- eso es de Steinbeck». No quise añadir nada.

Diciembre, 73

MIGUEL HERNANDEZ

He aquí un nombre polémico. Entrañable y trágico Miguel. La bibliografía acerca de su obra aumenta por días y más en estos últimos años. Pero la necrofilia nacional tira de su cadáver, de su barro -«me llamo barro aunque Miguel me llame»- hacia el río de cada cual. Parecen no oírse unos escritores a otros. Este muerto es mío; ya desde *Las uvas y el viento* de Neruda, donde éste gritaba al muerto:

*«Ahora / quieren hincarse / como frailes tardíos / en tu
recuerdo, / quieren regar con baba / tu rostro, guerrillero
comunista. / No pueden. / No los dejaremos.»*

Y si algo hay evidente, es que el poeta Miguel Hernández, como cualquier poeta -Neruda incluido-, está por encima de cualquier partidismo, cuando su poesía cuenta en *la corriente infinita* de nuestra cultura (pongamos *inacabada* en lugar de *infinita*, *in fieri*; que eso quiso decir, sin duda, Juan Ramón Jiménez Mantecón -¿No tiene gracia este segundo apellido del poeta moguereno, silenciado voluntariamente?).

Pero escribir sobre Miguel Hernández es doloroso, porque su vida fue haciéndose obra poética y al revés. María de Gracia Ifach lo ha visto claramente. Y uno tiene temor de rozar siquiera la sensible personalidad del poeta, al que admiramos todos, porque está vivo, palpitante en sus versos, como esas oleadas de sangre de las que él nos habla:

*De sangre en sangre vengo,
como el mar de ola en ola.*

Tal vez, serenadas las aguas -si la cultura española se redime de tanta ruptura, bandería otras veces, y frivolidad-, de todos los escritos sobre Miguel Hernández podrá lograrse ese gran estudio crítico que su obra está pidiendo. A este propósito el libro de José María Balcells *Miguel Hernández corazón desmesurado* (edit. Dirosa. Barcelona, 1975) me parece una sincera y ponderada aproximación. Sobre todo en lo referente a la crisis que supuso la amistad del poeta con Neruda y con V. Aleixandre. Balcells es justo en su estimación. Y supongo que es el punto clave en la biografía y obra hernandianas.

«Al contacto con Neruda, y su círculo, la persona de Hernández sufre una rápida transformación...Al poeta sudamericano no le agradaba la revista oriolana «El Gallo Crisis» por su «demasiado olor a iglesia, ahogado en incienso...». Ramón Sijé procuró mantener la fidelidad de su compañero del alma, pero Neruda pudo más. Miguel Hernández llegó a sentirse desvinculado totalmente de Sijé y de lo que representaba, y calificó la etapa anterior de su vida como una mentira, una traición a sí mismo. La postura decididamente anticlerical de Pablo Neruda hizo tambalear también los cimientos religiosos de Hernández, aunque hay quien asegura que no quedaron arruinados por completo.» (Balcells, pg. 125).

En un hombre abierto a la amistad y siempre agradecido, es difícil que se borrara la huella de sus primeros años y la ayuda recibida por D. Luis Almarcha. Creo verdaderas las afirmaciones del abogado D. José Martínez Arenas, amigo y protector del poeta, cuando nos habla de los últimos días de éste:

«Al final de la guerra, Miguel visitó al doctor Almarcha que acababa de llegar de la zona nacional. Y textualmente le dijo: «Don Luis, nos ha podido separar la política, pero

la religión no». Preso Miguel en Alicante, el doctor Almarcha, ya Vicario General de la Diócesis lo visitó en la cárcel. Fue acompañado de varios señores de Orihuela y del italiano Fantuchi. Miguel dijo: «Don Luis, yo con quien quiero hablar es con usted». Y el doctor Almarcha escribe: «y hablamos largo rato... Lo dejé lleno de esperanzas e ilusiones. Me dio pena la separación, porque el aspecto del enfermo confirma los temores del médico». «El Padre Vendrell, jesuita, capellán de la Prisión, nombrado por mí, le había visitado en mi nombre, después de mi despedida. Sé que el discreto y caritativo padre quedó contento de sus entrevistas y que Miguel lo agradeció mucho.» (Revista *Oleza*. Orihuela, 27. junio. 1970. Entrevista de Joaquín Ezcurra con Martínez Arenas).

Virgilio, San Juan de la Cruz, los clásicos españoles, Verlaine, ¿no los leyó de la mano de don Luis Almarcha? y éste estaba orgulloso de verle volver arreando sus cabras con Virgilio bajo el brazo. No se olvidan los años primeros, pero ¿cómo hablar al viejo amigo después de tanto dolor y tragedia? En las palabras de Almarcha se ve la discreción del eclesiástico junto al cariño del amigo. Miguel vivió en su carne el desgarrón de la guerra. Su suegro murió fusilado. Si hemos de creer a Vicente Hernández, su hermano, esta muerte debió llenarle de «dudas y vacilaciones». Y su dolor aumentaría ante la actitud de su propio padre que no lo visitó en la cárcel, que se avergonzaba de su encarcelamiento, y que -Miguel ya no sabría esto- no manifestaría extrañeza o dolor ante la noticia de su muerte (así consta en las palabras de Vicente: «En el 28 aniversario de la muerte de Miguel Hernández». Revista *Oleza*, - número citado).

Por todo lo dicho, sin duda, la reciente edición de su «*Obra poética completa*» (Edit. Zero. Bilbao, 1976), a cargo de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, es un libro inestimable, imprescindible para el conocimiento completo del poeta. Hay que esperar la parte dedicada al teatro, cartas,

artículos y, tal vez, algún ensayo perdido... El libro aparece con el número 92, serie P. de la Biblioteca "Promoción del pueblo», con un cierto aire doctrinario que -siempre puedo equivocarme- empuja a la importancia del poeta con afirmaciones e introducciones apologéticas. Bastaban las notas críticas, el apoyo aclaratorio de claves para la etapa gongorina de *Perito en Lunas*, o la constatación de variantes y comparación de ediciones anteriores (la de *Aguilar* de 1952 y 58, la de *Losada* de 1960). En cambio, la bibliografía anotada (cuatro páginas) es sólo elemental, si se compara con la del libro citado de Balcells (veinte páginas), la de Cano Ballesta, Zardoya, Ramos, Puccini, etc.

¿Se podrá decir que se trata de una edición popular y no para estudiosos de la literatura? De todos modos, las introducciones a cada libro repiten datos y elementos ya aportados globalmente en la introducción general a la obra. Y aquí incluso se minimizan datos de importancia. Véase como ejemplo el siguiente:

«El 13 de agosto, en Elda, el guardia civil Manresa, padre de Josefina, muere como consecuencia de la sublevación» (pg. 13).

Su hermano Vicente declara a este propósito:

«Miguel pasó la guerra con ese complejo de saberse en el bando de los mismos que habían asesinado, cobardemente, a su padre político. Lleno de dudas y vacilaciones le escribió a su mujer en varias ocasiones y en tal sentido... «Tú, hija de un caído y yo en el mismo bando de los asesinos de tu padre». (revista *Oleza*, loc. cit.)

Podría extrañarnos la palabra «caído», tan acostumbrados estamos a oírla en otro contexto. Miguel habla de «muertos», pero también de «caídos». Véase:

*Caídos, sí, no muertos, ya postrados titanes,
están los hombres de resuelto pecho
sobre las más gloriosas sepulturas* (o. p. c. pág. 304).

*No se diga que cayó
quien se ha alzado externamente
a la gloria refulgente.*

Y no acierto a ver diferencia entre los dos fragmentos transcritos. El último es de Manuel Machado, no de Miguel Hernández. Y en los dos es difícil rastrear su mejor poesía de antes. Tampoco aquí puedo rastrearla:

*En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces*

(M. Hernández).

y

*Expresiones militares.
Latigazo de banderas
desplegadas en el viento.
Destellos de bayonetas...*

(M. Machado).

Evidentemente, en una obra poética completa han de figurar estos y otros poemas. Por ello es completa. Pero no creo que puedan justificarse con palabra como éstas:

«es un error considerar estos poemas -como han hecho algunos críticos- frutos ocasionales y de circunstancias. Por el contrario, son la consecuencia neta de una convicción y, por ende, la sincera expresión de una manera de entender la vida. Podrá haber poesía tan auténtica como ésta, pero no más.» (o. p. c. pgs. 285-86).

Me parece excesivo. *Viento del Pueblo* contiene poemas tan humanos y sobrecogedores como «El niño yuntero» y «Elegía primera»,

aunque en ésta resuene la distribución temática de la célebre a Ramón Sijé. Pero los trimotores, ametralladoras, fusiles, y consignas de guerra, pululan en cada poema. Se trata, sí, de un libro generoso e ingenuo; pero escrito en un nivel poético propagandístico que nos hace sonreír. De la «Pasionaria» dice:

Los herreros te cantan al son de la herrería.

No sé si Herréndez se daría cuenta al escribirlo de que en la obra de Rojas se dice lo mismo de la Celestina:

Si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos.

¿Qué hubiera dicho el poeta, cantor de Lister y de El Campesino, si hubiera oído hablar en estos días al señor Carrillo?

En *El hombre acecha* el nivel es mejor; la hondura humana de muchos de sus poemas hace olvidar otros objetivos. Hernández recupera su palabra. Ese dolor rezumante de tanta angustia como suponía la guerra. Y, junto a ello, evocaciones de fábricas grasientas, humos, maquinaria, que no soportaría el menos entusiasta ecologista.

El «sino sangriento» que persigue al poeta. Su encarcelamiento y su terrible enfermedad que va minando su vida, encontrarán en el *Cancionero y romancero de ausencias* su mejor y más ajustada expresión. Es admirable todo su conjunto. Sin duda su mejor obra. Superior a *El rayo que no cesa*, tan preocupado de la forma, de la retórica aprendida en Góngora, Quevedo o Lope. La limpieza y fuerza humana del *Cancionero* será difícilmente superada. Se han incluido dentro del mismo las «Nanas de la cebolla», con buen acierto. Es un cierre cabal para tanto poema dolorido. El hijo vivo (Manuel Miguel, el de las nanas) y el hijo muerto (Ramón Miguel):

Muerto niño, muerto mío.

*Nadie nos siente en la tierra
donde haces caliente el frío.*

Leído el libro, uno tiene el convencimiento de que Miguel Hernández seguirá vivo e incatalogable en nuestra poesía. De todos. Y me parece estupendo que aún nos apasionemos por él, para que no se cumplan sus palabras al imaginarse empolvado en una biblioteca:

*Ya sé que en esos sitios tiritará mañana
mi corazón helado en varios tomos.*

«Llamo a los poetas» para que no se cumplan estos veros, y, a nuestro lado, podamos verle siempre
«sonreír con la alegre tristeza del olvido».

Mayo, 77.

EL CORNO INGLÉS DE EUGENIO MONTALE

Decir que el premio Nobel de 1975 ha muerto en Milán este doce de setiembre, seguramente significa poco para una gran mayoría de lectores. Todo aquello «que no quede de algún modo en un rincón de nuestra memoria, no existe para nosotros», escribía el propio Montale. Por ello, recuerdo aquí su *corno inglese*, aquel poema que, tan lejano, quedó grabado en mi memoria y que yo necesito repetir en su italiano original:

*il vento che nasce e muore
nell'ora che lenta s'annera
suonasse te pure stasera
scordato strumento,
cuore.*

como luego a mis alumnos les haría repetir versos de Góngora o San Juan. Ese olvidado instrumento, ese corno inglés, viento de la noche, identificado al final del poema con el corazón, quizá seguirá oyéndose. Porque la obra de un verdadero poeta queda libre y a salvo del tiempo vivido, y Eugenio Montale había tomado como tema obligado de su obra la condición del hombre, y sabía que «toda verdadera poesía nace de una crisis individual, de la que el poeta puede incluso ser inconsciente».

Por otro lado la poesía nos remite a sí misma y nada puede explicarla sino su propia identidad; de aquí el infructuoso trabajo de los exégetas, comentaristas de textos que a sí mismos se engañan. Montale imagina a Leopardi riendo a carcajadas mientras lee las miles acotaciones hechas a sus versos. Un poeta perdura, a pesar de sus comentaristas:

«No hay frase musical o poética, figura pintada o relatada, que no hayan hecho presa, que no hayan incidido sobre una vida, modificado un destino, aliviado o agravado un dolor. Y yo digo que ha cumplido su fin y ha alcanzado la forma cualquier expresión que haya tenido, cerca de alguien, un efecto taumatúrgico: un efecto de liberación y de comprensión del mundo».

Tal como pedía en estas líneas Montale, la noticia de su partida, el recuerdo de su obra, tienen ahora sobre mí ese efecto taumatúrgico.

Setiembre, 81.

FLOR DE OTOÑO como lectura y representación.

Escribir fuera de Madrid es un riesgo que suele pagarse con la desatención de la crítica, cuando no con el silencio. Pero el hecho de que un espectáculo como *Flor de Otoño* no pueda silenciarse, hace bailar en la cuerda floja a una crítica que desearía decir no y se ve obligada a decir insustancialidades. Mucho más cuando la obra -estrenada en provincias y que llega a Madrid en el Teatro Español con una compañía valenciana a fin de año (del 10 de dic. al 9 de en. del 82-83)- fue precedida años antes de una adaptación cinematográfica con lectura política clara; lectura a la que es ajena el texto teatral. De aquí seguramente parte el error: esperar que el texto se definiera partidistamente y encontrarse ante la exposición de unos hechos que el público deberá juzgar, pero que el autor tan sólo expone con saber y acierto dramático.

José Martín Recuerda en sus notas e introducción a *Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga y Flor de Otoño* (ed. Cátedra, n° 104, M.1979), abunda en la idea de un teatro de oposición al franquismo, apoyándose en que ambas obras se sitúan en momentos históricos de depresión nacional: repatriación de los soldados tras la guerra de Cuba, y la Barcelona industrial de los años treinta. Sólo un somero análisis de los textos señalados podría objetivarse en el contexto del franquismo. A José María Rodríguez Méndez le interesa el hombre antes que la política. El Pingajo y Lluïset importan más en su dimensión humana que en su implicación socio-política, aunque, evidentemente, sean víctimas de la misma; no tanto la trayectoria vital de Lluïset en su doble vertiente: hijo de familia burguesa y gay o travesti en el «Bataclán»,

que intenta una redención con el grupo anarquista de la Cooperativa Obrera del «Poble Nou».

Por otro lado, la lectura de ambas obras, sobre todo *Flor de Otoño*, nos ofrece un aspecto literario tanto en el diálogo como en las acotaciones, que le une a la más nueva tendencia teatral. En primer lugar por la atención al lenguaje (familiar, argot de delincuentes, provincialismos); el ensamble del castellano y el catalán familiar barcelonés que el autor domina por sus años de permanencia en Cataluña; el contraste de uno y otro idioma consigue un tono irónico en ocasiones, y un clima poético en la parte final, especialmente en la despedida de la madre, un ser ahora tan desvalido como el Lluïset, con quien piensa reunirse pronto. En segundo lugar, las acotaciones nos llevan al mejor Valle-Inclán que hizo posible un teatro para leer, en ruptura con el teatro sólo representable. Valle-Inclán no pudo ver los montajes escénicos de sus mejores obras allá por los sesenta. Y sus literarias acotaciones servirían de orientación a directores teatrales, escenógrafos y técnicos; pero él logró separar la creación literaria de su montaje e interpretación. Una es la creación literaria del autor, y otra la puesta en escena de un texto representable. Por supuesto que no se agotan las sugerencias poéticas de las acotaciones de Valle-Inclán con un montaje teatral por bueno que éste sea. Tampoco, creo yo, habiendo leído la obra de Rodríguez Méndez, se han agotado sus posibilidades escénicas con la dirección de Antonio Díaz Zamora y la escenografía de Cytrynowski, dignas y bien conseguidas, como reconoce incluso la crítica adversa para las escenas del cabaret y del «Poble Nou» anarquista. Yo subrayaría la solución dada a la visita a Montserrat en acción de gracias por la aparente conclusión del conflicto familiar, tan sólo insinuada en el texto, y que Díaz Zamora y Cytrynowski han escenificado con gran plasticidad. Pero todo ello encerraba un proceso difícil, como reconoce el mismo Rodríguez Méndez: «Para llevar a la escena la obra era necesario desmenuzar todas las piezas, reconstruirla minuciosamente, convertirla en una maquinaria de reloj». Porque, y éste es otro aspecto

de la obra, toda ella está pensada como espectáculo. El contenido corre el riesgo de diluirse en la brillantez de la coreografía, de la iluminación, de la música, de la inserción de proyección de noticias y anuncios de periódicos, de los ruidos, de la invasión por los actores del espacio del público, insertando a éste dentro del juego representativo. De aquí el enorme esfuerzo de interpretación de Carlos Peris y Montserrat Salvador principalmente, como del resto de la compañía.

¿Qué ha hecho posible que la crítica madrileña haya estado reticente? El espectáculo se consigue; el ritmo lento de algunas escenas compensa la animación prolongada de otras. Ahí está *Flor de Otoño* para otro mejor momento. Publicada por *Primer Acto* (nº 175) en 1974; escrita en 1972, ha aguardado diez años para su estreno y permanece fresca cuando la leemos. La técnica y el concepto teatral de Rodríguez Méndez aseguran su permanencia, a pesar de los enfoques dominantes en la actual escena madrileña.

Enero, 83.

ERNESTO CARDENAL

Dos antología del nicaragüense Ernesto Cardenal se están leyendo ahora en España. Una, la de Carlos Lohlé, de Buenos Aires, seleccionada por Pablo Antonio Cuadra, y otra de la colección *Ocnos*, Barcelona 1971 que trataré de reseñar. Desconozco quién la selecciona. No aparece este dato registrado; pudiera ser el mismo Ernesto Cardenal; pudiera ser el equipo de *Ocnos*. Y esto no es una cuestión baladí a la hora de leer los poemas, porque a Ernesto hay que saber leerlo. Si él ha hecho la selección, pienso que ha querido presentar en primer término la opresión de su pueblo, contra la que él lucha, y ha querido dejar en olvido otros aspectos de su obra que le avalarían como poeta. (No le importa esto al autor). Si la selección ha sido realizada por el equipo de *Ocnos*, han dado a conocer parcialmente a Ernesto. Por encima de toda actitud ideológica, Ernesto ama la entraña de este mundo, el suyo y nuestro:

*Y si he de dar un testimonio sobre mi época
es éste: Fue bárbara y primitiva
pero poética*

dice en *Managua 6:30 P.M.* A las seis y media ha anochecido en Managua. Pueden verse las luces de la *Tropical Radio*, o de los almacenes *F. & C. Reyes*, o del palacio de los Somoza sobre la loma que domina la ciudad. Estos datos sencillos, conocidos allí, desconocidos aquí, localizan en exceso su poesía, a la vez que la hacen nacer a flor de palabra,

a golpe de evocación y verdad sin metáfora. *Porque el agraciado componer es decir la verdad*, aclara por boca de Bernal Díaz. De esa verdad nace la melancolía que impregna su verso, la necesidad poética que urge sin retórica desde cada palabra.

Ernesto consiguió esa desnudez en Kentucky, junto a su aprendizaje ascético de monje trapense. Allí me hablaba de cómo debía yo rehuir toda metáfora y de cómo sus versos estaban libres de ella. Los poemas de *Gethsemani, Ky* están repletos de silencio. Azorín había huido de la imagen. Machado había construido silencio sobre el contraste de un ruido débil en la habitación, el crujir de un mueble, el tic-tac de un reloj. Ernesto nos da el silencio de la Trapa de Kentucky sobre el resonar de los trenes en lejanía (el «Louisville & Nashville», perfecto en su evocación «nica», que aquí no aparece recogido), *el susurrar de las llantas sobre el asfalto mojado*. El mismo procedimiento, aunque las fuentes literarias sean diversas y deba poco, o nada, a los españoles, y mucho a Archibald Mc Leish en sus relatos históricos, a Ezra Pound en sus epigramas, a Robert Lax en la aportación de lo pequeño cotidiano, amado por humilde; incluso a Merton con quien convivió en hermandad religiosa y poética. Nunca un poeta hispanoamericano ha bebido tanto en los norteamericanos y ha escrito tan apasionadamente contra USA. (Junto con Coronel Urtecho publicó en «Aguilar» una excelente «Antología de la poesía norteamericana» en 1963). Su *Gethsemani, Ky* (1960) es el testimonio de un exilio voluntario en USA. Ernesto es siempre un «nica», se halle en Italia, España, México o Colombia. Recientemente su estancia de mes y medio en Cuba dio lugar a una larga polémica en la prensa de Nicaragua. Sus opiniones sobre la Cuba de Castro le valieron reproches y alabanzas sin número. A pique estuvo de volverse un banderín político. Pero Ernesto se afincó de nuevo en su rincón de Solentiname y vive y trabaja con los inditos, reza y escribe; no es un banderín, sino un testimonio cristiano actualísimo, y esto le salva. Y si mañana en su país es recordado por su obra hecha como hombre, y no como poeta, será su mejor gloria. A su paso por

Nicaragua Evtuchenko supo ver en él un cristiano y no un marxista, a los que -hemos de creer- el poeta ruso bien conoce.

La desnudez apuntada anteriormente no lo es tanto, si se examina con atención, porque al rehuir la metáfora ha de apoyarse en la estructura, en las repeticiones de fonemas, sílabas, giros sintácticos, palabras indígenas que esmaltan el tejido del verso, aparentemente fluido como la prosa:

*En la Puna
una flanta triste
una
tenue flanta como un rayo de luna
y el quejido de una quena
con un canto quechua...
Chuapi punchapi tutacaya*

Por esto, hubiera sido interesante anotar las fechas de primeras ediciones -o la aparición en periódicos y revistas- de los libros recogidos en esta antología (aquí se señala 1964 para *Gethsemani, Ky*, y en México apareció en 1960). Porque hay una evolución clara en la obra de Ernesto. Y, aparte lo ya apuntado, el «yo» de *Epigramas*, del ya citado *Gethsemani, Ky* e incluso de *Hora O*, ha desaparecido totalmente en la obra posterior, buscando una poesía objetiva donde el poeta no importa y sí su canto, su narración de hechos poéticos como la vida. La poesía surtiendo de la palabra que narra o fluye airada o melancólica o serena o cuajada del temblor de los diminutivos de toda Hispanoamérica:

*Y yo no MANDO
Yo, «Yoyoncito» (el Rey Netzahualcóyotl)
ando siempre cantando*

En dos libros, *Salmos y Estrecho Dudoso*, la Biblia o los cronistas de Indias sirven de apoyo al poeta; le basta subrayar, atraer al presente la realidad bíblica o proyectar sobre la América actual la extraña tierra

que el español descubre, para conseguir esa magia poética que domina su verso que a ratos vence la ironía. Bellísimos *Apocalipsis*, *Oración por Marilyn Monroe*, el fragmento de *Bernal Díaz*, el *Salmo 103* y esos últimos poemas de la reciente historia de Nicaragua: *Joaquín Artola* volviendo a la Hacienda de San Jacinto, donde Andrés Castro luchó contra los yanquis; *Don Vicente Cuadra*, el presidente que no se enriqueció; *José Dolores Estrada*, «haciendo un limpiécito» para sembrar unas matas de tabaco. A ellos habría que añadir a Sandino, el héroe antisomoza de *Hora O* (mejor evocado por Pablo Antonio Cuadra en aquel *Códice de Abril*, magnífico en su decir nicaragüense).

Un bello libro éste que *Ocnos* nos ofrece.

Señalaría también un peligro para los lectores más jóvenes. Ernesto bordea el «spanglish». Digo bordea, porque hay una razón de uso en su país, donde se dice *stewardess* y no *azafata*, *lipstick* y no *barra de labios*, *ice-cream* y no *bombón helado*. Enrique Badosa lamenta en un poema el «spanglish», y yo también aquí, porque el idioma es, a veces, lo único que nos une a los de un lado y otro de ese charco. Habrá que cuidarlo.

Febrero, 72.

EL JAGUAR Y LA LUNA

Me llega del otro lado del mar, enviado por mi buen amigo Pablo Antonio Cuadra, su último libro *«El Jaguar y la Luna»* ⁽¹⁾

Estamos acostumbrados a una poesía multirrepetida y encallejonada, y un libro como éste nos permite respirar un aire no viciado.

Cuando en 1958, Pablo Antonio me leía los originales de estos poemas, antes que recibieran el «Premio Centroamericano Rubén Darío, 1959», me hizo ver su deseo de fundir los mitos europeos con los indígenas de su Nicaragua.

Pablo Antonio Cuadra tuvo un gran maestro, que él con cariño llama «su archipreste» -recordando al de Hita-, el poeta P. Azarías H. Pallais, gran conocedor del griego como si de su propia lengua se tratara. El P. Pallais dió a Pablo Antonio su amor por lo clásico, por lo europeo. Y el conocimiento del Romancero y los Primitivos españoles, y su preocupación por la moderna poesía francesa, han hecho felizmente imposible a Pablo Antonio que cayera en la exageración de lo «telúrico», lo «autóctono», lo «cosista».

El poema dedicado a Febrero, no incluido en la presente edición por hallarse publicado en «Papeles de Son Armadans» nº XII, Marzo 1975, tenía el calor de un canto griego. Esas acotaciones dentro del texto, esos «tal dijo» que subrayan las declaraciones de sus personajes míticos,

(1)- «El Jaguar y la Luna». Selección de 17 poemas, más el «Códice de Abril». Pablo Antonio Cuadra. Edición limitada. Artes Gráficas. «La Prensa». Managua. 1959.

ese ambiente de gesta casi, de fuerza luminosa y durísima, eso todo es occidente, es herencia del Atlántico próximo. Por eso este libro creo que hace más Hispanidad que sus ensayos de joven, menos maduros y menos exactos.

Pablo Antonio nos da en «*El jaguar y la Luna*» un breviario de mitos inspirados en los restos de la cultura nahoa. El libro respira dolor, pero un dolor en nada literario. Estos poemas deben explicarse dentro del ambiente político y social que Nicaragua padece hoy en día. Han de leerse sin olvidar un momento otro libro también nicaragüense y no menos doloroso «*Estirpe Sangrienta, Los Somoza*»,⁽²⁾ que vió la luz en el exilio de su autor Pedro Joaquín Chamorro. Han de leerse teniendo un ligero conocimiento de lo que el Jaguar es para el indio. Eso que, en el primer poema del libro, Pablo Antonio se plantea. No se trata ya de una «*opresora Dualidad*» (un Ormuz y Arimán, diríamos) dominando el mundo primitivo del indio, sino del capricho y el goce del fuerte cayendo sobre el débil: «*el Misterio regulando el exterminio. La Fortuna, el Sino vendando a la Justicia*». Creo que este poema -«*mitología del Jaguar*»- es de lo más sobrecogedor del libro. El Jaguar viene a ser una fuerza terriblemente devastadora.

Ante ella, ciega, «*loca*» la llamaron los hombres, se explican todos los demás poemas: «*Urna con perfil político*» («*el caudillo es el jefe de los hombres armados, /-dibujo las calaveras de los hombres muertos-*») y «*El mundo es un redondo plato de barro*», por ejemplo, donde el hombre, como la comida en el plato, está asediado por los cuatro animales devoradores: el murciélago, el caimán, las águilas, el jaguar, grabados en la cerámica del indio: «*Ah! decidme: ¿quién defenderá mi intimidad?*»

Pablo Antonio, en cada poema, nos va adentrando en el alma del indio, en el paisaje de su caliente tierra. El sol como

(2)- «*Estirpe Sangrienta. Los Somoza*». Pedro Joaquín Chamorro. Ediciones Patria y Libertad. México. 1957.

*un mancebo de faz resplandeciente
cuyas miradas luminosas secaban los pantanos.
Un joven alto y encendido cuyo rostro ardía
cuya faz iluminaba al mundo.*

El camino entre la montaña y la selva como una serpiente levantada en las garras del gavilán. La doncella lamentando la muerte del guerrero. Las muchachas chorotegas mirándose en el río -«*el río del Este que acarrea los muertos*»-. La madre muerta al alumbrar y el guerrero muerto sin gozar del triunfo, hablando ambos en un rápido parpadeo de estrella a estrella. El hombre maduro, fatigado ya, cuya mirada aún muerde el deseo. Y el Sol (o ese caudillo, es lo mismo), que ha sacrificado a los hombres para cubrir su carrera, para llegar a su cenit, y desciende en la tarde para descansar, entre la procesión de las viudas de los guerreros, de los huérfanos, que arrastran sus mantos, oprimidas:

*Todos ellos han de morir -los obligados-
para que el Rey ascienda a su cenit*

*Todas ellas han llorado -las abandonadas-
para que el Rey descanse en su lecho.*

Y el Volcán (o ese caudillo, es lo mismo), vomitando ira, haciendo huir a los suyos:

*Abandonaremos nuestra Patria y nuestra parentela
porque ha dominado nuestra tierra un dios estéril.*

No viviremos bajo el dominio de la ciega potencia.

«*Aquí comenzó nuestro éxodo*», y sin remedio uno piensa en los muchos nicaragüenses en exilio, soportando, como las esculturas de los indios, un águila sobre sus hombros que les despierta su dolor, «*Libertad/es tormento*».

¿Sería extraño que ante esta situación surgiera una figura de rebelde

protesta? He aquí al guerrillero: Abril o Sandino o cualquiera.

*Este es el linaje de Abril, hijo de Marzo, el Guerrillero
hijo de Sandino y de Blanca, de Yalí, de las Segovias
a quien engendró Andrés Castro, el hijo de Septiembre ⁽³⁾
a quien engendró Amadís, el Caballero
a quien engendró Cifar, el Navegante.*

*Y por generación de mujer Abril descende de Citlalli:
la del cesto de flores
-de la casa del Rey o casa de la estrella-
a quien engendró Topiltzín
a quien engendró Quetzalcoatl,
a quien engendró Ehecatl, el Viento,
-«el Encendido»- en cuya antorcha
arde el deleite y la muerte.*

Sandino, el guerrillero, llega a ser el padre de Abril, el mes caliente que enciende las flores de los árboles, el malinche rojo, los amarillos corteces, el jinjiloché, los elequemes, los ceibos, el guapinol, el nance, el copal.

He aquí -dijeron los labradores- que nos ha nacido un mancebo

*cuyo aliento hace girar la corona del año,
la rueda multicolor del tiempo-*

Un mancebo lleno de ardor, de deseo, abrasador de todo como el fuego que en este mes quema el zacate seco y la maleza de los campos

(3)- Tanto Andrés Castro como Sandino son los tipos representativos, cada cual a su modo, de la libertad nicaragüense.

del trópico. Los pájaros innumerables también fueron obra de Abril: el pitangas, el tucán, la oropéndola, el relojero, el guacamayo, la lapa, el chocoyo, el güis, el siete-colores. Todo un encendido alborear de vida rebelde. «*Era la fogata forestal del trino*». La primavera del trópico, rapidísima y violenta.

A través del incendio, Abril hará que nazca la hierba verde sobre la tierra que las quemas han vuelto negra:

*Libertad sobre la muerte. Y el hombre nuevo
alzará su frente bajo la señal de la ceniza.*

(Pablo Antonio quería ver en esto el símbolo cristiano de nuestra cuaresma. Más bien creo que es la Pascua, la resurrección de la vida tras la ceniza penitente)

«*Luego las crónicas se dividen*». Abril viene a identificarse con el personaje mítico, transfigurado por el incendio en algún astro, después de haber llorado al borde del «*mar divino*». O Abril es Sandino, atravesado por las balas casi a bocajarro, como la abierta Cruz del Sur en el cielo del trópico:

*Allí murió Abril, contra la dura espalda del tiempo,
contra el adverso muro
balas perforaron la antiquísima sombra.*

Octubre, 1959.

EMILY DICKINSON Y PABLO ANTONIO CUADRA

Proximidad de dos poemas

Es curioso observar el paralelismo existente entre el poema de Pablo Antonio Cuadra *Interioridad de dos estrellas que arden*, escrito en 1958, y *Morí por la belleza*, de Emily Dickinson, cuya obra poética no fué publicada hasta 1890, cuatro años después de su muerte. El caso Dickinson habría que compararlo al de Bécquer en nuestra poesía: Ella (Emily) va a contar mucho en lo que ha sido denominado Nueva Poesía en Norteamérica. «Aunque nacida en plena revolución romántica, parece no tener nada en común con los escritores de su época. Es completamente original: *primitiva* la han llamado algunos» ⁽¹⁾.

A la vuelta a Nicaragua de José Coronel Urtecho, después de su estancia en Estados Unidos, el grupo de vanguardia nicaragüense tratará de enlazar con un Rubén Darío íntimo, el Rubén Darío de *Phocas*, *el campesino*, redescubierto y «dulce enemigo» de estos vanguardistas. Pero ellos han vuelto los ojos -especialmente Coronel Urtecho- al fenómeno poético norteamericano y veremos cómo esta influencia continúa viva en el Pablo Antonio Cuadra último de *El jaguar y la luna*. A este libro pertenece el poema que nos ocupará en las líneas siguientes.

El romanticismo tardío y depurado de *Morí por la belleza* se transfigura en el poema del nicaragüense, con una agilidad superior y clima distinto, como quien ha pasado por una serie de «ismos» literarios y arriba a una poesía de temática realista. La dependencia del poema

(1) *Historia de la literatura norteamericana*. CONCHA ZARDOYA. Barcelona, Ed. Labor. 1956; p. 315.

hispanoamericano respecto del norteamericano es evidente a todas luces. Basta una simple lectura:

MORI POR LA BELLEZA

*Morí por la belleza, pero apenas
me hube en la tumba acomodado,
al que murió por la verdad pusieron
en una fosa al lado mío.*

*Quedo me preguntó por qué morí.
«Por la belleza» -contesté.
«Y yo por la verdad -las dos son una;
somos hermanos» -replicó.*

*Como amigos que se encuentran de noche,
así hablamos de fosa a fosa,
hasta que el musgo subió a nuestros labios
y fué tapando nuestros nombres ⁽²⁾*

INTERIORIDAD DE DOS ESTRELLAS QUE ARDEN

*Al que combatió por la libertad
se le dió una estrella, vecina
a la luminosa madre muerta al alumbrar.
-¿Fué grande tu dolor? -preguntó
el Guerrero*

(2) *Antología de la poesía norteamericana*. Traducción de JOSÉ CORONEL URTECHO y ERNESTO CARDENAL. Madrid, Aguilar, 1963; p. 77.

-No tanto como el gozo
de dar un nuevo hombre al mundo.
-¿Y tu herida -dijo ella-
fué honda y torturante!

-No tanto
como el gozo de dar al hombre un mundo nuevo.
-¿Y conociste a tu hijo?
-¡Nunca!
-¿Y conociste el fruto de tu lucha?

-Morí antes.
-¿Duermes? -preguntó el Guerrero.
-Sueño -respondió la madre ⁽³⁾.

Se echa de ver en seguida el cambio de motivación. Pablo Antonio Cuadra ha escrito *El jaguar y la luna* en unos años-clave de la vida política de su país. Está preocupado por la libertad. Se impone ésta como *leitmotiv* de todo un libro. La belleza, en cambio, motivación del poema de Emily Dickinson, apenas si rebasa la intimidad del poeta.

El diálogo entre dos muertos «de fosa de fosa» se ha convertido en la «interioridad de dos estrellas que arden», es decir, titilan, hablan. La voz de los muertos es «queda», la «interioridad» de las estrellas hace imposible el grito. En ambos poemas se ha conseguido un extraño silencio meditativo.

No es un poema de ultratumba el de Emily Dickinson. Los muertos tienen una pervivencia, son algo aquellos cuerpos que dialogan el uno junto al otro. Podrán hablar hasta que el musgo tape sus nombres o sus labios. Están quietos, horizontales. Sólo sus voces dan la apariencia de vida. He aquí el primer elemento mágico del poema, insinuado desde el segundo verso: «apenas / me hube en la tumba acomodado», o bien

(3) *Poesía*. PABLO ANTONIO CUADRA. Madrid, Cultura Hispánica, 1964: p. 29.

desde ese pretérito que abre el poema: «morí».

Pablo Antonio Cuadra se ha aferrado más a la realidad. Su pensamiento es más lógico. No son los cuerpos. Son tal vez sus espíritus ardiendo como estrellas. La lógica ha desbaratado la magia de la situación que Emily había creado. Más irracional, más femenina ella. Más racional, pero con cierto vuelo simbólico él. Cuerpos-Estrellas. He aquí la primera oposición y también semejanza. (Nótese de paso cómo con un elemento realista, cuerpos, se puede conseguir un irracional clima imaginativo, y con algo que es símbolo, estrellas, un clima de lógica realista.)

El motivo de la muerte de los cuatro personajes es paralelo: la belleza y la verdad, en unos; la libertad y la vida, en otros. Pero nos sorprende la habilidad poética de Pablo Antonio al manejar la metáfora. Al Guerrero se le da una «estrella, vecina a la luminosa madre», ella misma es estrella. Y estrella muerta al alumbrar. Lo real se ha transfigurado, pero no deja de serlo, como los sensitivos muertos en la fosa.

El diálogo se abre, parco y confidente, en la segunda estrofa de Emily Dickinson. Explica aquí lo que nos dijo antes. Poco añade a la estrofa anterior. Algo importante sí: «somos hermanos». La muerte ha igualado a los que lucharon por lo mismo, la belleza y la verdad, «las dos son una».

Pablo Antonio Cuadra ha prolongado el diálogo. Lo ha hecho durar hasta el final. Ha aprovechado para ello las semejanzas y oposiciones entre *dolor / herida*, *dolor grande / herida honda y toturante*, *gozo de dar un nuevo hombre al mundo / gozo de dar al hombre un mundo nuevo*, gozo que hermana, que hace calmo el dolor, la herida. Las semejanzas continúan: *el hijo / el fruto de la lucha*. En uno y otro caso, la muerte ha impedido conocer el resultado del esfuerzo: *¡Nunca! / Morí antes*. Y de nuevo el pretérito que nos devuelve a Emily Dickinson: «morí».

El diálogo, bajo la tierra, era como de dos amigos en la noche, y no podríamos imaginar esas estrellas titilantes sino en la oscuridad nocturna.

¿Qué ha sucedido luego? El musgo ha crecido entre los muertos. El silencio sobre sus labios y sus nombres. Es un silencio terroso, pesante. Algo nos sobrecoge. Tal vez es el olvido.

En Pablo Antonio el Guerrero pregunta: «¿Duermes?» Es el silencio también, después del diálogo. Te has callado, ¿duermes? Ella sueña, no duerme. El silencio queda abierto a la esperanza.

La proximidad de los dos poemas es evidente. La distancia en sensibilidad entre ambos también. La intencionalidad diversa. No creo que podamos considerar al de Pablo Antonio Cuadra como una paráfrasis del de Emily Dickinson. Son diversos, pero el uno se apoya en el otro.

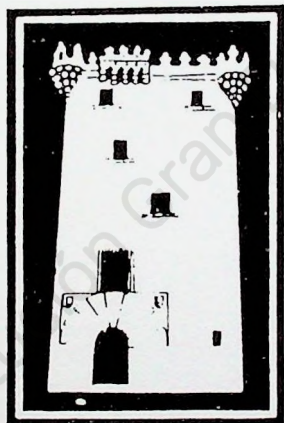
En cuanto a la preocupación de originalidad, que a muchos poetas y críticos acucia hoy día, habría que tener en cuenta el pensamiento de nuestros poetas del Siglo de Oro sobre la imitación de los clásicos, pero sobre todo algo que recuerdo muchas veces, unas palabras de Miguel Hernández en el prólogo de un libro suyo: «Nos ha hecho poetas la vida junto a los hombres..., cada poeta que muere deja en manos de otro como una herencia... Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros mañana. Nuestro cimiento será siempre el mismo...»

Enero, 1965.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA PRIMERA
EDICION DE «EN AVILA, SIN IRA»,
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
SERIMAGEN, S.L., DE AVILA, EL
DIA 15 DE OCTUBRE DE 1991,
FESTIVIDAD DE SANTA
TERESA DE JESUS.

TITULOS PUBLICADOS

1. **Autarquía**, de Alberto Medina González.
2. **Aproximación a Robles Dégano**, de Jacinto Herrera Esteban.
- 3 y 4. **Juan de la Cruz: Camino y Mensaje**, de B. Jiménez Duque.
5. **La Salamandra en el fondo del pozo**, de Fernando Alda Sánchez.
6. **Meditaciones de un cura de aldea**, de J. H. Martín de Ximeno.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst. Gr
9